

EL

CORONEL DE SURVILLE.

HISTORIA DEL TIEMPO DEL IMPERIO (1810.)



JOSÉ VAZQUEZ-YL
SABATER
VALLADOLID

VALLADOLID:

Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodriguez,
Libreros de la Universidad y del Instituto.

1880.

EL CORONEL DE SURVILLE.

HISTORIA DEL TIEMPO DEL IMPERIO (1810.)

CAPÍTULO PRIMERO.

El viajero.

A fines de Febrero de 1810, una hermosa mañana, un coche de viaje entró en el zaguan de una casa situada en la calle de Chantercine.

Un anciano sexagenario salió á su encuentro. Este hombre alto y flaco, vigoroso aun, vestía un traje negro á la francesa, y llevaba una peluca empolvada con coleta.

Este personaje, ayuda de cámara, ó mas bien, hombre de confianza del coronel Raoul de Blansac, marqués de Surville, se llamaba M. Dauphin.

Habiendo perecido casi toda la familia Surville durante la revolucion, este fiel servidor se habia retirado á la Turena con el marqués, niño entonces, y le

había educado hasta los quince años. Fué recogido por una parienta suya, la mariscala, princesa de Montlaur, y permaneció á su lado hasta que entró como voluntario en un regimiento de caballería.

El vicjo Dauphin siguió constantemente á su amo en todas sus campañas, conservando una serenidad y una calma imperturbables en medio de los peligros á que le conducia su amor á Raoul.

La portezuela del coche se abrió, y dió paso á un hombre envuelto en pieles y con el rostro medio oculto por un gorro murta y una inmensa corbata.

—¿Hay buen fuego en casa del coronel? dijo avanzando rápidamente hácia el vestíbulo.

Dauphin hizo un movimiento bastante brusco para cerrarle el paso, y dijo:

—No tengo el honor de conoceros.

—¿Cómo! ¿No conoceis al mejor amigo de vuestro amo? exclamó el desconocido levantando su gorro y dejando ver una frente baja y cargada de cabellos negros y crespos ligeramente encanecidos hácia las sienes, y dos ojos de un verde mar.

—¡M. Anacharsis Boisseau! exclamó Dauphin; perdonad.

Y marchó rápidamente delante del recién venido á quien introdujo en un salon amueblado á la griega, segun el gusto de la época.

Cuando Anacharsis Boisseau, desembarazado de sus envolturas, se hubo instalado delante de un buen fuego, apareció en frac verde, pantalon pardo y botas negras á la Souwaroff; en los botones de su traje se veian estas letras: N. E. «Napoleon Emperador» que anunciaban que M. Boisseau pertenecia á la diplomacia francesa. Su fisonomía era alegre, y parecia contar de treinta y cinco á cuarenta años.

—¿Cómo! ¿sois vos! repitió Dauphin, el señor marqués, el señor coronel quise decir; os creia aun en España.

—A Dios gracias de allí vengo, y si me vuelvo, que me ahorquen como por poco sucede. ¿Raoul está aun acostado?

—¿El señor marq... el señor coronel? No señor, está en casa del príncipe de Neufchatel, á quien debe preceder en Viena.

—¿Cómo! ¿Raoul vá á Viena?

—¿No habeis visto en la puerta el coche de viaje?

—¿Parte pues pronto?

—Esta tarde.

—¡Vaya un diablo! Yo que venia justamente á establecerme en su casa por unos dias...

—El señor marqués lo sentirá.

—¿Y cómo está? Siempre brillante, valiente, galante...

—En cuanto á valiente no tiene igual el señor marqués, el señor coronel, quise decir.

—No os incomodeis por mí; decid el señor marqués cuanto querais.

—Sois bien bueno, señor; es el título de la familia, y no puedo acostumbrarme á no dárselo á mi amo: suena mejor á mis oidos que la palabra coronel... pero él se incomoda cuando le llamo de otro modó.

—¡Ah! si yo fuera marqués, no me incomodaria por ser llamado por mi título. Pero, ¿y sus heridas?

—La última... ese tiro que recibimos en la espalda en Wagram, vá bien. Estábamos entonces en el 17 de dragones. Se llamaba nuestro regimiento «El marqués» porque no habia en la armada otro igual. Los soldados estaban mimados como queridas, lo que no les impedia batirse como demonios; y sin embargo, cuando nos encargamos de este regimiento, los soldados estaban tan sucios y tan indisciplinados, que se los llamaba «Los jabalies.»

—¡Diablo! dijo Anacharsis, ¿y esa metamórfosis fué larga? ¿Cuánto tardó en operarse?

—Tres meses, señor.

—¿Tres meses?

—Sí señor; ¡y qué hombres, qué figuras, qué bandidos! El señor marqués ha conservado una muestra, un tal Glapisson; vos le vereis y podreis figuraros lo que esos mónstruos habrían hecho en España; y cuando se nos reunieron en Alemania se habían sublevado para matar al coronel Picot, salido de los mamelucos y el mas terrible general de la grande armada.

—¡Cáspita qué mozos! ¿Y fué Raoul el sucesor de Picot?

—Sí señor. Entonces Napoleon nos encargó de la domesticacion de esos jabalíes. Figuráos al señor marqués con sus veinticuatro años, su linda figura, su voz dulce y su talle aristocrático, llegando en medio de esos viejos panduros, de los cuales muchos habian servido en Egipto. Pero, dijo Dauphin interrumpiéndose, ved aquí uno que os contará lo demás mejor que yo.

Y señaló á Anacharsis un hombre como de cuarenta y cinco años con traje militar, que entró tímidamente en el salón.

Este hombre era Juan Glapisson, antiguo brigadier de dragones del regimiento de Surville. Entonces servia al coronel como picador encargado de los caballos de guerra.

Era uno de esos rostros bronceados, cobrizos, inmortalizados por Charlet, que llevaba el pelo cortado y largos bigotes negros. Sabiendo el afecto que el coronel profesaba á Dauphin, Glapisson le respetaba mucho.

—Venid, Glapisson, dijo Dauphin, decid al señor

cómo hemos cambiado el jabalí en marqués, porque vos erais entonces un jabalí, y de los mas feroces, á fé mia.

—¡Ah! señor Dauphin, dijo Glapisson con aire embarazado dando vueltas á su gorra entre sus manos.

—Figuráos, señor Anacharsis, dijo el ayuda de cámara, que con su aire de mirame y no me toques, este mozo se ha permitido enrodar frailes en España.

—¡Ah! ¡cáspita, señor Dauphin! no empezamos nosotros: los reverendos habian empezado por cocer en el horno de su convento un jefe de escuadron y nuestro timbalero, lo cual no estaba bien tampoco, dijo blandamente Glapisson.

—¿Y las religiosas de Astorga, bribon? exclamó Dauphin indignado.

—La madre abadesa habia envenenado la cisterna del convento, de ciento cincuenta murieron sesenta hombres de mi compañía. Despues de esto era permitido divertirse un poco con aquellas damas.

—Callad, malvado, y contad al señor cómo el marqués os ha domado, y sobre todo, quitáos vuestra pipa cuyas consecuencias son temibles para el suelo. No estais en el cuerpo de guardia.

Glapisson se quitó la pipa de la boca, la metió en su gorra, acarició sus bigotes, se inclinó modestamente á la izquierda, tosió ligeramente, y comenzó en estos términos dirigiéndose á Anacharsis.

—Es muy sencillo, señor; cuando pasamos de España á la armada del Norte, esta marcha nos apartó de nuestras costumbres; estábamos acostumbrados á hacer la guerra en cuerpos francos, á fusilar á los paisanos, á asaltar las casas, etc., etc., en fin, á dar los ciento diez y nueve golpes para obtener la paz. Hétenos en Alemania. Perfectamente: creiamos que se po-

dia tratar á los meyhers como á los señores; pero nos engañábamos. Desde luego se nos quitó nuestro coronel, el viejo Ledoux, el valiente de los valientes, cinco heridas, once campañas, saltado un ojo de un lanzazo, la nariz cortada... un semicadáver que no conocia sino su bandera y el honor de la Francia, y que se paseaba todas las tardes en Astorga en un carri-cohe tirado por cuatro sacristanes...

—;Se ha visto semejante abominacion! dijo Dauphin juntando las manos.

—En fin, prosiguió Glapisson, esto es para mostrarnos que era el padre del soldado. A nuestra llegada á Alemania nos le quitan y en su lugar nos envian al coronel Picot, duro de cocer, que salia de los mame-lucos. Empieza por enseñarnos los dientes; le enseñamos los nuestros como buenos jabalies, segu amente no nos acariciábamos. Un dia, á pocas leguas de Heil-deberg, tuvimos algunas palabras con nuestro patron por un novillo que habiamos hecho pedazos, que nos llevábamos en los morrales, y pareciéndonos demasiado pesado nuestro contrincante, le encerramos en su casa, ponemos fuego... peor para él: todo esto era cuenta suya, y sin embargo, he aquí que Picot se aprovecha de esto para tratarnos mal... nuestro antiguo coronel nos hubiera conmovido dulcemente: vosotros, nos hubiera dicho, teniais el derecho de matar el novillo y quemar la casa, pero encerrar al patron.. eso es tonto... Si, si, es tonto, hubiéramos respondido conociendo que habiamos hecho mal.—No se hable mas de esto, hubiese dicho Ledoux. Nos hubiéramos dejado quemar por él; pero en cambio él era el padre del soldado.

—;Acabareis con vuestros recuerdos? dijo Dauphin; ¿hablareis siempre de vuestro Picot?

Héme aquí, señor Dauphin héme aquí. El coronel Picot, como os decia, nos trató mal; se enfurece, tira

del sable, nos ordena apagar el fuego... respondemos que no somos bomberos. Entonces se arroja sobre nosotros y nos acuchilla. Al pronto esto nos pareció bien; pero cuando vimos una docena de dragones heridos, nos impacientamos, empezamos á murmurar, y finalmente le enviamos un par de mosquetazos... y muere... Perfectamente; ya sabemos lo que nos espera. Nos fortificamos en la ciudad, y enviamos nuestros oficiales á pasear donde les plazca, bien resueltos á matar hasta el último antes que denunciar al que habia disparado contra el coronel.

—¡Diablo! ¡erais verdaderos demonios! exclamó Boisseau.

—Todo consiste en saber entender al soldado. El coronel Ledoux nos hubiera...

—¡Aun! exclamó Dauphin, acabad.

—Finalmente, el viejo caporal entiende en nuestro asunto, y dice:

—Solamente el coronel Surville es capaz de poner en carrera á esos bandidos: si no nombran al que ha disparado contra Picot, la suerte decidirá y se fusilará uno por peloton.

El coronel Surville llega con una trompeta para decirnos esto.

Era la víspera del combate de Arnheim, á cosa de las ocho de la noche. ¡Caramba! cuando vimos aquel jóven que venia él solo á prendernos y fusilarnos, nos echamos á reir como de un jorobado. Hace tocar á caballo á su corneta, y salimos á las ventanas.

—¡Soldados! soy vuestro coronel; el emperador me envia á vosotros. Si dentro de un cuarto de hora no estais formados en batalla en la plaza y denunciáis á los miserables que han disparado contra el coronel Picot, nos incomodaremos.

Oyendo decir esto á aquel lindo jóven, hubo una

de silbidos y de risas que daba miedo. ¡Charivari por el coronel! ¡Charivari por el coronel!

El, sin desconcertarse, saca su reloj, mira la hora y dice:

—A las nueve en punto estareis en la plaza formados en batalla.

Esta sangre fría produjo efecto. Dijimos: es un valiente, lo cual no nos impidió hacer un ruido infernal gritando:

—¡Que se nos vuelva nuestro coronel Ledoux, que se nos prometa no diezmarlos, y nos rendimos!

El cuarto de hora se pasa. El coronel retira su reloj y hace tocar á caballo. Por supuesto, no bajamos; entonces empieza á decirnos:

—¿No quereis formar en batalla?

—No, no.

—Y bien, ya os comprendo, se ataca mañana el reducto de Arnheim al amanecer, y no quereis batiros, teneis miedo, sois un monton de...

—Basta, basta, dijo Dauphin interrumpiendo á tiempo á Glapisson.

—Y nos vuelve la espalda, añadió este: vaya, señor; á estas palabras, oyéndonos tratar de cobardes, corrimos á él como tigre; desencadenados. Es una casualidad que no muriera.

Cinco ó seis dragones, entre los cuales estaba yo, nos arrojan furiosos sobre él con el sable en la mano.

El se vuelve, cruza los brazos, nos echa una mirada... ¡sangre de Dios!... ¡qué mirada! y nos dice:

—¡Alto! con una voz tan firme, tan calmada, que nos detenemos al momento. ¡Envainad los sables! añade con la misma voz: el primer paso es el único que cuesta trabajo; envainamos en un momento.

Los otros dragones llegan: nos rodean vociferando...

¡Nos ha llamado cobardes, es preciso fusilarle como á Picot!

Pero él, sin conmoverse, siempre con los brazos cruzados, nos deja gritar.

Al cabo de algunos minutos nos dice:

—¡Silencio en las filas! Se le escucha. Os digo que sois unos cobardes, añadió; porque si tuvierais valor, dentro de dos horas habríais tomado el reducto de Arnheim. (Sabéis que los dragones se baten también á pié); pero no os atreveis.

—¡Que no nos atrevemos! esclamamos con furor, condúcenos á tu reducto, y veras si el 17 de dragones hace hascos al fuego.

—No hay valor sin disciplina, añade el coronel.

—Tendremos disciplina por un cuarto de hora: llévanos al reducto, tomaremos, y luego ajustaremos cuentas.

—¡Si, si, al reducto! ¡después ajustaremos cuentas!

Y obligamos al coronel á ponerse á nuestra cabeza.

—¡Marcha tranquilo! te obedeceremos como máquinas... queremos probar ante todos que no somos cobardes... Después ya verás.

En fin, consiente en guiarnos, llega el estado mayor... nosotros tratamos de obedecer bien, pensando que luego... ya comprendereis...

Finalmente, el coronel se pone á nuestra cabeza, nos trata como negros, lo sufrimos todo.

Partimos, cerrada la noche, y á las dos de la madrugada estaba tomado el reducto con 25 cañones: éramos 800 hombres, y el enemigo tenía dos mil quinientos... Comprendéis que cuando vimos á nuestro jóven coronel en el fuego, valiente como un león, recibir dos heridas, no pensamos en ajustar cuentas, porque después de todo el soldado es bueno en el fondo; pero es preciso saberle llevar. Así, después del asalto, le preguntamos:

—Y bien, coronel, ¿qué tal os parecemos? ¿somos cobardes?

—Os habeis batido bien; eso es muy sencillo, y no basta: es preciso que los que han disparado contra Picot se declaren; si no, harán fusilar á 50 ó 60 de sus camaradas. Y yo desafio á los que lo han hecho á que se atrevan á hacer esa cobardía...

Un dragon que estaba espirando, oyendo esto, confesó, y murió; y otro que no estaba herido confesó tambien. El coronel le hizo arrestar, y al dia siguiente fué sometido á un consejo de guerra y fusilado. Desde aquel dia el coronel hizo del regimiento lo que quiso; nos hubiéramos dejado despedazar por él. El 17 de dragones era el mas ordenado de la armada; y en cuanto á delicadeza, era tal, que todos teniamos cepillos para los dientes en nuestras mochilas. Hé aquí cómo el coronel ha hecho marqueses con jabalies.

En este momento el coronel entró en el salon.

CAPÍTULO II.

Los dos amigos.

—¡Raoul!

—¡Anacharsis!

Después de haber cambiado estas exclamaciones, los dos amigos se abrazaron cordialmente.

Raoul de Surville tenía veintiocho años. Después de la batalla de Wagram había dejado su regimiento para seguir al emperador como ayudante de campo.

Simple caballero durante el consulado, nombrado oficial en el campo de batalla, había sido notado muy pronto por Napoleón, que le tomó por ordenanza.

Desde entonces su carrera fué tan rápida como brillante: los bienes de su familia le fueron devueltos, y se ha visto que justificó su favor con su valor: ade-

más de que encargado de comisiones delicadas, las cumplió con tanta superioridad como fortuna. Tenia una lealtad caballeresca y un talento agradable; cantaba con gracia, pintaba bien, y bailaba mejor. Generoso hasta la prodigalidad, tenia, cosa rara entonces, los modales mas elegantes, tradicion del último siglo

Debia esta ventaja á haber pasado dos años en Turena, durante su primera juventud, en casa de la princesa de Montlaur, que á la edad de sesenta años conservaba toda la vivacidad de su alma.

Tantas y tan seductoras cualidades, unidas á una figura encantadora, le habian asegurado numerosos triunfos.

Uno de los rasgos mas notables de su carácter era una bondad, una delicadeza adorables; la mas ferviente amistad habia sobrevivido siempre á sus amores; dotado de una discrecion profunda, nadie llevaba mas lejos que él el respeto, el reconocimiento, la religion para con las mujeres á quienes habia amado.

Lo que le distinguia sobre todo de la clase vulgar del último siglo, eran sus sentimientos de honor y probidad para con las mujeres, sentimientos tanto mas raros, cuanto que ordinariamente los hombres tratan peor á las mujeres que todo se lo han sacrificado, que al mas indiferente de sus compañeros, sin otra causa que la debilidad de estas criaturas que no pueden quejarse.

M. Surville creia, por el contrario, que la mujer á quien debeis un momento de felicidad os debe ser sagrada.

Si era infiel, hacia olvidar su inconstancia á fuerza de abnegacion; si le era infiel, hallaba en los recuerdos de la anterior felicidad y en la esperanza de un nuevo placer el medio de escusar la decepcion; y luego no le faltaban consuelos, porque no podia tener esos ódios

ingratos de las gentes que por casualidad han agradado una vez.

El coronel era de mediana talla y bien formado.

Sus ojos negros y brillantes daban viveza á su fisonomía; sus cabellos castaños eran sedosos y rizados; sus labios rojos, casi siempre sonrientes, dejaban ver dientes blanquísimos

Un elegante uniforme de ayudante de campo, verde y oro, hacia aun resaltar este exterior.

—¡Mi buen Anacharsis!

—¡Mi querido Raoul! repitieron los dos amigos examinándose con interés.

—¿Qué es lo que acaba de contarme Dauphin? ¿Partes esta tarde sin concederme un día? dijo Boisseau.

—Desgraciadamente no puedo retardar mi partida. Vengo de las Tullerías, donde he recibido las últimas órdenes del emperador; debo estar en Viena el 3 de Marzo, porque el príncipe de Neufchatel llegará el 5 ó el 6. ¡Si vieras cómo lo siento! Pero tú no me habías escrito...

—¿Qué diablo! queria sorprenderte. Es verdad que las sorpresas nunca me han salido bien. ¿Te acuerdas hace dos años á tu vuelta de Italia? Te dije: Raoul, es preciso que te lleve á comer á casa de la señorita Nanteuil, prima donna del teatro de la Emperatriz. Será una buena sorpresa, porque ella no me espera.

—Sí, me acuerdo de que tú fuiste sorprendido de lo que viste en su casa... Pero yo te creía en España comisionado.

—Raoul, dijo gravemente Boisseau mostrando sus canosas sienes, ¿ves esto?

—En efecto, cuando te dejé hace un año, nada anunciaba en ti esa vejez tan precoz.

—Y bien, amigo mio, esta blanca melena es el fruto de una noche en un país caluroso.

—¿Cómo, Anacharsis? Explicame ese fenómeno: ¿ha

sido la emoci3n, el amor, un espa3ol celoso, algun peligro?

—S3, amigo mio, un peligro, un gran peligro; pero en el cual no entraban el amor ni los celos. H3 aqu3 el hecho. T3 sabes que hace dos a3os me fastidiaba como un muerto 3 pesar de mi ianensa fortuna: gracias 3 tu recomendacion, fui nombrado auditor en el consejo de estado en la seccion de negocios extranjer-ros. Asistia por turno 3 las sesiones que presidia el emperador. Un dia, el gran hombre, despues de haber hablado mucho, destrozando como de costumbre la mesa con su cortaplumas, se habia sentido mareado como 3 veces le sucedia, se inclin3 sobre su pupitre, y apoy3 la cabeza en los brazos. La discusion sigui3 3 pesar de su sue3o. Se trataba de Espa3a. Al cabo de un cuarto de hora Napoleon se despierta y vuelve 3 tomar la cuestion donde la habia dejado y se resuelve. Te hablo de este sue3o, porque 3 3l se atribuye la aberracion de que fui v3ctima.

—¡Ah, Dios mio, me espantas!

—Escucha, escucha. Terminada la sesion, el emperador se retira 3 su gabinete; un cuarto de hora despues el u3ier de servicio viene de parte de S. M. 3 buscarme; le sigo, y me encuentro frente 3 frente del gran hombre, que me miraba con sus ojos garzos, verdaderos ojos de 3guila, tomando tabaco. Despues de haberme contemplado en silencio, me dice:— «Yo no os he visto aun; es estra3o, no teneis la fisonomia que yo supon3a.» Yo salud3 profundamente, hall3ndome muy honrado con que el gran hombre se hubiera tomado el trabajo de suponerm3 una fisonomia. En fin, me dijo con voz breve mostr3ndome un paquete: «Partireis al momento 3 Madrid con estos despachos, ocultadles bien para que si una guerrilla os sorprende no caigan en su poder. El rey de Espa3a os dar3 3rdenes ulteriores. Es una mision peligrosa; pero, a3adi3 pellizc3ndome una oreja, propia

para vos que habeis hecho vuestras pruebas en el Tirol.»

—¿Qué has hecho en el Tirol?

—Nada, amigo mio, nada. Pero espera al fin aturrido de lo que oia, incapaz de responder, balbuceó algunas palabras ininteligibles; saludé profundamente de nuevo, é iba á retirarme, cuando el emperador añadió con voz casi conmovida:—«Ya sabéis que en todo caso tendré cuidado de vuestra madre; al menos la consolaré, porque sé que sois un buen hijo. Partid antes de dos horas. Cuento con vos. No he olvidado el Tirol. No olvidaré á España.»

—Pero yo creia que habias perdido á tu madre hace tiempo.

—Sin duda, todo esto era el resultadõ de un equívoco. El gran hombre, bajo la influencia de su adormilamiento, me tomaba por cierto Boitot, á quien habia enviado al Tirol á fomentar la insurreccion contra el Austria.

—¡Ah! ya comprendo.

—¿Qué te diré? No me atreví á desairar el honor que el emperador me hacía; tomé los despachos, y partí. A veinte leguas de Madrid, una noche caí en manos de una guerrilla... No sé si te he confiado que llevo un chaleco de franela sobre la piel.

—No, querido Anacharsis; ¿pero qué tiene que ver?...

—Vas á verlo. Yo habia ocultado mis despachos en este chaleco; y como era de color de rosa, los salvajes le tomaron por mi piel; no lo digo por fatuidad, pues si esta alucinacion salvó mis despachos, estuvo á punto de perderme. Furiosos de no encontrar nada sobre mí, los ladrones me echaron una cuerda al cuello, é iba á ser colgado de un árbol, cuando la casualidad, ó mas bien la Providencia, envió por aquel camino un convoy... la guerrilla se dispersó; me junté

al convoy, y llegué á Madrid con mis despachos, pero la emocion habia sido tal... al sentir la cuerda en el cuello, que ya ves las consecuencias. Mis cabellos han palidecido.

—¡Pobre Anacharsis!

—De mis letras... Pero cuando el rey José me detalló el diabólico oficio que debian hacer en Portugal, para contraminar la diplomacia inglesa, siempre con el nombre de ese maldito Boitot, espliqué el quid pro quo; y como no parecia apto para aquella comision, siempre con el nombre de Boitot, se me envió á Francia. Esto me esplicó por qué el gran hombre no me habia encontrado la fisonomia que esperaba.

—¿Y ahora, qué proyectos tienes?

—Psi, disgustado de la carrera política, volvia para establecerme en Paris con mil proyectos... pero tú partes... tu viaje lo cambia todo... tenia que pedirte aun una porcion de cosas.

—Habla; ¿quieres abrazar otra carrera? Dispon de mi crédito.

—No, mi ambicion ha muerto, al menos la ambicion de negocios y empleos: pero me queda otra.

—¿Cuál?

—La de ver el mundo, el gran mundo... queria lanzarme en él, y contaba contigo... marqués del antiguo regimen, coronel del imperio, conoces las dos aristocracias y esperaba, gracias á tí, poder afiliarme en esas sociedades brillantes tan buscadas.

—Sin duda, dijo Raoul pensativo, puedo abrirte las puertas de esos dos mundos, presentandote antes de marchar en casa de una de mis amigas, de mis parientas, que tiene relacion con el imperio por su marido y con el antiguo régimen por su nacimiento. Recibido en su casa y recomendado por mí... como el mejor y mas antiguo de mis amigos, poco á poco se

ensancharán tus conocimientos y verás la sociedad que quieres conocer; pero dime, ¿no eres anticuario ó cosa semejante?

—Hé aquí como fui anticuario: hace tres años, en Nápoles me interesaba por la prima donna del teatro de San Carlos; yo siempre gusto del teatro. Cierta vez, Williams Clark, encontró divertido el robarme á mi diosa... ocho dias despues supe que dicho lord deseaba una coleccion de medallas y camafeos, di por ella una tercera parte mas de lo que valia, y á mi vez le quité las medallas.

—Hasta ahora vuestros mútuos raptos me parecen desembarazamientos.

—Quizá tengas razon, porque ¡maldito si sabia yo qué hacer con las medallas; así que por hacer algo hojeé á Winckelman.

—¡Divinamente! Escucha. Tú me conoces, Anacharsis. ¿Estoy envanecido con mi nacimiento?

—Vaya, Raoul, ¿quién dice tal cosa?

—Y bien, tú quieres ir á un mundo donde quien no representa como noble ó como soldado, es sino mal visto, al menos sin significacion. Al contrario, presentándote como anticuario, como sábio, esto te clasificará. ¿Tú no tienes pretensiones á lo sucesos del corazon?

—Ninguna... Yo no asalto jamás sino los de las *divas* francesas ó extranjeras, y tengo todo lo necesario para apoyar estas pretensiones.

—Tanto mejor. Tú eres anticuario, te das cuarenta años, luces tus canas y entras en la categoria de los tios, de los tutores, de los confidentes y de los complacientes de las mujeres amables, lo cual no es un papel desdeñable.

—¡Desdeñable! Lo creo, di que es un papel digno de ser ambicionado. Se hace uno necesario, y si tiene

el buen talento de no querer ser mas que agradable, se asegura una buena posicion.

—Con tales principios te garantizo el suceso.

—Mira, Raoul, voy á tener trazas de decir una gran tontería, pero me parece que para ese mundo tengo un nombre vulgar... Boisseau... tenia la idea, para dar á mi nombre aire extranjero, de añadir una w y hacerle Boisseaw... pero se pronunciaría lo mismo; por otra parte, hacerme nombrar de Boisseau ó Saint Boisseau, no significaría nada, he renunciado, y sin embargo, esto me inquieta.

—¡Pero estás loco! ¿No eres anticuario? ¿No eres sábio? Monje, Chaptal ó Denon, ¿tienen nombres aristocraticos? ¿No tienes 50 000 escudos de renta? Con esto y tu carácter, tu posicion es buena, tranquilízate.

—¿Pero qué mujer es esa á quien me vas á presentar?

—La duquesa de Bracciano.

—¿La jóven duquesa de Bracciano, que es, segun dicen, extraordinariamente hermosa? ¡Ah, bribon!...

—Te engañas, mi buen Anacharsis.

—¡Tá, tá, tá, me engaño! Se conoce tu discrecion, pero tambien tus triunfos. ¿Crees que esté uno tan relegado entre el vulgo que no haya oido hablar de las conquistas del coronel Surville?

—Te lo repito, querido Anacharsis, te engañas, y verás por tí mismo la falsedad de tus sospechas, aun mas cierto servicio que quiza tendré que pedirte, te probará que no puedo tener pretension alguna al corazon de mi prima.

—Un servicio... Todo lo que quieras.

—No puedo explicarme aun, debo ver hoy á madama de Bracciano; al despedirme de ella la hablaré de

tu presentacion... si la acoge, como espero, te lo diré todo.

—Y el duque de Braciano, ¿qué hombre es?

—Antiguo convencional, se llamaba Gerónimo Morison durante la revolucion; es hombre de gran capacidad, y el emperador le ha empleado en negocios difíciles. Ultimamente le ha nombrado duque y le ha hecho casarse con mi prima, la señorita Juana de Souvry, hija del vizconde de Souvry y sobrina de la princesa de Montlaur.

—¿Entonces es un matrimonio de pura conveniencia?

—Es toda una novela de heroismo y abnegacion por parte de mi prima. En cuanto al duque, tiene cincuenta años, sombrío, taciturno, de espíritu mofador, pero de rara inteligencia y de una firmeza que se aproxima á veces á la dureza. Por esta fria energía ha hecho muchos servicios; el emperador hace gran caso de él aunque no le tiene simpatias. Le emplea como instrumento, y decia un dia hablando de él en su pintoresco lenguaje: «Estimo á Bracciano como se estima una barra de hierro que cierra bien una puerta ó sostiene bien un techo.»

—¿Gran hombre! ¿cómo pinta con un rago! ¿Y no quieres que te llame malvado cuando eres pariente de una dama que tiene por marido un barrote?

—No, te digo que esta tarde sabrás cómo no soy mas que el amigo... el mejor amigo de madama de Bracciano, porque ella no me ha amado, no me ama, ni me amará de otro modo.

—¿Y ella tiene tanto talento como hermosura?

—Es imposible tener un talento mas encantador, mas natural; un alma mas cultivada, y menos pretensiones.

Pero tú debes tener necesidad de reposo, Dauphin

cuidará de que nada te falte, y mientras tanto veré á madama de Bracciano; á la vuelta te diré el resultado de mi visita, y puede ser que como te he dicho ya, tenga que poner á prueba tu amistad y tu discrecion.

A cosa de las dos, el coronel fué al palacio de Braçciano, situado en el Fauburgo-Saint-Honoré.

CAPÍTULO III.

Confidencias.

Madama de Bracciano esperaba á M. de Surville en un elegante tocador blanco y oro (entonces habia tocadores) lleno de flores y adornado con la pesada suntuosidad de la época.

Juana de Souvry, duquesa de Bracciano, tenia veinte años. No tenia una belleza regular, pero grandes ojos negros, cejas del mismo color, una palidez rosada, una boca graciosa que adornaba casi siempre una sonrisa dulce y melancólica, hermosos cabellos castaños negligentemente peinados á la Pamela, le daban un enanto inesplicable.

Parecia triste y soñadora.

Un ejemplar de Werter, en aleman, estaba abierto

á su lado; tenia las manos cruzadas sobre sus rodillas y empujaba maquinalmente con la punta de su lindo pié los macizos adornos de un sillón dorado.

Un lacayo anunció á M. de Surville.

Juana y Raoul quedaron solos.

—¡Qué marcha tan brusca! dijo madama de Bracciano á Raoul, mirándole con interés. ¿Vais á Viena?

—Sí, mi querida prima... siento partir, y por mas de una razon.

Despues de un largo silencio añadió conmovido:

—Quisiera hablaros con entera franqueza, tengo que deciros una cosa grave: soy vuestro amigo, vuestro pariente y por lo tanto no temo que os hieran mis palabras: no creyendo vuestra partida tan súbita, queriendo tener algunos datos de mis sospechas, habia retardado esta confidencia.

—¿De qué sospechas? dijo madama de Bracciano admirada.

—Escuchadme, dijo Raoul con afectuosa cordialidad, ¿sabeis cuánto os amo, no es cierto? Desgraciadamente teneis tan mala opinion de mí, que habeis desechado mis cuidados.

—¡Mala opinion de vos! No, Raoul, no, he oido hablar de vuestra ligereza, de vuestra inconstancia, aunque no hayais tenido, segun dicen y yo creo, que reprocharos ninguna perfidia con ninguna mujer.

—Si mi inconstancia era mi solo defecto porque no habeis tratado de hacerme fiel, ¿Os hubiera sido tan fácil!

—¡Oh! era una empresa demasiado árdua, mi querido primo, erais y sois demasiado, demasiado de moda, demasiado buscado, y si puede decirse así, demasiado dichoso.

Madama de Bracciano habia pronunciado estas palabras con un acento singular.

Raoul la miró fijamente; ella bajó los ojos y añadió, despues de algunos momentos de silencio:

—Además de que teneis sobre el amor ideas, ideas que nunca serán mías, vos no veis en él sino una distraccion, un placer efímero, donde yo veré, segun creo, el destino de toda mi vida; así es que nunca he hecho la coqueta con vos. Os he dicho: Seamos buenos amigos y no hablemos de un sentimiento que no puede existir. Vos me habeis comprendido, y habeis quedado mi amigo... y lo sé bien, el mejor de mis amigos, añadió madama de Bracciano tendiendo la mano al coronel.

Este se la besó con respetuosa ternura, y dijo despues de algunos momentos de un silencio casi embarazoso:

—Esta tarde parto para largo tiempo, quizá; prometedme el favor de esta amistad en que creéis que no interpretareis mal mis palabras. Lo que tengo que deciros es tan extraño, que el valor me faltaria si vuestra ventura, si vuestro porvenir no estuvieran amenazados.

—Explicáos, Raoul, me espantais.

—Escuchadme, pues, y... aun una vez, si lo que os digo os hiere, si os parece que cedo á sentimientos indignos de mí... acordáos de que soy incapaz de una villanía.

—Pero verdaderamente, Raoul, no sé qué pensar. ¿Qué teneis que decirme? ¿Por qué ese aire grave? ¿Por qué, sobre todo, esas dudas? No sé yo bien lo que sois y que no hay en el mundo un carácter mas noble ni mas generoso que el vuestro?

—Vamos, me dais valor... Casada á los 16 años por una abnegacion sublime...

—¡Raoul! dijo Juana con un acento de reproche.

—¡Oh! yo soy espantoso cuando hablo de vuestras buenas cualidades. ¿No sentiais la mas viva repugnancia por ese matrimonio que el emperador queria obligaros á contraer, y cuando, á pesar del noble silencio de vuestra familia, supisteis que en favor de

vuestra union los grandes bienes de vuestra tia la serian devueltos, y que dos parientes vuestros destrerrados serian reintegrados, no os habeis sacrificado generosamente?

—Raoul... Raoul... os lo suplico...

—Y sin embargo, yo tendria aun que decir, pero lo quereis y callo. A vuestra entrada en el mundo, jóven, encantadora, viviendo casi separada de un marido que os doblaba la edad, habeis sido rodeada de homenajes que han sido vanos, porque educada por la princesa de Montlaur, teneis todos los encantos de la virtud. Yo os habia conocido niña, cuando casi niño tambien estuve en su casa. A mi vuelta de la armada, cuando os volví á ver bella y adornada de tantas seducciones, me enamoré de vos como un insensato. Mi confesion no os conmovió... Nada mas sencillo... sin duda habiais soñado ya al que debia colmar vuestros votos.

—En verdad... no sé... dijo madama de Bracciano ruborizándose.

—Permitidme continuar. Yo no dejé de veros, me interesábais tanto que casi á pesar mio me puse á estudiaros en silencio. Os amaba tanto, con un sentimiento tan desinteresado, que sacrifiqué acaso amores sérios á esta observacion... Bien pronto, por cierto cambio en vos, en vuestras maneras, supuse que me amabais.

—;Raoul! dijo severamente madama de Bracciano.

—Juana, prosiguió el coronel conmovido, os lo juro por mi honor... si traté de penetrar vuestro secreto no fué por una curiosidad celosa ó vulgar, fué movido por un interés leal... fraternal... Fué quizá por el presentimiento de que un dia este cuidado oculto no seria estéril para vuestra felicidad.

—Pero en fin, me direis...

—Aun algunos momentos y lo sabreis todo. En el mundo en que os encontraba casi todas las noches,

interrogaba en vano vuestras miradas. Desde luego lo pensativa y lánguida que os mostrábais siempre en medio de ese mundo brillante, me indicaba que la persona de quien os ocupábais no estaba allí. Muchas veces os quejábais de no tener ocupaciones... la pintura, la música no os agradaban ya... quisisteis encontrar placer en el estudio de las lenguas extranjeras, y os pusisteis á estudiar el alemán... para distraerse, añadió el coronel sonriendo á pesar suyo, esto me pareció poco natural, sin embargo, al pronto no di gran significacion á este capricho. Lo que mas me chocó fué el oiros, á vos, hasta entonces monárquica y católica como vuestra tia, abrazar teorías casi republicanas. Esto al pronto me pareció un juego de ingenio, pero pronto os oí defender esas tesis con tal terquedad, hasta, permitidme decirlo, con tal sequedad, que me convencí que no eran ideas vuestras, sino de otro, las que defendiais tan ardientemente.

—Vuestra sagacidad es verdaderamente maravillosa, mi querido primo, dijo Juana picada, ¿cómo con signos tan positivos no habeis descubierto el nombre de ese afortunado rival?

—Yo no tengo rival, Juana, dijo tristemente Raoul. Hace largo tiempo que he renunciado á vuestro corazón. Si Herman Foster fuera mi rival, habria en mí acaso poca generosidad en deciros las cosas que tengo que deciros acerca de él.

Al oír pronunciar el nombre de Herman, la duquesa se ruborizó y quedó por un momento estupefacta; despues, cediendo á un movimiento de cólera al ver su secreto sorprendido, exclamó con los ojos chispeantes de indignacion:

—¡Hé aquí los hombres! Los celos desnaturalizan el carácter mas generoso. Si se desdeñan sus homenajes, espian bajamente para construir una novela ridícula con ayuda de los datos mas insignificantes... Andad... sois la persona á quien hubiera creído mas

incapaz de tal bajeza. Vos... olvidar lo que sois para calumniar á un pobre niño proscrito... abandonado...

—¿Podré dudar de vuestro amor, oyéndoos defender así á ese extranjero?

—¿Y por qué no he de defenderle, pues le atacais? Y despues de todo, ¿por qué he de avergonzarme de un sentimiento tan puro? ¿Con qué derecho me espiais? ¿Cómo tomais tan indigno papel?

—El solo papel que yo tomo, Juana, es el de amigo vuestro, y me impone deberes. Ahora el golpe está dado y continuaré hasta el fin, porque tengo conciencia de lo que hago. Poco me importa vuestro desprecio de una hora. Otra vez sereis mas justa. Herman Foster está empleado como secretario por vuestro marido; comprometido á pesar de su juventud en una sociedad secreta de Alemania se ha refugiado en Francia... La casualidad le ha traído á vuestra casa... Es hermoso, su aire es cándido, sus palabras indican sentimientos puros... y sin embargo, un secreto presentimiento me dice que ese hombre os será fatal.

—Un secreto presentimiento... y sin otra prueba, vos en la posicion mas brillante que puede soñar un hombre de vuestra edad, venís á calumniar á un huérfano... que no tiene mas recursos que los que encuentra aquí.

—Vagas sospechas me han descubierto vuestro amor. ¿Me he engañado? Os digo que la mirada de ese hombre tiene algo de siniestro... Sombrío y taciturno, no tiene la alegría de su edad.

—Extranjero proscrito, solo en el mundo, ¿debe estar alegre?

—Vos le amais, y cuando á los diez y ocho años el amor de una mujer no hace olvidar todos los disgustos, es porque se tiene otra cosa en el alma.

—¿Y quién os dice que sabe mi amor?

—No seria modestia, seria ingratitud en él el no haberle notado; pero le sabe, y esta disimulacion me

espanta. Hay impresiones inexplicables y cuya reaccion es muy poderosa sin embargo, y la influencia de ese hombre me espanta por vos. Sé la generosidad de vuestra alma, me habeis dicho mil veces, y lo creo, que si amáseis sacrificariais al amor vuestra posicion, y el hombre á quien amais no es digno de eso .. No me mireis sin cólera... No tengo interés al hablaros así. Parto esta tarde, acaso para siempre. ¿Me creeis bastante miserable para mentir solo por dejaros una sospecha en el corazon? Vos lo sabeis; antes que todo soy hombre de honor. Y bien, por mi honor os juro que no me mueven los celos ni el despique. La influencia que ese hombre ejereé sobre vos, me hace temblar por vuestro porvenir. No puedo deciros mas; pero es preciso que este sentimiento sea bastante fuerte para haber vencido mi repugnancia á hablaros de él.

—¿Pero es para volverse loca! ¿Qué tenéis que reprobarle? ¿qué ha hecho? Cualquiera que sea el punto de partida de vuestras sospechas, decidle.

—¿Y qué he de deciros? Son cosas que escapan quizá al análisis... Mirad, por ejemplo, hace pocos dias estábamos aquí vos, él y yo. Vos estábais triste, acabábais de darme una carta de uno de mis amigos de España; la estaba leyendo, cuando por casualidad miré á Herman. En mi vida olvidaré la mirada con que os miraba, la sonrisa sardónica, casi cruel, que daba á su rostro cierto aspecto de maldad. Me conmovi tanto que no pude contener un movimiento. Herman me miró, y como impacientado por haber sido adivinado. Sin duda esta escena era insignificante, y me ha aterrorizado sin embargo.

Despues de algunos momentos de silencio, M. Bracciano dijo con dulzura:

—Escuchad, Raoul, sois el mejor y mas noble de los hombres, perdonad mi involuntario despique; yo os creo incapaz de calumniar á nadie, pero me creo

llevada por demasiada afinidad á no amar nada malo... Lo que creéis un sentimiento de vuestro interés por mí, no es acaso sino un movimiento involuntario de celos contra un hombre á quien envidiais; por mas que su felicidad sea bien triste. Creedme, vuestra amistad se alarma sin motivo, no conozco un carácter mas noble que el de ese pobre extranjero... no sé lo que el porvenir me reserva, pero dentro de mí hay algo que me asegura que mi confianza no será engañada.

M. de Surville iba á contestar, cuando entró la princesa de Montlaur.

CAPÍTULO IV.

La despedida.

Aunque la princesa tenía mas de setenta años, su elevada talla parecia aun derecha. Una espresion de infinita bondad templaba la majestad de sus maneras, acompañada de esa fina ironía tan rara entre los ancianos.

Llevaba una simple y larga bata de saten oscuro, una manteleta y un sombrero con encajes negros á la antigua. Sus cabellos blancos estaban ligeramente empolvados.

—Buenos dias, hija mia, dijo á madama de Bracciano besándola en la frente.

Y luego, tendiendo la mano al coronel, que la besó respetuosamente, le dijo:

—Y bien, Raoul, ¿cuándo marchais?

—Esta tarde, señora, y vengo á tomar vuestras órdenes para Viena.

—Esta tarde... Vuestro emperador no tiene piedad.

—Señora, dijo Raoul sonriendo, no tengo tiempo de recomenzar nuestra interminable querella y defender al emperador.

—Pero notad que yo no le ataco... le juzgo, lo cual es bastante... él lo creerá demasiado.

—En cuanto á eso, ama tan poco la crítica como un rey legítimo.

—¿Podeis hablar así vós, uno de los nuestros!... ¿cómo os habeis dejado hechizar así?

—Pero vos, tia mia, dijo madama de Bracciano, tambien os dejásteis hechizar en vuestra entrevista con el emperador

—¿Vos, señora! dijo Raoul admirado, yo no sabia...

—Se ocultan los pecados cuanto se puede, y voy á contaroslo, porque Juana, con su encanto de hada, acabará por persuadiros de que soy Bonapartista y á mi tambien. Hé aqui lo que ha pasado. Una mañana, algunos dias antes del matrimonio de mi sobrina, mi ayuda de cámara me anunció un caballero, no sé quién, un ayudante del emperador, y veo entrar á un joven que me suplica de parte de S. M., si quereis que me presente en las Tullerías. Esta orden, disfrazada de súplica, me inquietó algo, y pensé en el destierro de madama Chebreuse. En fin, respondí que obedeceria, y al dia siguiente, despues de rezar á la santa de mi nombre y proveerme de valor, fui á las Tullerías. Entré en la galería de Diana (no sé cómo se llama ahora) ya me esperaban, porque desde los ugieres hasta los gentiles-hombres de servicio...

—Los chambelanes, señora, dijo sonriendo Raoul.

La princesa le amenazó con la mano, y prosiguió:

—Los chambelanes de servicio me trataron con sumo respeto. Se me anunció, lo cual me pareció de una etiqueta algo salvaje, y me encontré frente á frente con el hombre del destino. Por un momento tuve valor, pero mi vieja sangre gala me llenó el corazón, y como dice cierta burlona sobrina, tomé mi aire de princesa. Después de haberme examinado un instante con su penetrante mirada, Bonaparte me dijo:—He querido veros, señora.

Hice una semi-reverencia, y respondí con tono de víctima sublevada:

—He debido de obedecer las órdenes del emperador.

El añadió:

—Vuestro marido era un excelente general que hizo mucho por la armada, y además fué fiel al rey... esto es bello bajo todos los regímenes, señora.

Estas palabras despertaron en mí un recuerdo cruel... las lágrimas son escasas en los viejos, y sin embargo lloré.

Bonaparte, con una espresion de solicitud filial, me tomó la mano, y me la besó diciéndome:

—Perdon, mi buena madre, no queria entristeceros. ¡Pobre soldado! habia en su acento tal espresion de ternura, que lo confieso, á pesar de la vulgar familiaridad con que decia:—«Mi buena madre» me conmovi mucho mas que cuando al fin de nuestra entrevista, me anunció que me devolvía nuestros bosques de Anjou, en consideracion á la nobleza de mi carácter y al mérito de mi esposo.

—Y del matrimonio de Juana con el duque de Bracciano, aunque no estuvierais instruida de esta circunstancia, añadió mentalmente Raoul.

—Y bien, tia mia, ¿por qué os espantais de que Raoul haya sido hechizado como vos?

—¿Pero eso qué prueba? Qué he tenido una sorpresa de sensibilidad, y no mas, y estoy tanto mas apesadumbrada por ella cuanto que ahora no puedo decir lo mal que pienso del emperador... además de que debo resignarme á admirar las victorias que espantan á toda Europa.

—Cuando yo os decia que erais Bonapartista...

—Yo no soy Bonapartista, señora duquesa, soy agradecida y desgraciadamente no hay muchas personas en este partido. Pero mirad, Raoul, antes de dejarnos, predicad a Juana, que es republicana, y no tiene excusa para esto.

—Acaso si, dijo por lo bajo Raoul pensando en Herman.

—¿Qué locura, tia!

—Triste locura, yo he juzgado de los abogados por las causas que defienden .. ¿y cómo podeis ser de una opinion que es la de ese aleman criado de vuestro marido?

—M. Herman no es criado de mi marido.

—¿No recibe salario de M. de Bracciano?

—Mi tia... qué espresiones... salario...

—¿Cómo quereis que diga? Nosotros llamábamos siempre criados, sin intencion de ofenderlos, á nuestros secretarios, tesoreros, etc... mi hermano ha tenido por criado á un administrador con 1.500 libras anuales, el abogado Duresnel, que es ahora alguna cosa como senador y conde. No veo, pues, por qué ese aleman ha de verse humillado por recibir sueldo de M. de Bracciano. Pero no se trata de su salario, sino de él... y bien, hija mia, con solo ver tal representante de esa opinion, ¿no debeis renunciar á un juego de ingenio que os puede confundir con tales gentes?

El coronel no decia una palabra y se contentaba con mirar á madama de Bracciano, que impacientada

por las observaciones de la mariscala, la respondió con vivacidad:

—En verdad, señora, que estais hoy muy cruel. ¿Qué os ha hecho M. Herman? El es ya bastante desgraciado. ¿Por qué herirle mas?

—No os comprendo, Juana, le dijo la princesa con estrañeza. No puede haber nada de comun entre ese hombre y yo. Yo no he carecido nunca de bondad con los desgraciados, pero yo encontraré siempre fuera de su lugar que un extranjero olvide lo que debe á los que le acogen para alabar ante ellos una revolucion que les ha costado un padre, un abuelo, y tantos parientes.

—Tia mia, vuestros reproches me tocan.

—¿Por qué, hija mia? Buena y generosa por demás os interesais demasiado por la desgracia... Vuestros defectos no son sino la exageracion de sus buenas cualidades. No hablemos mas de tales pequeñeces... Yo encuentro á ese aleman muy ridiculo, con sus modales de apóstol y su cabellera de niño, á pesar de su aire dulce y su linda figura, me parece un pícaro. Y además, ¿habeis notado sus manos? Uñas pálidas y lívidas, será una tonteria, pero desconfío siempre de las gentes que tienen tales manos.

—¡Qué locura!

—Locura ó lo que quieras, pero así es. Desde luego no se hable mas de ese extranjero... solamente os encargo que no dejéis las llaves en vuestro secreter cuando vaya á trabajar con vuestro marido.

—¡Oh! señora, ¡qué odiosas sospechas! exclamó la duquesa indignada.

La mariscala, sin notar su emocion, se volvió al coronel diciendo:

—Siempre es así; oyéndola el mal es imposible. Yo tengo sin embargo mis razones para decir lo que digo. El otro dia estaba ella en las Tullerías con su marido, y entré por casualidad en la biblioteca para tomar un

libro; al pasar por la escalera vi á ese aleman que rondaba la puerta del cuarto de Juana en lugar de ocuparse de su trabajo... Yo os digo que teneis mas de 200.000 escudos en diamantes, y un dia ú otro sereis robada si no teneis cuidado.

Madama de Bracciano, pálida, agitada, iba á saltar de la valla, cuando Raoul la dijo en voz baja:

—¡Si encio! ¡os perdeis!

En este momento M. de Bracciano entró en el cuarto de su mujer, que contuvo apenas su emocion, mientras la mariscala aspiraba su tabaco.

CAPÍTULO V.

El duque de Bracciano.

Los enemigos del duque de Bracciano decían que se parecía á una zorra que hubiera tenido ictericia. Sus facciones finas y astutas, sus ojillos penetrantes, que miraban siempre por encima ó por debajo de sus anteojos de oro y su tez biliosa, hacían esta comparación bastante exacta.

Su apariencia estaba muy lejos de anunciar la voluntad de hierro. de este hombre, una de las mas poderosas palancas del emperador.

Para añadir fuerza á este contraste, la voz de M. de Bracciano era débil y siempre igual.

Se contaba que revestido de un poder casi dictatorial en el Tirol, había mandado matar á ocho

hombres con su voz aguda como el grito de una cigarra.

Después de haber saludado respetuosamente á madama de Montlaur y haber dado los buenos dias á su esposa, el duque dijo dirigiéndose al coronel:

—¿Es verdad, mi querido coronel, que marchais á Alemania? Vengo del consejo donde me han dicho que ibais á anunciar en Viena al príncipe de Neufchatel.

—Es verdad, señor, he venido á despedirme de la señora condesa.

—¿Sabeis el objeto de vuestra mision? no es un secreto. El emperador se divorcia de Josefina para unirse con la archiduquesa Maria Luisa, y el príncipe va á desposarla en su nombre.

—Hé ahí á la emperatriz libre del peso de su corona, dijo madama de Bracciano.

—¿Vuestro emperador se casa con la hija de los Césares? dijo la princesa; ¡pobre soldado! No ha leído á Moliere y hace el matrimonio de Jorge Dandin.

—¡Ah, señora!

—Sin duda, ¿no ha dicho el gran filósofo «yo hubiera hecho mejor en casarme con una buena aldeana?» ¡Los hombres! Los ejemplos de nada sirven.

—Señora, dijo alegremente Raoul, confesad que M. de Sotteville no podría decir: «Silencio, mi yerno» á semejante yerno.

—El emperador cree que con esa alianza el Austria le será fiel, y ya vereis como un dia ú otro la Inglaterra juega con ella el papel de Clitandra, y entonces el pobre soldado se dirá: «Tú lo has querido, Jorge Dandin... pero será tarde.»

—Veis de lejos, señora, dijo el duque de Bracciano con aire sério y pareciendo preocuparse por las palabras de la mariscala.

—Es que he visto mucho, dijo ella melancólicamente.

Durante un momento, los actores de esta escena quedaron mudos, dominados por pensamientos diferentes.

El duque rompió el silencio diciendo al coronel:

—Puesto que vais á Viena, ¿tendreis la bondad de encargaros de algunas reclamaciones con la cancillería de España? Se trata de un muchacho que tengo de intérprete y que ha sido comprendido en un no sé qué asunto político. Es una cabeza loca que toma sus recuerdos del colegio por ideas. Un niño que sueña revoluciones... todo el mundo ha sido así... á su edad.

—¿Todo el mundo? dijo la mariscala con tono glacial, yo no lo creo.

—Hemos convenido, señora, en no hablar de política, porque tengo el sentimiento de no compartir vuestras ideas, dijo el duque, y añadió dirigiéndose al coronel:

—En una palabra, se trata de ese pobre Herman, ese huérfano á quien quisiera hacer levantar el destierro para que volviera á su pais.

Madama de Bracciano se ruborizó, y Raoul sorprendió una mirada de estrañeza que ella echaba á su marido.

La mariscala pareció insensible á esta noticia, y el duque prosiguió:

—Yo he dicho ya dos palabras á nuestro embajador, y espero que vuestra recomendacion, y acaso la del principe Neufchatel, sean útiles á este huérfano que merece todo mi interés, y á quien aprecia mucho tambien M. de Bracciano.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un aire tan natural, que disiparon todas las sospechas del coronel.

—Haré lo que pueda por complaceros, respondió.

Luego, saludando á madama de Bracciano, iba á salir, cuando acordándose de Boisseau, le dijo:

—¿Me permitireis recomendaros antes de mi partida,

uno de mis mejores amigos, M. Anacharsis Boisseau? Ha llegado esta mañana y no podré presentárosle, pero si lo permitis, le daré una carta mia...

La mariscala miró con sorpresa á Raoul al oír el nombre de Boisseau, y tomó un polvo sin hablar.

—Estaba unido á la embajada de España, dijo Raoul. Ha dejado la diplomacia para ocuparse esclusivamente de antigüedades. Es un hombre de fortuna y muy leal. Yo le quiero como un hermano, y os agradeceré mucho lo que hagais por él.

—Recomendado así y por vos, será uno de nuestros amigos, dijo la duquesa.

—¿Podré yo esperar tambien vuestra benevolencia, señora mariscala?

—¿Para M. Anacharsis Boisseau? ¡Pero su conocimiento me encantará! como dicen vuestros contratistas. Vos sabeis, Raoul, que digan lo que quieran los periodistas, nadie tiene menos orgullo que nosotros con el verdadero mérito. Vuestro padre se gloriaba de tener por amigo al virtuoso Tronchet. Mi tio hablaba con emocion del buen mariscal (1), que fué veinte años su médico y amigo. Acogeré á M. Boisseau como merezca serlo, y si os creo le acogeré bien por mas que su nombre pagano suene mal á mis cristianos oídos. Vos lo sabeis, me gustan mas los aldeanos que los provincianos, y los provincianos que los advenedizos.

—Veo con sentimiento que M. Boisseau me privará de vuestro afecto, dijo secamente M. de Bracciano.

Queriendo destruir esta ligera causa de resentimiento, el coronel repuso alegremente:

—Yo os entrego, pues, á mi pobre Boisseau, señora mariscala; le confío á vuestra generosidad, prima mia.

Luego, volviéndose á M. de Bracciano, le dijo estrechándole la mano:

(1) Primer cirujano de Luis XIV.

—M. Boisseau es mi mejor amigo, ¿no tengo que haceros mas recomendaciones, no es verdad?

—Estad tranquilo, querido coronel.

—Vamos, adios, Raoul, volved pronto; sabeis que á nuestra edad se marcha á veces muy bruscamente, dijo la mariscalá con melancolía.

—Volverá para hablar aun con vos del pobre soldado, dijo Juana tendiéndole la mano.

—No olvideis á mi protegido, dijo el duque.

—No olvidaré nada, respondió el coronel echando á su prima una mirada espresiva.

Aquella misma tarde salió de Paris.

CAPÍTULO VI.

Relaciones.

Dos ó tres dias despues de la partida del coronel, madama de Bracciano estaba sentada en su tocador. Herman Foster, á algunos pasos de ella, tenia los ojos tímidamente bajos. Aunque tenia veinticinco años, representaba diez y ocho, y no se podian idear facciones mas cándidas, fisonomía mas encantadora; sus largos cabellos rubios caian en numerosos bucles, un perfil de pureza antigua, grandes y melancólicos ojos azules, una boca que sonreía apenas tristemente, completaban su rostro.

Su talle delgado, esbelto, no perdía nada de su elegancia bajo sus humildes vestidos.

La sola cosa que no estaba en armonía con su se-

ductora figura, eran sus manos cortas con uñas lividas y aplastadas, manos fatales que parecían de un mal pronóstico á la princesa de Montlaur.

Conservando el traje de las universidades alemanas, llevaba un gabancillo azul, un pantalon igual, y botines negros que le subían hasta la rodilla.

Herman parecía resistir á una súplica de Juana.

—M. Herman, decia ella con voz enternecida, ¿por qué rehusarme esta prueba de confianza? No veis en mi súplica una curiosidad indiscreta, me guia el mas vivo interés...

—¡Ay! señora duquesa, respondió Herman con encantadora voz, ¿qué os diré? Nada en mi vida merece vuestra atencion, está compuesta de desgracias vulgares, monótonas, áridas. Es la vida de un huérfano en cuyos dolores no hay poesía...

—Es eso un reproche. ¿Podeis interpretar así mis preguntas?

Luego, despues de una pausa, añadió:

—Teneis razon, he hecho mal en pedir os eso, solo las gentes felices pueden echar una mirada sobre el pasado... ¡para el infortunado cada recuerdo es un dolor!

—Sí, el desgraciado que cuenta sus años por sus sufrimientos, se consuela pensando que cada dia su camino adelanta, respondió Herman.

En el doloroso desaliento, en la mirada con que acompañó estas palabras, hubo algo tan desesperado, que los ojos de Juana se llenaron de lágrimas.

—Despues de todo, dijo Herman, yo no podré nunca quedar en paz con vos que habeis sido la primera, la sola persona que me ha dirigido palabras de piedad.

—¡De piedad! murmuró Juana.

—Por cruel que me sea esta confidencia la debia á mi bienhechora.

—¡Ah! comprendo la susceptibilidad de las almas delicadas, pero yo soy digna de oiros. ¿Las almas que sufren no son hermanas? añadió bajando los ojos y la voz.

Herman pareció no oirla y comenzó su relacion en estos terminos:

—Perdí á mi padre muy niño. Desempeñaba el modesto empleo de receptor en un burgo próximo á Viena. Mi madre le sobrevivió poco; habia concentrado en mi su ternura. Los únicos recuerdos de mi infancia datan de esta época fatal. Por la noche me despertaba algunas veces y encontraba á mi madre llorando, vestida de luto, sentada junto á mí y contemplándome con dolor. He conservado piadosamente algunas líneas de su mano y que no debia leer sino mas tarde. «Un secreto presentimiento, la advertia» que la quedaba poco tiempo de vida, y queria pasar «este tiempo en mirar á su hijo... por eso no dormia...» ¡Bien pronto durmió demasiado!

—¡Pobre madre! dijo Juana enjugando una lágrima.

Herman continuó con voz conmovida.

—¡Ayl ella no se engañaba, señora. Antes de espirar su luto la perdí... Quedé huérfano, sin recursos... el pastor del vulgo me recogió por caridad... yo no tenia parientes. Este sacerdote era el mejor de los hombres, de una dulzura y una piedad angélicas. Desgraciadamente para mí su mujer tenia un carácter brusco y celoso; veia acaso con pena á su marido, prodigarme los mismos cuidados que á sus hijos... es inútil deciros lo que entonces sufrí... pero sufrí mucho, porque antes hubiera muerto que quejarme á mi director de su esposa. Desgraciadamente aun sus dos hijos estaban celosos de mí como la madre, y me rechazaban. Entonces iba yo á llorar á la tumba de mi madre... El buen sacerdote, que lo ignoraba todo, me reprochaba mi humor triste y solitario; sus hijos

le decian que yo los huia y la madre tambien... Poco á poco las observaciones fueron más severas y llegué á notar frialdad en él... Yo no le acusé... creia en mis faltas para con sus hijos... Era mi solo protector... Traté de ganar las voluntades de la familia... en vano... Quise tentar un nuevo medio... No hallando placer en las diversiones de mi edad, en las cuales me hallaba solo, iba á buscar en el estudio un consuelo, y el buen pastor se alegraba tanto de mis adelantos... Muchas veces me decia suspirando:

—Teneis un carácter sombrío, huis á vuestros hermanos, pero al menos respondeis á los cuidados que tomo para educaros. Mi solo sentimiento es que los otros hijos míos no tengan vuestra actitud.

En efecto, sus hijos estaban mas atrasados, aunque tenian mas edad que yo... Pensé que acaso mi aplicacion causaria la aversion que se me tenia, y decidí dejarme adelantar por ellos... cometí de intento faltas groseras... ¡ay! me engañé dolorosamente; estos triunfos que yo les hacia tan fáciles, aumentaban sus malas disposiciones contra mí.

—¡Pobre niño! exclamó madama de Bracciano enjugando sus lágrimas, ¿quizá perdisteis así vuestro solo protector?

—Sí, el ministro tomó por pereza este sacrificio. Vino él tan generoso á echarme en cara el pan y el abrigo que me daba... ¡Oh! señora, lo confieso, tuve un momento de debilidad en que estuve por decírselo todo y de quedarme al menos como con mi solo tesoro con la afectacion de este digno hombre... Con el corazón roído por mi amargura corrí al cementerio y exclamé cayendo de rodillas como si mi madre pudiera oirme.

—¡Oh, madre mia! ¿cómo tratan así á vuestro hijo?

—¡Infortunado! dijo Juana levantando los ojos al cielo.

—Yo lloré mucho, y me levanté mas calmado, me avergoncé de la idea que habia tenido de demostrarle al protector la injusticia de su familia. Esto era hacerle desgraciado. Preferi partir sin dejarle en el corazon un pensamiento doloroso.

—¡Alma noble y generosa! esclamó Juana; ¿y qué hicisteis siendo tan jóven? porque debiais ser muy jóven entonces.

—Tenia quince años. El sacerdote, en el momento de dejarle, sintió renacer su cariño hácia mí, y quiso detenerme, pero pensé que subsistirian siempre las mismas causas, para mi partida, me arrojé en sus brazos por última vez, y parti.

—¿Y á dónde fuisteis?

—A Viena... el sacerdote me habia recomendado á uno de sus amigos, profesor en esta ciudad, que me empleó como traductor. Era brusco y duro, me abrumaba de trabajo, pero con él al menos ganaba mi vida. Mientras pude soportar aquellas fatigas, las soporté, trabajé demasiado, y caí gravemente enfermo, siendo llevado al hospital.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Estuve allí largo tiempo; lo que mas me hizo sufrir fué la familiaridad con que estaba tratado por mendigos groseros, y muchas veces criminales; y no pudiendo muchas veces disimular mi aversion, fui mal tratado... Estaba débil, solo... me resigné, y sufrí.

—¿No habeis, pues, escapado á ningun dolor?

—Y sin embargo no me desesperé. Los numerosos trabajos á que me habia dedicado dos años en casa del director, completaron mi educacion. Yo contaba con asegurar mis ideas á fuerza de trabajo. Al salir del hospital fui á casa de mi profesor, pero habia ya tomado otro secretario... Entonces pasé algunos dias muy amargos... Conoci la hambre, conoci esas espan-

tosas luchas entre la necesidad que os impele á tender la mano y el rubor que os delicia.

— ¡Oh, Dios mio! ¡eso mas!

—No pudiendo resolverme á mendigar, era presa de los mas crueles pensamientos, cuando encontré un amigo de mi protector que me procuró un empleo en la cancelleria del imperio. Me creí salvado, y por algun tiempo fui dichoso, pero mi protector murió, dejando á su mujer y sus hijos en la miseria. Uno de ellos se alistó en la armada, el otro estaba enfermo y le tomé con su madre en mi compañía. Di algunas lecciones y tuve la fortuna de ser útil á mi vez á esta desgraciada familia, que me habia recogido.

—Que habia sido tan cruel con vos...

—No me acordé de eso sino para tratarla con mas cuidado. Hubiera sentido hacerles creer que queria sacar ventaja de mi posicion para inculparles su injusticia.

—Y en esa vida cuáles eran vuestras distracciones? no os hablo de placeres.

—Cuando el trabajo me dejaba algun reposo iba á pasear por el campo, ó leia nuestros poetas y los de vuestro país. No me quejaba de mi suerte, era humilde, oscura, pero apacible. Estaba casi orgulloso de poder á fuerza de trabajo sostener á tanta gente. Su gratitud me pagaba; mi único disgusto era el pensar que el santo sacerdote debia de haber llevado al morir muy mala idea de mí.

—¿Y que vino á turbar esa vida tan pura, tan noblemente ocupada?

—Un suceso fatal que me reprochó á veces porque tuvo una deplorable influencia sobre aquella familia de que yo era el sosten.

—¿No fué entonces cuando os filiasteis en una sociedad secreta?

—Si señora, y estoy y estaré siempre orgulloso de las razones que dictaron mi conducta. ¡Oh! si supiérais,

señora, qué santa guerra habíamos declarado á la tiranía, al egoismo, á la intolerancia! Queríamos salvar la Alemania de la invasion francesa, y reclamar en cambio las jóvenes franquicias de que vuestra revolucion ha sembrado los gérmenes inmortales. Nosotros queríamos, en vez de continuar una estéril lucha contra Francia, sublevarla á nombre de la humanidad contra el despotismo que la oprime aun.

—Silencio... tened cuidado, exclamó la duquesa conmovida á la vez de temor y admiracion, oyendo esponer doctrinas tan peligrosas con tan noble exaltacion.

Herman, arrebatado á pesar suyo por la violencia de sus opiniones, prosiguió sin parecer haber oido á Juana:

—No queríamos mas tiranía, mas reinados de violencia y destruccion, queríamos la paz, la prosperidad, una libertad sábia; para los ricos menos de lo superfluo, para los pobres mas de lo necesario... Queríamos que cada uno fuese juzgado por sus actos, que se aboliesen los injustos privilegios del nacimiento y que entre vosotros, como los espíritus fieles á la gloriosa emancipacion del 89, el feudalismo no se levantase bajo una nueva forma. Pero, perdon, señora; esas palabras deben heriros... es una ingratitud en mi el pronunciarlas delante de vos: estoy en Francia... y recibo de vos una hospitalidad generosa.

—¿No sabeis, dijo Juana animándose, que á pesar de mi nacimiento y mi posicion, estoy del lado de las víctimas y no de los verdugos, de los que sufren contra los que gozan, de los que merecen contra los que poseen? ¿No sabeis, añadió ruborosa, que comparto vuestras ideas y vuestras penas, pobre huérfano?

Madama de Bracciano pronunció estas últimas palabras con un tono tan conmovido, tan enternecido,

tendiendo su mano á Herman, que estuvo á punto de echarse á sus pies; pero su timidez pareció retenerle. Bajó los ojos, dejó caer con tanta emocion como embarazo la mano de la duquesa que tenia entre las suyas, y luego, como si hubiese cedido á una lucha interior, la dijo:

—Perdon, señora... si os dejo tan bruscamente... pero yo no sé... un aturdimiento... un vértigo...

Y salió precipitadamente del tocador.

CAPITULO VII

CAPÍTULO VII.

Wilhelmina Butler.

Anacharsis Boisseau había aceptado la oferta de Raoul. Vivía en una casa pequeña en la calle de la Victoria, esperando comprar otra mejor.

Una noche fué despertado por su ayuda de cámara, que vino á anunciarle que un correo llegaba de Viena con cartas muy importantes del coronel.

El correo, según sus órdenes, debía presentarse á M. Boisseau á cualquier hora de la noche que llegase.

—¡Diablo! dijo Anacharsis frotándose los ojos ¿Qué hora es?

—Las dos de la mañana, señor.

—¿Y dónde está el correo?

—En el comedor; donde Glapisson enciende fuego para calentarle, porque llueve á torrentes nieve derretida.

—Esto es para inquietar. ¿Qué habrá pasado á Raoul?

En el comedor encontró Anacharsis al correo, de pié, delante de la chimenea, en compañía de Glapisson que le servía de beber.

Apenas, á través del lodo, se podían distinguir los galones de este hombre, cuyo rostro jovial no manifestaba la menor fatiga.

Viendo entrar á Boisseau, puso sobre la chimenea el vaso que llevaba á sus labios, saludó respetuosamente á Anacharsis, y le dió la carta de Raoul.

—¿El coronel no estará enfermo? dijo Anacharsis.

—No señor, á Dios gracias. Me ha ordenado por sí mismo reventar diez caballos si era preciso, para llegar antes, reposar dos horas, y volver á Viena si monseñor tenía alguna respuesta que darme.

—Diantre, qué de prisa haceis las cosas, dijo Boisseau abriendo la carta.

—¡Ah! eso no es nada, señor: una vez fui de Leipsik á Cádiz sin detenerme, y para hacer marchar los postillones andaluces, era necesario tanto trabajo como para hacer marchar las bestias. He gastado tres látigos con sus mangos.

—Es como el coronel Ledoux, el valiente de los valientes, el padre del soldado; cuando los canallas de alcaldes no querían dar víveres, bajo pretexto de que no los tenían, les obligaba á comer galletas de tierra para enseñarles á dejarse sorprender sin víveres, dijo Glapisson.

Durante esta conversacion, Anacharsis leía estas palabras trazadas rápidamente por Raoul:

«Mis sospechas eran fundadas... Herman Foster es un miserable; es preciso que deje secretamente á Paris.

El no dudará cuando vea sus planes descubiertos. Para probarle que estoy instruido de todo, no tendrás que decirle mas que dos palabras: Wilhelmina Butler. Que parta de Paris á Bayona, donde recibirá nuevas órdenes. Como un minuto de retraso puede ser fatal, cuento bastante con tu amistad para suplicarte que vayas al instante á su casa. Si no tiene dinero, se le daras, pero que parta delante de tí. El hijo de mi conserje, hombre seguro y determinado, le acompañará hasta Bayona, y quedará allí con él para vigilarle, hasta nueva orden. Si Herman, cosa imposible, resiste, darás al momento una de las dos cartas adjuntas á la princesa de Montlaur, y la harás llegar la otra á manos del emperador, llevándola tú mismo al gran mariscal de palacio. No tengo tiempo de explicarte por qué casualidad he sorprendido este secreto, tanto me apresuro á arrancar á quien sabes á sus abominables maquinaciones. Enviame el correo en cuanto haya partido Herman. Olvidaba una cosa importante. Un hombre muy peligroso llamado Pedro Herbin, debe visitar frecuentemente á Herman Foster.

»En el caso de que este no quisiera dejar á Paris, dí á Glapisson que se afeite el bigote y se esconda cerca de la casa que habita Herman, calle de Faubourg-du-Roule, núm. 56, y que espíe las gentes que entren y salgan, notando á Pedro Herbin, que le siga y te dé cuenta de sus pasos.

»Viéndose descubiertos estos dos miserables pudieran intentar alguna empresa peligrosa, antes que se haya obtenido el resultado que espero de mi carta al emperador. Que Glapisson redoble sobre todo su vigilancia, si los vé rondar el palacio de B.. Ese Pedro Herbin tiene sesenta años, debe estar cojo; una profunda cicatriz le parte en dos el lábio superior. Creo soñar pensando en lo que me ha pasado. Mi cabeza es un caos. Si el mas imperioso deber no me retuviera aquí, ya hubiera partido; pero el emperador me ha

encargado de una misión de la mayor importancia, y hasta dentro de cinco ó seis días no la podré haber terminado.

» Adios, mi querido Anacharsis. No olvides nada... vá en ello la suerte de la persona á quien mas amo y respeto en el mundo. Mi correo es un hombre activo é intrépido, si no me le envias, utilízale; él y Glapisson me son muy fieles y te obedeceran como á mi.»

Anacharsis Boisseau, despues de haber leído dos veces esta carta, puso aparte la destinada al emperador y á la princesa, y dijo al correo:

—No partireis hasta nueva órden: id á descansar. Vos, Glapisson, segun la órden del coronel...

Glapisson llevó la mano al gorro y se cuadró.

—Tendreis quizá que afeitáros el bigote, para no ser notado de un viejo cojo que tiene malas intenciones...

—¿Contra mi coronel?

—Contra sus amigos, que es igual. Mas tarde os lo esplicaré.

—Basta, aunque sea duro afeitarse esto que ha estado en Italia, Egipto, España y Alemania; si mi coronel quiere, se hara.

Boisseau, dirigiéndose á su ayuda de cámara, le encargó preparar su tocador.

—¡Monseñor vá á salir! preguntó José estupefacto.

—Sí, y vos vais á mandar al portero que me traiga un coche. Los hay de noche en casa de Frascati.

Media hora despues, envuelto en una capa, subió al coche, y dijo al cochero:

—Calle de Faubourg-du-Roule, núm. 56.

Por el camino, Anacharsis se regocijaba de poder ser útil á Raoul.

Gracias á los detalles que antes de su partida le habia dado este sobre madama de Bracciano, sentia por ella un vivo interés.

Y además, sentia cierto orgullo en ser el encargado de una comision tan delicada, suponiendo ya las ventajas que tal servicio debia de producirle con madama de Bracciano.

La noche estaba sombría y borrascosa, la lluvia caia á torrentes.

El coche se detuvo delante del núm. 56 en el Faubourg-du-Roule, entonces poco habitado.

Boisseau, sacando la cabeza por la portezuela, vió una casilla aislada de pobre apariencia.

A ambos lados se estendian largos murcs que imitaban jardines; delante solo habia solares.

—¡Hum! se dijo Boisseau, esta es la digna habitacion de semejante malvado. Cochero, llamad.

—¿Dónde? No hay llamador ni campanilla.

—Llamad con las manos.

—¿Es para despertár á un médico ó una partera?

—Llamad y tendreis cuatro francos por vuestro viaje, porque hace mucho frio.

Herman tenia el sueño ligero, y fué despertado por un golpe dado á la puerta.

Escuchó involuntariamente amedrentado.

Por un movimiento involuntario cogió un puñal, y con el corazon palpitante esperó creyendo haberse engañado.

Llamaron de nuevo.

Herman enjugó el sudor frio que corria de su frente, y preguntó sin embargo con voz firme:

—¿Quién está ahí?

—Es un caballero que tiene mucha prisa por hablaros, dijo el portero.

—Me llamo Anacharsis Boisseau, dijo otra voz, y

tengo una comunicacion muy importante que haceros.

Herman dejó caer su puñal, encendió una vela, se vistió y abrió la puerta.

La fisonomía de Boisseau ofrecia mezcla estraña de temor, de suficiencia y curiosidad.

Por un momento guardó silencio, pasmado á pesar suyo por la belleza, la juventud y sobre todo el aire triste y cándido de Herman.

No podia creer que tan melancólica figura ocultase un alma tan perversa.

A pesar de sus ensayos diplomáticos se hallaba muy embarazado para explicar su visita.

Tosía frecuentemente desembarazándose de su capa lo mas despacio posible.

Herman, sorprendido de su silencio, le dijo con su voz dulce:

—¿Puedo saber á quién tengo el honor de hablar, á qué debo una visita á hora tan intempestiva?

—Nada mas justo, amigo mio, nada mas justo, respondió Boisseau con su voz alterada, porque volviendo los ojos en torno suyo acababa de ver el puñal de Herman.

—Un hombre que se acuesta con un puñal, se decia, debe ser capaz de todo. Raoul tiene razon. A pesar de su dulce aspecto, es un tigre. El portero ha bajado y tiene además muy mala traza. Esta casa es aislada, estoy solo y mi posicion es tan delicada como con los guerrilleros. Se diria que la suerte me toma aun por Boitot.

Estas reflexiones mentales no satisfacian la inquieta curiosidad de Herman, que dijo con cierta impaciencia:

—Deseo saber, caballero, el objeto de vuestra visita; son las tres, no tengo el honor de conoceros... es preciso que algun motivo grave...

—Muy grave en efecto, caballero... á no ser así no hubiera venido tan temprano.

—Hablad, os escucho.

Las dudas de Boisseau comenzaron de nuevo. ¿Cómo debía empezar?

En fin, tomó valor, llamó en su ayuda toda su audacia, y dijo á Herman:

—Jóven... protectores desconocidos me envían á vos, vuestra suerte les conduce y quieren serviros... Pero hay circunstancias que les impiden hacerlo aquí. Será preciso que salgais de París...

—No comprendo una palabra de lo que decís, caballero; dijo friamente Herman, echándole una mirada que juzgó muy siniestra el ex-diplomático.

Sin embargo, afectó una seguridad que no tenía, y añadió:

—Me parece, sin embargo, que hablo claro. Protectores desconocidos tendrán un gran placer en veros lejos de París, morada peligrosa á los jóvenes, y que no ofrece sino un mediano atractivo á las personas no favorecidas de la fortuna. Vuestros protectores os aconsejan por vuestro interés que dejéis la capital... que viajéis hacia el Mediodía, donde el aire es muy saludable y el pais muy pintoresco. Bayona, por ejemplo, les parece una residencia conveniente... Allí, añadió con tono misterioso, recibireis de ellos pruebas de interés que os sorprenderán, que tendrán derecho de sorprenderos.

—Señor, dijo Herman despues de un largo silencio, me pareceis un hombre de bien, y no puedo creer que vengais á las tres de la mañana para burlaros de mí. Padeceis sin duda una equivocacion.

—De ningun modo, caballero, sois Mr. Herman Foster, secretario del señor duque de Bracciano.

—Efectivamente, pero os engañais suponiéndome

protectores desconocidos... No entra en mis proyectos dejar á Paris por Bayona.

Creyendo usar un argumento sin réplica, Anacharsis sacó de su bolsillo un rollo cerrado, y dijo enseñándole:

—La prueba de que todo esto es sério, es que esos protectores cuya existencia negais, me encargan ofreceros estos 100 napoleones para vuestro viaje y establecimiento en Bayona. Una vez alli no sabeis lo que os espera, añadió poniendo delicadamente el rollo en la chimenea.

Herman dió un paso hácia Boisseau, y con un movimiento desdeñoso arrojó al suelo el rollo: los napoleones salieron de él rodando.

—¡Cómo! ¡caballero! exclamó Anacharsis.

—¡Oro! dijo Herman mirándole fijamente, teneis razon... Esto es sério... la suma es bastante fuerte, y los que me la envian deben tener gran interés en alejarme.

—Ese interés es el vuestro... creedme, coged ese oro y marchad á Bayona; es lo mejor que podeis hacer.

—¿Lo creéis así?

—Estoy seguro... Tengo el encargo de acompañaros hasta la diligencia...

—¿Y si no obedeciera?

—Entonces... correriais grandes riesgos... pero obedecereis, porque si no...

—Si no...

—Si no... yo os obligaré á obedecer pronunciando dos palabras.

—Eso decae en novela, caballero. ¿Y esas dos palabras?... porque estoy resuelto, oidlo bien, enteramente resuelto á quedarme.

—Tened cuidado, temed...

—Temo pocas cosas.

—Y bien... peor para vos... Yo queria, por respet á vuestra juventud, evitaros penosos recuerdos... pero me obligais... Estas dos palabras son... Al diablo los nombres alemanes. Dichosamente traigo la carta.

Registrando su bolsillo encontró la carta del coronel, la aproximó á la luz, y despues de haber recorrido algunas líneas, exclamó triunfante, estos nombres son... WILHELMINA BUTLER.

—¡Wilhelmina Butler! exclamó Herman palideciendo y arrancando la carta de manos de Anacharsis.

—¡Caballero! eso es un abuso de confianza.

Y Boisseau, rojo de cólera, se precipitó sobre Herman.

En la lucha, la bugía cayó y se apagó.

El candelero, rodando, produjo un sonido metálico que resonó en el silencio de la noche.

Lleno de temor, Anacharsis gritó:

—¡Socorro!

—¡Silencio! exclamó Herman, tratando de coger á Boisseau en la oscuridad.

A pesar del grito, Boisseau no se turbó, el silencio que reinaba en la casa solamente se oyó en el piso superior, un ruido como el de un hombre que se arroja precipitadamente de su lecho.

Luego, sin duda la misma persona, descendió, empujó la puerta de Herman, que habia quedado entreabierta, y dijo con voz áspera:

—¿Qué es esto? ¿Se asesina á alguno?

—¿Pedro Herbin, sois vos? dijo Herman.

—Sí, respondió la voz.

—Es el cojo... el hombre peligroso, dijo Boisseau temblando y sintiéndose cogido por Herman.

—Entrad presto, dijo este, yo tengo al hombre, encended luz.

—¿Qué hombre?

—Un emisario de ese infernal coronel que lo sabe todo; mis cartas á Wilhelmina han sido descubiertas.

—¡Mil truenos!... dijo Pedro Herbin.

Y en el mismo instante encendió una viva llama en un pomo fosfórico, que iluminó con una luz fosfórica su siniestro semblante.

CAPÍTULO VIII

Pedro Herbin

Pedro Herbin tenía unos 30 años, era robusto, fuerte, de un cuerpo de atleta casi desnudo, con los brazos y piernas como las de un gigante. Su rostro era como el de un soldado, con una mirada fija y penetrante. Había sido soldado en el ejército francés, y había adquirido una gran experiencia en el manejo de las armas. Su vida había sido una vida de aventuras y de peligros. Había conocido a muchos hombres de guerra, y había aprendido de ellos el arte de la guerra. Su alma estaba llena de gloria y de honor. Él era un hombre de acción, un hombre que no se conformaba con la vida tranquila de un civil. Él quería vivir en el campo de batalla, quería ver el fuego de las armas, quería sentir el olor de la pólvora. Él era un hombre que no podía estar quieto. Él necesitaba el movimiento, el ruido, el peligro. Él era un hombre que no podía vivir en la paz. Él necesitaba la guerra. Él era un hombre que no podía ser feliz en la vida civil. Él necesitaba la vida militar. Él era un hombre que no podía ser un hombre común. Él era un hombre que era diferente. Él era un hombre que era un hombre de guerra.

CAPÍTULO VIII.

Pedro Herbin.

Pedro Herbin tendria unos 50 años, una cabeza enorme, cubierta de un bosque de cabellos casi blancos, rizados y crespos: espesas cejas negras cubrian á medias sus ojos de un azul pálido; su rostro terroso casi desaparecia bajo su barba gris, corta y dura, que no habia sido afeitada en muchos dias.

Sus facciones eran siniestras, duras; su lábio superior en parte hendido, como habia dicho el coronel, hacia su fisonomía aun mas antipática.

En cuanto encendió la vela, fué á cerrar la puerta, mientras que Herman leia con ansiedad la carta de Raoul.

—Boisseau, amedrentado, exclamó:

—¡Este es un lazo abominable! Os ordeno abrir esa puerta... no teneis el derecho de retenerme aquí.

Sin responderle, Pedro Herbin fué cojeando á Herman, apoyó la cabeza en su hombro y leyó con él la carta de Raoul, sonriendo ferozmente de cuando en cuando.

—¡Wilhelmina Butler! muerte y condenacion, exclamó al fin, ¡Wilhelmina Butler! cómo diablos ha podido descubrir... Bien decia yo que no se debia escribir.

—¡Eh! exclamó Herman, ¿no era necesario hacerlo para...

Y dijo una palabra al oido de Pedro.

—En ese caso, exclamó, este se conviene en una cifra.

—No se puede pensar en todo... y sobre todo prever lo imposible, dijo Herman con impaciencia. ¿Quién habia de pensar que ese infernal coronel iria á descubrir á esa desconocida oculta en un oscuro famburgo de Viena? Es una fatalidad... una casualidad inesplicable de que yo dudaria sin esta carta maldita.

Desde el principio de esta escena, la fisonomía de Herman parecia metamorfoseada, tenia una espresion dura y sardónica y sus manos crispadas anunciaban la violencia de sus sentimientos.

Anacharsis trataba siempre de abrir la puerta, y viendo que no lo conseguia, empezó á pedir socorro con gritos desesperados.

Sea que los huéspedes de esta casa aislada estuvieran seguros del portero, ó de la imposibilidad de que fuese oido, no le hicieron caso y continuaron leyendo.

—¡Ah! ved aquí una cosa que me toca, dijo Pedro Herbin, estoy perfectamente señalado. Parece una relacion de la policia.

—Señores, exclamó Boisseau, en nombre de la ley

os mando abrir esa puerta... á ese precio os prometo callar.

Herman y Pedro Herbin se miraron en silencio despues de haber leído la carta.

—Ante todo, dijo Pedro Herbin, haciendo un gesto significativo y señalando á Boisseau que estaba detrás de él, es preciso desembarazarnos de ese.

—Señores... señores... exclamó Anacharsis... protesto... es una indignidad... He venido con confianza...

—No hay duda, dijo Herman, él solo puede revelarlo todo.

—¿Y esas cartas al emperador y á la princesa de Montlaur?

—Las leeremos luego, dijo friamente Herman.

—¿Cómo luego? exclamó Anacharsis. ¿Qué quiere decir eso? ¿Pues qué pensais hacerme antes?

—Lo que tratamos de hacerte, señor embajador, dijo Pedro Herbin adelantándose con aire feroz, es ponerle en la imposibilidad de hablar y de hacernos daño, aunque no seamos miserables como pretende tu amigo Survile.

—¡Desgraciados! ¿Queréis asesinar-me? exclamó Boisseau juntando las manos con terror.

Pedro Herbin y Herman cambiaron una mirada.

—¡No osareis cometer un crimen tan abominable!

—Segun, dijo Pedro Herbin, mientras Herman parecia relcer con avidez la carta del coronel.

—Desde luego: ¿dónde están las otras cartas?

—Podeis registrarme... no las tengo... están en casa del coronel, calle de la Victoria.

—¡Ah! están en la calle de la Victoria... sin duda vigiladas por ese Glapisson que debe espiarme.

—Están en mi secreter... ved la llave...

Pedro Herbin se aproximó á Herman, y le dijo algunas palabras al oido. Herman hizo una señal de desaprobacion, puso sobre una mesa recado de escribir, y empezó á pasearse con aire agitado.

Pedro Herbin se aproximó á Boisseau, y apretándole el brazo le dijo:

—Siéntate y escribe.

—Pero...

—¡Sin pero, mil truenos!

—¿Pero qué debo escribir?

—Escribe á Glapisson que le envias la llave del secreter, y que traiga las cartas.

—Meter á tal hombre en tal lazo... hacerle asesinar quizá... exclamó resueltamente Boisseau... aunque deba morir mil veces, no.

—¡Ah! ¿rehusas? dijo sordamente Pedro Herbin.

Y presentó ante los ojos de Boisseau el puñal de Herman.

—Mira bien... escribe ó mueres.

Sin ser valiente, Anacharsis era incapaz de cometer una infamia por cobardía; á pesar de su terror lo hubiera desafiado todo antes que comprometer mas los intereses de Raoul.

Dichosamente fué esclarecido por una reflexion luminosa.

Con gran asombro de Pedro Herbin, que blandia siempre su puñal, Boisseau se echó sobre el respaldo de su silla, cruzó las manos sobre el vientre, empezó á rozar los pulgares, y miró frente á frente á Pedro Herbin, diciéndole:

—Dejad vuestro puñal. No me dais miedo... no os atreveréis á asesinarme. Mi coche está abajo. Uno de mis criados le ha ido á buscar. No viéndome salir el cochero, llamará aquí.—¿Qué le direis? ¿Que le despedido? Bien, pero mis criados inquietos irán á la policía, se encontrará el coche que me ha traído é indicará esta casa... Sereis presos. Así que me rio de vuestras amenazas.

Esta observacion pareció hacer algun efecto en los dos cómplices.

—Vamos, dijo Pedro Herbin, no eres demasiado tonto para tu edad. Nos das una idea, nada tienes que temer por tu vida... te creíamos mas cobarde de lo que eres, y esperábamos obtener de tu miedo esas cartas... que tendremos de un modo ó de otro. En cuanto á tí, quedarás aquí hasta haber terminado los asuntos que esperabas embrollar.

—¡Tá, tá, lá! repitió Boisseau con nueva seguridad y muy envalentonado por su primer triunfo, no me retendreis, como no me matareis; la inquietud de mis gentes seria la misma y el resultado igual. Yo he estudiado derecho y sé la pena en que incurren los que retienen violentamente á alguno, y me parecis demasiado hábiles para querer incurrir en semejante pena.

—Eres muy generoso suponiéndonos habilidad, señor embajador, y por esa razon, porque somos hábiles, te retendremos aquí.

—Dejadme tranquilo, dijo Boisseau alzándose de espaldas; ese es un nuevo lazo para quitarme alguna otra carta, pero no lo conseguireis. Abridme la puerta, M. del Puñal, y vos, Herman, creedme obedeced al coronel y partid lo mas pronto posible para Bayona.

Al decir estas palabras, Anacharsis se habia levantado con aire resuelto y se dirigia hácia la puerta.

—Quien quiere probarlo todo no prueba nada, dijo Pedro Herbin haciéndole seña para que se sentase de nuevo.

Te digo que no saldrás. Podia yo muy bien coger tu llave, ir á la calle de la Victoria, pedir las cartas de tu parte á Glapisson, ó traerle aquí diciéndole que tienes necesidad de él; pero habria contra nosotros las sospechas y esplicaciones que no necesito. Si Glapisson me incomoda, me desharé de él por otro medio...

En cuanto á tí quedarás aquí, y pues que te tomas tanto interés por lo que nos concierne, oye: Voy á asegurarte sobre nuestra violacion del derecho de gentes como tú lo llamas. Herman tomará tu capa, 'sois de la misma estatura, y en la oscuridad de la noche el cochero no le reconocerá; se hará conducir á un barrio desierto, dá un luis al cochero y le manda ir á la calle de la Victoria á advertir á tus gentes que no se inquieten si no vuelves mañana, porque te ves obligado á ir á Versalles uno ó dos dias por los asuntos del coronel.

Tus criados han visto llegar el correo, tú has salido á media noche, nada les parecerá mas natural que esta pequeña ausencia en tan graves circunstancias. Quedaran tranquilos dos dias, comenzarán á inquietarse al tercero, y no harán pesquisas hasta el cuarto; nosotros estamos ciertos de haber ejecutado nuestros proyectos pasado mañana á mas tardar, y una vez conseguidos no permaneceremos ni una hora en Paris. Hasta entonces tendrás la bondad de habitar una pequeña habitacion próxima á esta.

No temas nada, y sobre todo no te enfades, porque de nada te servirá. Dentro de tres ó cuatro dias quedarás libre; ya ves que no somos tan malos como parecemos.

Veo el oro por tierra... sin duda para pagar el viaje á Bayona...

Y bien, con este oro, porque nosotros no tenemos, te haré buenas provisiones, tendrás periódicos, libros, todo lo que pueda hacerte soportable el cautiverio.

Es lo menos que podemos hacer por tí, que impides la ruina de nuestros mas queridos descos, añadió Pedro Herbin con aire burlon.

El desgraciado Boisseau no encontró nada que responder á tales amenazas.

El peligro le parecia verdadero y preveia con dolor que no habiendo sido advertida á tiempo por la princesa de Montlaur, la duquesa de Bracciano iba á quedar sin defensa, espuesta á las asechanzas de Herman Foster, que tenia tanto interés en retenerle.

El medio á que recurrian estos miserables era odioso sin duda, y digno de las penas mas severas; pero parecian tener bastante interés en su proyecto para despreciarlas.

En cuanto á resistirse por la fuerza, no se podia pensar en ello.

Pedro Herbin parecia muy vigoroso á pesar de su edad, y este hombre, con la ayuda de Herman, debia utilizar todos los esfuerzos del desgraciado Boisseau.

Despues de haber reflexionado todo esto, Boisseau aceptó su suerte suspirando.

—Y bien, ¿ya creo que estarás convencido? dijo Pedro Herbin.

—Estoy convencido de que sois capaces de esta violencia. Sin embargo, si la codicia os mueve, os ofrezco dos mil napoleones, con la condicion de que me dejéis libre y partais de Paris.

—¡Ah! decididamente nos tomas por miserables, dijo Pedro Herbin.

—Vaya, veamos... iré hasta tres mil napoleones... Pero el hijo del conserge del coronel os acompañará para asegurarse de que partís realmente, dijo Boisseau creyendo apaciguar así los escrúpulos de estas gentes. ;

—Llegarias á cuarenta y cinco mil napoleones y no obtendrias nada. Pero tu cochero debe fastidiarse, se trata de despedirle contigo ó tu capa. Lo mismo dá; pero antes hay que ponerte en seguridad. No seas

niño, no puedes resistirnos, y si lo intentas, en vez de buenos manjares te daré pan y agua. Tenemos una excelente jaula, que no necesitas saber para qué se destinaba. Solamente te advierto que por prudencia no tendrás otra luz que la que el buen Dios dá á la naturaleza. ¿Estás dispuesto?

—Daré hasta cinco mil napoleones, y mi palabra de honor de callar.

Pedro Herbin se encogió de hombros, diciéndole:

—Vamos, ¿quieres marchar de grado ó por fuerza?

—¡Sois unos infames!... Vamos, marchad, os sigo, dijo Boisseau, perdida toda esperanza.

Pedro Herbin cogió la luz y abrió la puerta de una especie de gabinete situado á un lado de la alcoba de Herman, y en cuyo fondo habia una percha llena de trages.

Pedro Herbin tocó sin duda una cerradura oculta, porque la pared se abrió y se pudo ver un cuartito bastante bien amueblado, alumbrado únicamente por una estrecha claraboya, sólidamente enrejada y tan alta, que poniendo sobre la cama el solo sillón que habia en esta pieza, no se llegaba á ella.

—Ya ves, dijo Pedro Herbin á Anacharsis, que entra con precaucion, que no estás muy mal alojado; solamente estarás privado del fuego... por precaucion. Tienes el recurso de permanecer acostado.

—¿No tenéis, pues, piedad? dijo el desgraciado Anacharsis.

—¿Que no tenemos piedad! dijo irónicamente Pedro Herbin. ¿Podeis decir tal cosa? ¿A qué hora quieres desayunarte? ¿A qué hora quieres comer?

—Me desayuno á las once, y como á las seis, dijo Boisseau suspirando.

—Sereis servido, caballero, y muy exactamente, dijo Pedro Herbin, haciendo un grotesco saludo, y

cerró la puerta que era de encina reforzada con barras de hierro.

• • • • •
Como habían convenido los dos cómplices, Herman se envolvió en la capa de Anacharsis, salió de la casa, subió al coche, y descendió en el boulevard de los Inválidos, después de haber, en nombre de Anacharsis Boisseau, dado orden al cochero de ir á la calle de la Victoria á prevenir á sus gentes que no le esperasen en dos ó tres días.

CAPÍTULO IX.

Una visita.

Madama de Bracciano no habia sentido nacer en su corazon la menor sospecha contra Herman, á consecuencia de su conversacion con el coronel.

Dolorosamente afectada al ver calumniar á aquel que creia tan digno de su amor, habia atribuido á celos las palabras de Raoul.

Su afeccion habia llegado á su apogeo desde que Herman la contó su vida con tanto candor.

Desde entonces (la víspera del dia en que Boisseau habia sido encerrado) madama de Bracciano meditaba una gran resolucion.

Incapaz de cometer una falta, el divorció la pareció el único medio de conciliar su amor y sus deberes.

No queria brevenir á Herman, porque le creia dotado de tal delicadeza, que se opondria.

En algunas circunstancias en que madama de Bracciano habia iniciado esta cuestion, Herman se habia declarado tan formalmente, que ella le creia capaz de alejarse para siempre antes que ser causa de una determinacion siempre tan espuesta para una mujer.

En cuanto al amor de Herman, ella creia en él sinceramente.

Cuando se ama con candor y abnegacion, es uno tan feliz con este sentimiento, que no puede dudar de ser correspondido.

Las miradas furtivas, las medias palabras, las distracciones de Herman no se la habian escapado, y además la sola conciencia de su valor, la aseguraba que Herman aceptaria su mano con embriaguez, cuando se la ofreciera.

Madama de Bracciano nada tenia que reprocharse. Su esposo vivia lejos de ella; entre los dos no habia simpatia alguna de edad ni de carácter; el divorcio estaba establecido para remediar esas incompatibilidades. ¿Qué cosa mas justa que apresurarse á gozar los beneficios de esta ley?

Unicamente las mujeres son capaces de aventurarse así entre los acontecimientos mas inciertos sin consejos, sin apoyo, con una esperanza por guia.

Madama de Bracciano era de un carácter singular. No tenia amiga intima, odiaba las confianzas; el verdadero amor vive por sí y para sí. No hablaba á nadie de sus proyectos, esperando el momento de obrar.

Al dia siguiente de la encarcelacion de Boisseau, madama de Bracciano vió entrar en su cuarto á la princesa de Montlaur.

Esta no tenia la menor sospecha del amor de Juana por Herman, y solo culpaba en ella el exceso de picardad que le mostraba.

Sin embargo, desde hacia algun tiempo, la princesa habia notado un gran cambio en Juana; sus accesos de tristeza y de loca ale ría, y sobre todo la melancólica preocupacion de que parecia presa de la marcha de Surville.

Raoul no habia ocultado nunca su admiracion á madama de Bracciano; pero se habia mostrado tan respetuoso, que la princesa no dudaba de que estuviese dispuesto á contener su amor en los límites de la mas estricta reserva.

Madama de Montlaur conocia demasiado el corazon humano para no pensar en las dificultades de la posicion de su sobrina; bella, joven, y casada con un hombre á quien no podia amar.

Ignorando la causa de la determinacion que habia movido á Juana á casarse, su familia vió en ella el vivo deseo que tienen las jóvenes de tener un estado en el mundo, y además, sin esta union, Juana quedaba muy pobre, pues sin ella, el emperador no devolveria los bienes á la familia.

Mas tarde, la princesa conoció la abnegacion de Juana.

Su admiracion y su dolor fueron estremados, pero el mal era irreparable.

Estas circunstancias hacian, pues, la posicion de Juana doblemente interesante á los ojos de su tia.

Conociendo la nobleza del carácter de Raoul y la virtud de Juana, la princesa vió sin temor nacer en M. de Surville un amor que ercia compartido por Juana.

—Es preciso tomar la humanidad como es, decia la princesa. Juana cumple con sus deberes. ¿Cuántas mujeres en su lugar hubiesen caído!

¿Qué importa que tenga el corazon ocupado? El hombre á quien ama es digno del delicado sentimiento que inspira. Para Juana este amor puro será la mas segura salvaguardia.

Sin duda este modo de pensar se alejaba algo de la austera teoría del deber; mas los resultados que la princesa esperaba, aseguraban la felicidad de su sobrina.

Viendo, pues, á Juana mas distraida desde la partida del coronel, madama Montlaur, sabiendo cuántos consuelos hay en una conferencia, aunque sea indirecta, venia á tratar de libertar á su sobrina de sus pensamientos melancólicos, temiendo que M. de Bracciano se apercibiese de la tristeza de su mujer.

—Buenos dias, hija mia, dijo afectuosamente la princesa, besando á Juana; vengo á reñiros sobre la tristeza que se ha apoderado de vos, quiero deciros mil locuras hasta que os avergonceis de que una vieja como yo, sea mas alegre que vos.

—Pero mi buena tia, yo no estoy triste.

—Vamos, vamos, ¿no sé yo cómo vuestros bellos ojos se animan cuando quieren? ¿He olvidado acaso la encantadora sonrisa de vuestra boca? Vamos á ver, ¿qué teneis? ¿Estais celosa de las grandes maneras de la baronesa Merluchon? Es que esa señora ha sido educada por el sistema de J. Jacobo, lo cual la fué fácil, porque su padre era lacayo de M. de Ermenonville, en cuya casa J. Jacobo recibia una hospitalidad tan delicada.

—No, señora, no estoy celosa de esa dama, dijo Juana sonriendo de la malignidad de su tia.

—Yo no me contento con eso, teneis alguna cosa, y es preciso que yo la sepa. Estoy en uno de esos dias de maldad que tanto miedo daban al mariscal de Richelieu.

—Y bien, yo os diré como ese mariscal. ¿Qué teneis contra mi secreto? Suponiendo que yo tenga un secreto; y además, ¿por qué estais en uno de vuestros dias de maldad?

—Porque... porque... dijo la princesa olvidando el objeto de su visita, porque la grosería me incomoda

siempre, y esta mañana he tenido ocasion de incomodarme.

—¿Cómo?

—Ayer, mi hombre de negocios me dijo que habria que ver á un tal Bertracod, propietario de unos bosques lindantes con los nuestros, para comprar algunos terrenos que en otro tiempo nos habian pertenecido. Me decidi á ir á ver á este caballero, aunque la visita me incomodaba, para dejaros un dia vuestra hermosa floresta de Ancenis, bieu completa y bien conservada.

—Tia... dijo Juana con acento de tristeza y de reproche encantador.

—Qué quereis, hija mia, esa es mi ambicion, perdonádmela. Llego á casa de este señor, rico, segun se decia, de muchos millones, y por primera incomodidad le encuentro instalado en el palacio de Clerambault, donde he pasado mi vida. Las dos alas se habian demolido, y se ejercitaba el hacha contra los seculares árboles del jardin plantado por Denotre. Yo no sé por qué los viejos sentimos pesar al ver derribar árboles viejos; es una puerilidad, pero nos entristece. En fin, atravesé el vestibulo desierto. Al cerrarse la puerta vidriera, resonó en la escalera inmensa y sonora como una catedral, pero su sonido me pareció lúgubre; nadie habia allí para recibirme. Subi al primer piso y ví la palabra *caja* en gruesas letras en la antecámara de lo que eran un tiempo los departamentos de mi buena amiga la duquesa de Clerambault. Entro: algunos jóvenes escribian en una especie de jaula; ninguno se levantó. Yo no estoy en edad de ser tímida, pero al primer aspecto la grosería me aterra, y delante de ciertas gentes me encuentro tan fuera de mi lugar, como lo estaria un parisiense entre los hurones... Pregunto por M. Bernardt, me miran, y no pareciéndoles sin duda digna de respeto, se echan á reir por toda respuesta; sin embargo, el mas pequeño, vivo como

un mono, me respondió señalándome una puerta:— Allí, señora, M^o Bernardt está en su despacho. Vais á reiros, hija mia, pero os aseguro que al alzar el pestillo de esta puerta, cuyas dos hojas abrian en otro tiempo delante de mí los ugieres de la duquesa, me senti tan embarazada como cuando hace cincuenta años al salir del convento; me presenté en el mismo salon á hacer mi visita de boda al principe de Montlaur... En fin, entré y vi á un viejo con un gorro escribiendo delante de una mesa. Me miró sin levantarse ni descubrirse, y me preguntó qué queria. Si la groseria me acobarda al principio me recobro pronto. —Quiero, le dije, primeramente una silla; porque mi edad exige, segun creo, algunas atenciones. —Tomad una y decid lo que quereis, porque no tengo tiempo que perder. Me senté y le dije:—Vengo, señor, para la adquisicion de los bosques vecinos a la floresta de Ancenis.—¿Sois la princesa de Montlaur? dijo M. Bernardt levantando vivamente la cabeza, pero sin saludarme; porque ¿qué pueden respetar las gentes que no respetan la vejez? Y bien señora, me alegro de veros. ¿Quereis sin duda comprarme el bosque de S. Surin? —Sí señor. Y entonces empezó á hacerme mil cuentas sobre las ventajas que me traia este bosque. Yo le decia ya lo sé, pero el precio... En esto entró un escantoso cojo diciendo con groseria:—¡M's papeles!— ¡Ah! eres tú, Pedro Herbin (no sé cómo he retenido este nombre) dijo el banquero tendiendo la mano á este hombre, y ambos empezaron á hablar en voz baja como si yo no estuviera allí. Despues de una larga conversacion, M. Bernardt se levantó y fué á coger de una caja de hierro un voluminoso paquete que entregó al viejo cojo, diciéndole:—Ahí estan como me los entregaste hace tres años —Hasta mas ver, dijo el cojo y salió. Yo no sé por qué estas palabras: hace tres años, me recordaron el pasado, me hicieron pensar en vuestro matrimonio, y el recuerdo de vuestra

abnegacion me sumió en tal melancolía que me olvide de dar al impertinente banquero la leccion que merecia. Terminó la adquisicion al precio que quiso y salió sin que ni siquiera se levantase.

—Qué grosería, dijo Juana indignada.

—Mi burlona sobrina me dirá que alabo siempre el antiguo régimen, y bien en otro tiempo, cuando la mujer de nuestro procurador M. Dubois venia á hablarnos para la obra de San Lázaro, mi esposo no dejaba de conducirla respetuosamente hasta su coche y quedaba respetuosamente con el sombrero en la mano hasta que este habia salido del zaguan.

En este momento, un ayuda de cámara dió una carta á madama de Bracciano.

Juana la leyó... se puso pálida, y antes de que su tia pudiera dirigirla una pregunta, entró en su alcoba cuya puerta cerró vivamente.

La princesa de Montlaur estaba aun absorta por la desaparicion de su sobrina, cuando M. de Bracciano entró en el tocador.

CAPÍTULO X.

Las cartas.

La carta que madama de Bracciano acababa de recibir, era de Herman, y decía así:

«Señora:

Hé aquí las últimas palabras de un hombre que ha luchado en vano contra la fatalidad; la fuerza le falta, confiesa su debilidad, y muere con calma.

Cuando era niño dejé al buen ministro que me habia servido de padre, sin decirle mi doloroso secreto; no quiero dejar la vida sin confiaros el de la única felicidad que he sentido.

En este momento supremo, mi timidez se desvanece.

No confesaros la verdad, toda la verdad, me parecería un crimen.

Quizá mi sinceridad me valga la última gracia que espero de vos.

Desde el instante en que la casualidad me llevó á vuestro lado, os amé como se ama á Dios.

Os he amado piadosamente, en vuestro trono, de rodillas, con las manos juntas, perdido entre la multitud.

Este amor santo é ignorado, tenia para mí las inefables dulzuras que la religion ofrece á los que oran con fervor.

Yo amaba por la dicha de amar, como se cree por creer, sin una esperanza loca é impia.

En el momento de aparecer delante de Dios, yo no hago comparacion sacrilega.

En su piedad, en su infinita bondad, él escogió las almas mas nobles entre las mas nobles, las mas puras entre las mas puras, y las dió la angélica mision de consolar al triste.

No me he engañado. Siempre he visto en vos el santo arcángel que me mostraba el cielo diciendo: «Tus males van á acabar»

Me he purificado por mi adoracion á vos... á vos, vivo simbolo de la grandeza y de la remuneracion divina.

Me parece que una inteligencia etérea me conduce á regiones desconocidas... á medida que escribo esta carta en la cual cada linea es un paso hácia la eternidad, las nubes de mi espíritu parecen disiparse, veo bajo de mi la vida humana, la humanidad y sus vagas pasiones como cuando uno se eleva en los aires— las grandes ciudades, los lagos, las florestas, las montañas se confunden en la inmensidad.

Mi espíritu asciende á Dios... vuestra voz me llama, veo la aurora de la eternidad... mis ojos se cierran, estoy aturdido.

Salgo de un profundo desvanecimiento.

Me he preguntado si vivía... he pasado mis manos por mi frente, he vuelto á leer el principio de esta carta.

Me he acordado de todo.

He sentido en efecto una gran sensación .. todo yo he temblado y tiemblo aun...

Paréceme que ha sido un resplandor formidable al cual ha sucedido una noche profunda.

El alma del hombre es estraña.

Su fantasía le lleva del cielo á la tierra... he creído ver las perspectivas de la eternidad .. y sin embargo, pienso con delicia en las menores realidades de la tierra... realidades encantadoras que vuestra presencia podría aun embellecer.

Vos no sabéis los sueños encantadores que me han conducido á este término.

No sabéis que me habeis hecho la vida imposible por los sueños de oro que habeis chocado en mi alma.

No conoceréis nunca el paraíso en que vivía á vuestro lado.

Tengo como un presentimiento de que estas visiones se me aparecerán de nuevo en el sueño eterno.

He creído siempre que, en su mansedumbre, Dios daba á los que quería recompensar el sueño de su vida por una eternidad...

El sueño de la mía era un retiro oculto como un nido en medio de grandes bosques, de frescas aguas, de soledades profundas, eran largos ensueños sobre esos lagos que la luna argenta y en que nos deslizáramos en un esquife como dos sombras dichosas.

Eran las dulces conversaciones de las veladas de invierno, cuando la leña chispea en el hogar y el viento ruge por fuera.

Decidme... ¿Es posible vivir cuando se han gozado tales encantos con el pensamiento?

Perdon... vedme mas calmado... estoy orando.

No siento ninguna duda en el corazón... ningun temor... Dios me aprueba...

No atentaré á mi vida, y sin embargo, mañana á esta hora no existiré.

He comprendido vuestras últimas palabras al contaros mi triste infancia...

Juana... me amais... Sí, me amais, lo siento en las aspiraciones que desde hace dos dias me exaltan sobre la humanidad.

Juana... voy á morir... á morir en nombre de ese amor que vuestros lábios no han confesado nunca, que vuestros ojos no han denunciado, y que me ha revelado Dios.

Dicese que ciertos elegidos son advertidos del momento de su muerte por una armonía celeste y sobrenatural, que les abisma en un éxtasis infinito.

Así me ha sucedido.

Las luminosas felicidades que se me revelan, me anuncian mi hora.

La dicha que siento ensancha de tal modo mi corazón, que el aire me falta.

¿Y para qué habia de vivir?

Vuestro corazón generoso, vuestra noble alma comprenderán las causas que endulzan mi agonía y que amargarían mi vida.

Y además, despues de esta carta, ¿osaría yo presentarme ante vos?

Adios... adios para siempre...

Una sola y última gracia.

Esta cruz que os envío ha pertenecido á mi madre y es lo que mas amo en el mundo... besadla piado-

samente, os lo ruego... y mañana al amanecer enviádmela, y mis lábios helados se posarán en ella por última vez... se os volverá á enviar y guardareis un recuerdo de Herman.

Rogad por él...»

.

El estilo bíblico de esta carta debía hacer profunda impresion en madama de Bracciano y determinarla á la gran resolucion que ya habia tomado si no estuviera decidida.

En vez de abismarla en un doloroso abatimien'o, esta carta que revelaba un amor tan exaltado, tan religioso, la causó las mas dulces emociones.

Con una mirada triunfante, midió la distancia que con una palabra podia hacer aliviar á esta alma desesperada.

Tenia en sí susceptibilidades que la hacian comprender las de Herman.

¡Con que orgullosa felicidad iria ella á ofrecerle su mano para realizar los sueños que él creia imposibles!

La frase que pintaba la dicha pura de una vida apacible y retirada, habia hecho palpar á Juana que detestaba el lujo y la vida brillante y tumultuosa á que estaba condenada.

Los sentimientos que habian dictado esta carta, debian de producir un poderoso efecto sobre Juana.

¡Este desgraciado niño se resignaba á morir con tanta dulzura!

¡Se fingia la muerte tan bella adornándola con sus recuerdos mas queridos!

Habia en sus frases sin hilacion tal mezcla de amor y piedad, de respeto y de pasion, de confianza y de temor, que madama de Bracciano se decidió á tener al momento una entrevista con su marido.

Por una de esas presunciones inesplicables en el suceso que se desea, no se la ocurrió ni un momento que Herman pudiera morir antes que ella hubiese tomado la determinacion que la debia salvar la vida.

Le escribió esta carta apresuradamente:

«No morireis, vivireis feliz... Decís verdad, tengo la mision de colmaros de la felicidad que mereccis. El honor y el deber me trazan un camino de que no me apartaré... Dentro de una hora recibireis una [palabra mia, todo será decidido... Esperadlo todo.»

Enviada esta carta, madama de Bracciano reflexionó algunos momomentos antes de ver a su marido.

En su ciega seguridad, ella no ponía en duda que M. de Bracciano consentiria en el divorcio: viviendo con ella en los términos mas frios, no daría gran importancia á esta separacion.

Ella sabia que era muy interesado, por lo cual estaba decidida á salvar cualquier dificultad abandonándole sus bienes, reservándose solo una módica suma para vivir con Herman en algun oscuro retiro.

Con su carácter leal, tuvo un momento la idea de confesarlo todo á su marido diciéndole que queria casarse con Herman, pero pensó que si M. de Bracciano se enojaba por ello, Herman, pobre y proscrito, sin apoyo, sufriria quizá su cólera: se decidió, pues, á no hablar de él.

Porque para una determinacion tan grave, Juana no consultó á la princesa de Montlaur.

Sin duda porque sabia sus predisposiciones contra Herman, y que miraba el divorcio como una monstruosidad.

¡Cómo no dudó del consentimiento de su marido? porque á fuerza de acariciar en la soledad una idea querida toma el deseo por una promesa, se olvidan las dificultades y se toma la falta de contradictores por falta de contradicciones naturales.

Madama de Bracciano preguntó si su marido estaba en su cuarto. La respondieron que estaba en el tocador con la princesa de Montlaur.

Ella entró.

CAPÍTULO XI.

El divorcio.

La princesa de Montlaur habia quedado muy inquieta por la súbita desaparicion de su sobrina, y no pudo reprimir un movimiento de alegría al verla entrar.

M. de Bracciano venia de las Tullerías. Estaba en traje de corte. La magnificencia de su vestido contrastaba con la pequeñez de su talla y espresion astuta de su fisonomía.

Aunque la princesa no supiera el motivo de la conversacion que iba á tener su sobrina, la admiró su aire solemne y decidido.

Sus mejillas estaban mas coloradas que de costumbre, sus ojos tenian un brillo extraordinario, hallábase en el parasismo de las grandes resoluciones.

M. de Braccianó, aproximándose á su mujer con ceremoniosa política, quiso besarla la mano, pero ella la retiró vivamente y dijo:

—Tengo, caballero, un negocio grave de que hablaros, permitidme dar órdenes para que no seamos interrumpidos.

M. de Bracciano se inclinó.

—Hija mia, me retiro, dijo la princesa de Montlaur.

Por un instante vaciló Juana en dejar á su tia alejarse. Sin embargo, se resolvió pensando que el asombro y el dolor de la princesa podrian quizá comoverla y la dijo:

—Tia mia, dentro de una hora iré á vuestra casa.

Y la condujo hasta la puerta del primer salon.

—¿Qué teneis, hija mia? la dijo la princesa en voz baja, pareceis agitada, casi me espantais.

—No es nada. Solamente cuidad de esperarme en vuestra casa.

—Sea... pero venid lo mas pronto posible, porque no sé por qué estoy inquieta.

Madama de Bracciano fué á buscar á su marido.

Cuando se halló con él, este pensamiento, rapido como el relámpago, atravesó su mente.

«Si se negase al divorcio...»

Y Herman estaba á punto de morir; ella acababa de darle una esperanza.

Al aspecto de su marido sintió un momento helado su corazon.

Calmado, impasible él, la miraba por encima de sus anteojos, que habia bajado sobre su nariz aguda como la punta de una veleta.

—Estoy á vuestras órdenes, señora, solo os pediré el permiso de sentarme, porque estoy cansado. ¡Ah! se me olvidaba deciros, que el emperador se queja de no haberos visto hace mucho tiempo. He prometido por vos, y creo que lo aprobareis, que en el porvenir

vuestras ausencias serán mas cortas, y os suplico que cumplais esta promesa. El mayor empleo de la casa de la emperatriz no está dado aun, y creo que le obtendreis con un poco de asiduidad.

Madama de Bracciano se aterró. El principio de esta conversacion era tan lejana del punto á que ella queria ir, que pensando en los medios de llegar, respondió maquinalmente:

—Sí, señor.

—No esperaba menos de vos, dijo M. de Bracciano satisfecho.

Y acercándose á su mujer, añadió confidencialmente:

—No sabeis aun mi interés en este proyecto, pues estais tan bien dispuesta, puedo decíroslo. Y bien, segun los reproches y chanzonetas del emperador, creo que pensará en vos por la subintendencia de la casa de la emperatriz, cargo importantísimo que vuestra prima la princesa de Guemené tenia antes de la revolucion junto á la reina de Francia.

Juana veia con terror el tono confidencial que esta conversacion tomaba, y sentia que era necesario llegar casi sin transicion á la peligrosa cuestion de que queria tratar.

Esperó sin embargo hallar en este asunto un motivo, ya que no de censura, al menos de discusion, y dijo:

—No sé, señor, qué interés teneis en que yo acepte ese cargo en caso de que me le ofreciera el emperador. Creo que vuestra posicion puede satisfacer la mayor ambicion.

—Escuchadme, hija mia, yo lo debo decir todo á la compañera de mi vida.

Juana hizo un movimiento.

—No precisamente á la actual, sino á la que lo será dentro de algunos años, añadió sonriendo M. de Bracciano. En cuanto al presente me hago justicia.

Vos sois jóven y encantadora. Mis preocupaciones políticas, mis trabajos, me hacen algunas veces sombrío y no quisiera entristecer vuestra juventud: ciegamente confiado en vuestra lealtad, os dejo tan libre como si estuviérais viuda. Teneis veinte años, y esta es la edad de las coqueterias inocentes que ocupan el alma sin llegar al corazón. Sabeis que nunca he impedido ni contrariado vuestros deseos. ¿Ni para qué? ¿Podia yo rodearos como otros de pequeños cuidados y graciosas asiduidades? No, yo sé que no ha llegado mi hora: pero dentro de doce ó quince años, habré notado el vacío de esas diversiones, buscareis la paz doméstica y mi hora vendrá. Creedme, cuando pasadas vuestras ilusiones llegéis á la edad madura, estrechareis con placer la mano que os ofrecerá un viejo amigo para atravesar la vejez.

A pesar de su expresion de ironía habitual, M. de Bracciano parecia conmovido.

Juana, en el colmo de la admiracion y el dolor, porque se la escapaba la ocasion, no pudo menos de decir:

—Pero señor, ese lenguaje...

—¿Os sorprende, no es cierto?... Estais tan ocupada, y yo tambien, que nunca puedo hablaros, y además temo molestaros. Paso las horas en edificar en el aire, para despues, para la época en que quiero seduciros, la vejez. Lo que sobre todo me alienta hoy, es que tengo que hablaros de vuestras funciones de subintendencia. Entre nosotros, considero vuestra aceptacion como muy grave, menos para el presente que para el porvenir, y os lo repito, miro siempre al porvenir porque debo partirle con vos. Lo que os voy á decir es secreto. Ahora el emperador domina al mundo. Se casa con la hija de un gran rey, las mas brillantes fortunas son obra suya. ¿Quién sabe si palidecera su estrella y el todo poderoso hoy no será vendido por la suerte de las armas, á las cuales pide quizá

demasiado? En ese caso... (hay que pensar en todo), la influencia que habreis adquirido sobre la emperatriz será nuestro amparo. Si hay una reaccion de soberanos legítimos contra los populares, acaso el Austria, como decia vuestra tia, tendria que coligarse con ellos. Esta seria la causa de la Europa contra la Francia. Entonces la emperatriz seria llamada, sino á ser el árbitro de esta contienda, al menos á tomar parte en ella, colocada entre un padre y un esposo; su posicion hábilmente manejada podria darla una doble y gloriosa influencia... Sobre todo si obraba segun los consejos de una ilustrada amiga. En ese caso fuera cual fuera la suerte de la Europa, la confidenta tendria asegurada una de las fortunas más brillantes, porque los intereses de los príncipes legítimos serian más ó menos defendidos segun las circunstancias. No tengo necesidad de deciros que esta amiga perteneceria por su nacimiento á las casas más antiguas de Francia... Y bien, Juana, adivinareis fácilmente que este admirable papel es el que quisiera veros representar con la emperatriz.

—¿A mí, señor? dijo Juana.

—A vos, querida amiga, no os espanteis, le llenareis maravillosamente, gracias á vuestro encanto natural y á los consejos de un hombre dedicado á la politica y bastante despreocupado acerca del deber para saber aprovechar las circunstancias.

El estupor de Juana era tal, que no podia responder; su marido, que la creia muy atenta, continuó:

—Si por el contrario no llegasen tan tristes sucesos; si el imperio se consolidase, vuestra influencia no seria menos útil; el emperador no será nunca dominado por un ministro, pero puede serlo por una mujer. No podeis figuraros lo bueno que era con Josefina, y luego con la edad se estinguió la ambicion, y solo se buscan los goces de la familia. Si la empera-

triz le diese un heredero y fuese dirigida por un amigo fiel, acabaria por dominarle. Con la seduccion que teneis y la habilidad que me reconocen, comprendeis que podriamos utilizar ese ascendiente y acaso en provecho.

Temiendo haber aparecido demasiado ambicioso, y haber herido la delicadeza de su mujer, añadió:

—Podreis así tambien hacer grandes servicios al partido realista, y obtener gracias no para vos, que sois desinteresada, sino para los vuestros. Ya comprendeis que esto es grave. Yo no he dicho nunca una palabra á nadie: os hablo porque cuento con vos para obtener este empleo que asegura nuestro porvenir.

A medida que madama de Bracciano escuchaba á su marido, sus ideas, al principio confusas, se esclarecian.

Habia comprendido que el duque queria hacer de ella un instrumento de ambicion, y creyó hallar un excelente pretesto para una grave cuestion en esta proposicion.

Así respondió despues de un corto silencio:

—Siento mucho, señor, contrariar vuestros proyectos, pero os suplico no pidais en vuestro nombre ni en el mio ese cargo al lado de la emperatriz.

—¿Y por qué, señora?

—Porque si el emperador me lo ofreciera, lo rehusaria.

—¡Lo rehusariais! exclamó el duque estupefacto, lo rehusariais, y hace un momento casi habiais consentido. Me habeis inducido á revelaros mis planes, mis secretos, añadió mirándola con desconfianza.

—No os he prometido nada, señor, no os he interrumpido, porque queria saber á dónde llegaba vuestra ignorancia de mi carácter.

—¿Qué quereis decir?

—Francamente, señor, ¿me creeis hecha para servir á vuestra ambicion, para ser la cómplice de vuestros manejos subterráneos é ingratas esperanzas?

—Señora... no me habeis comprendido, dijo el duque friamente.

Las almas bajas temen siempre la traicion de que son capaces, y el duque desconocia á Juana lo bastante para temer su indiscrecion acerca de la posicion del emperador.

—Os he comprendido, señor, me habeis dicho que al lado de la emperatriz podria por mi habilidad adquirir bastante influencia para dirigirla á mi gusto, y al vuestro el ascendiente que ella tomase sobre Napoleon, y que en el caso de que este cayera bajo los esfuerzos de los reyes coligados...

—Señora, exclamó el duque palideciendo de temor, ni una palabra mas, eso seria abusar indignamente de un momento de confianza.

—Olvidais, señor, que no he solicitado vuestra confianza. Me habeis dicho vuestros secretos, porque me creiais capaz de proyectos que no quiero calificar... pero podeis estar tranquilo y contar con mi discrecion.

—Hago mas, señora, cuento con vuestra bondad, y si es preciso decirlo, con vuestra inteligencia, para estar seguro de que aceptareis el cargo que pediré al emperador en nombre vuestro.

Madama de Bracciano miró con estrañeza á su marido, y dijo:

—Vuestra insistencia es cuando menos estraña... teneis demasiado talento para insistir. .

—Señora, dijo friamente el duque, tengo el honor de deciros que aceptareis ese cargo.

—Pero señor...

—Señora, tengo el honor de repetiros que le aceptareis.

—Pero señor...

—Pero señora, yo lo quiero.

—¡Vos lo quereis! ¿Y con qué derecho? Quién me obligará á obedecer?

—Mi voluntad, señora.

—Vuestra voluntad... la ambicion os ciega.

—No tanto como creéis, y para probároslo, escuchad. Hace tres años me casé con vos. Gracias á mí, se devolvieron sus bienes á vuestra familia, y vuestros parientes fueron llamados del destierro. Esto es poco... esto no es nada... Sois de antigua nobleza y yo soy Gerónimo Morisson, hijo de mis obras. El emperador, en su sistema de fusion, ha querido unir el imperio al antiguo régimen por medio de algunos matrimonios como el nuestro; á estas miras políticas debo la felicidad de ser vuestro esposo, no lo niego. Apenas casado, conocí la antipatía que os inspiraba. ¿He mostrado resentimiento? No; discretamente me he alejado, dejándoos libre; lo que he sufrido por esta aversion, no lo habeis sabido jamás. Vos no teneis vanidad, pero sí la conciencia de vuestro valor; creereis, pues, que no exagero al decir que me ha sido penoso vivir aislado en mi interior con una mujer jóven y bella. Sé que antes nada era mas comun entre los grandes señores que estas existencias separadas; pero yo, yo vivo en nuestros días, soy del pueblo, señora, y podré hallar al fin vuestras maneras demasiado aristocráticas para conmigo.

—¿Qué quereis decir?

—Vais á saberlo; y pues es preciso decirlo, me canso al fin de hacer sacrificios, me canso de no ser tenido por nada en mi casa, me canso de mi aisla-

miento. De dos cosas una, señora, ó compartís mi existencia en la córte, ó doy mi dimision y nos vamos á vivir apaciblemente en una de vuestras tierras, para no comprometer el porvenir. En una palabra, ó aseguro mi posicion por vuestra adhesion á lo que os propongo, ó abandonaré una carrera que, á pesar de sus brillantes apariencias, no me parece ofrecer bastantes garantías para empeñar en ella el porvenir. Esta es mi última palabra.

CAPÍTULO XII.

El divorcio.

(CONTINUACION.)

Madama de Bracciano vió con secreta esperanza empeñarse la conversacion en este terreno.

Creyendo el momento favorable para hablar de un proyecto, que por decirlo así palpitaba en ella, dijo al duque:

—Os doy gracias, señor, de esponer las cosas tan claramente: no seré menos franca. Rehusó absolutamente unirme á la emperatriz.

—Rehúais, señora... tened cuidado...

—Veo perfectamente las consecuencias de mi negativa.

—Bien, señora, dijo el duque con amarga sonrisa, sea, no tengo el derecho de quejarme... encuentro

grandes compensaciones en el porvenir: pasar todos mis instantes con vos, olvidar las vanidades de la ambicion por los placeres del hogar doméstico, gozar en fin en vuestra intimidad ese apacible porvenir que yo no creia reservado sino á mis viejos dias... es despues de todo entregarse á la verdadera felicidad.

El corazon de Juana latia de modo que parecia próximo á romperse: tenia en los lábios la palabra divorcio: la conversacion habia llegado á un punto en que ella no podia dudar.

Respondió, pues, con voz conmovida:

—La intimidad, la vida interior de que hablais, señor, será en adelante imposible entre nosotros.

—Imposible... señora...

—Sí, señor, para vivir así aislados, era necesario que tuviésemos relaciones de edad, de carácter y costumbres.

—Señora, ¿hablais sériamente? ¿Soy ó no vuestro marido?

—No os he ocultado las causas que me han hecho consentir en mi union: mi reconocimiento á mi tia...

—Eso es ciertamente muy galante para mi; pero quisiera saber el resultado de todas las dificultades que me alegais.

—El resultado es que no consentiré en vivir con vos en una de mis posesiones.

—¿Eso es fabuloso! dijo el duque pasándose la mano por la frente. ¿Sin duda os burlais? ¿Me creeis bastante ciego para eso? ¿Que no consentireis nunca en vivir conmigo en una de vuestras posesiones? ¿Qué significa eso? ¿No tengo derechos? ¿Creeis que porque tengais valor para decir *no*, no tendré voluntad para decir *si*?

Al hablar así el duque, que á duras penas contenia su cólera, se animaba cada vez mas.

—Pero yo estoy loco en responderos... He sido de-

masiado débil hasta ahora; he pedido en vez de haber mandado; he sufrido incomodidades de que debía de haberme desembarazado, empezando por vuestra tia, que desde mañana dejará esta casa. ¡Ah! señora, no sabeis con quién tratáis, ¡yo os lo enseñaré!

—Esas discusiones son indignas de vos y de mí, señor, y solo prueban que en adelante no podremos vivir juntos... Hay un medio de conciliarlo todo; el emperador ha dado el ejemplo, el divorcio...

Juana dijo esta palabra con completa calma, aunque era terrible su emocion.

El duque soltó una carcaja sardónica.

—¡Ah! ¡ah! ¡el divorcio! exclamó: eso en verdad es muy cómodo y está muy bien imaginado...

Dos ardientes lágrimas brillaron en los ojos de Juana, que añadió con voz alterada:

—No es de hoy el pensar yo en una separacion. No consentiré nunca en lo que pedís, esta separacion es indispensable.

—¡Indispensable! soñais, señora. ¿Creeis que yo la consienta? ¿Sabeis siquiera con qué condiciones es posible? Conoceis las dificultades que el emperador mismo... pero soy un loco en responder seriamente á una locura de niña mimada. . Perdon, señora, es la hora del consejo... Reflexionad en lo que os he dicho, haced lo que os pido por vuestro interés y por el mio, ó sino... vos no sabeis lo que es el poder de un marido. Tengo por mí la ley, la opinion pública, el apoyo del emperador, porque nada puede reprochárseme en mi conducta con vos.. Adios, señora, no ensayeis una lucha en que no tendreis la ventaja, os lo prevengo.

El duque hizo un movimiento para salir. Juana, impelida por la desesperacion y el temor, cayó de rodillas y exclamó juntando las manos:

—¡Señor, por piedad, por piedad no rehuséis!

—¡Rehusaros! ¿el qué? dijo el duque estupefacto, tratando de levantarla.

—Consentid que nos separemos, señor; cuando hace un momento os pedi una conversacion, queria hablaros de esto. Y bien, si, os lo confieso, me es imposible seguir viviendo con vos. No os acuso; yo sola obro mal.. Cuando contraje esta union era tan jóven que no preveia el porvenir... No sabéis lo que padezco... ¡Por piedad! no me hagais desgraciada... no me desesperéis... entre los dos hay un abismo. Sed bueno, sed generoso... consentid en nuestra separacion.

—Pero estais loca, señora... eso es imposible. ¿Por qué?...

—Por piedad, señor, os digo que no podemos vivir juntos... os digo que hay razones que hacen indispensable esta separacion... moriré mas bien que quedar aquí.

Oyendo estas palabras pronunciadas con el acento de la verdad, viendo la palidez, las lagrimas, el cambio de la fisionomia de Juana, M. de Bracciano quedó estupefacto, cruzó los brazos y dijo con voz sorda mientras que su mujer sollozaba con la cabeza entre las manos:

—¡Lo comprendo todo!... Me habia engañado... pues era bastante tonto para creer en el honor de esta mujer... como si en su casta no se naciera corrompido...

A estas palabras ultrajantes, madama de Bracciano se levantó vivamente con los ojos chispcantes de indignacion.

—Ni una palabra mas, caballero, exclamó con sublime dignidad, no profaneis con vuestras odiosas sospechas los mas puros sentimientos... Y bien, si... amo con pasion, con delirio, al mas noble de los hombres.

—¡Lo confiesa! exclamó el duque con rabia.

—Si, lo confieso, porque hubiera muerto antes que ajar el nombre que me habeis confiado... porque este amor honra tanto á quien le siente como á quien le inspira... Sí, confieso este amor, porque ahora comprendereis quizá que debemos separarnos.

—¡Separarnos! exclamó el duque, ¿lo creéis así, señora? ¿Crecis que se trata solo de amar al primero que llega para venir á decir al hombre á quien perteneceis ante Dios y ante la ley? ¡Separémonos! amo con pasion, amo con delirio. Dais un crimen por escusa de una separacion sacrilega... En efecto, señora, es preciso que ameis locamente para osar hablarme así, para haber creído que yo seria bastante miserable y bastante tonto para consentir en la separacion despues de tal confesion...

—¿Pero qué esperais de una mujer que acaba de deciros que su corazon no la pertenece? Despues de esta explicacion, ¿podemos quedar bajo el mismo temo? Y bien, admito que rehuseis el divorcio... mañana. . hoy mismo, mi tia y yo abandonaremos esta casa para no volver.

El duque habia poco á poco recobrado su imperio sobre sí mismo: calmóse, y sus facciones ofrecieron la espresion de la sangre fria sardónica mas espantosa que la cólera.

—Hay algo de verdad en lo que decís, señora, vuestra tia dejará esta casa, pero vos no... ¿Estamos en las confesiones? Y bien, tanto mejor, me confesais vuestro criminal amor para probarme que debemos separarnos, y yo os voy á confesar las causas vergonzosas que me impiden separarme de vos.

—Me espantais...

—Eso es un presentimiento. Escuchad. Soy hijo de un artesano. No tenia nombre ni fortuna cuando estalló la revolucion: me arrojé en ella, anduve mi camino, llegó el emperador, é hizo mi fortuna, pero precaria; yo lo tenia todo de él, y lo podia perder todo

con él. Vos teneis el corazon tierno, y yo soy ambicioso; yo tenia un puesto pero no un patrimonio. Era duque de Bracciano, pero Gerónimo Morisson no tenia ninguna alianza, su nobleza carecia de raices... El emperador resolvió unirme con vos. Este matrimonio satisfacía mi codicia, mi ambicion y mi vanidad, porque me unia á una de las casas mas antiguas de Francia, y en el caso de que cayera el emperador, en el caso de que volvieran los Borbones (ayudéisme ó no) quiero manejar á mis parientes de modo que sean mis mas poderosos auxiliares. Ved, señora, por qué razones, mientras tenga un soplo de vida, no consentiré en el divorcio.

—Y bien, señor, exclamó Juana, todo lo comprendo. Guardad mis bienes, dejadme solamente la pension mas módica... Consentid á ese precio...

—Si estuviérais en vuestro juicio, señora, podria ofenderme de esa oferta, que es un nuevo ultraje. Pero aun suponiendo que yo fuese bastante miserable para aceptar el divorcio, me privaria de una alianza que me interesa por las razones espuestas.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Juana ocultando el rostro entre las manos.

—Vos sois, señora, quien me ha dado el ejemplo. Tanto peor para vos si lo que os digo os hiere. En cuanto á vuestro corazon, he contado poco con él, no me hacia ilusiones, pero os creia de principios bastante sólidos para no temer representar el papel de marido engañado. He intentado agradaros, no lo conseguí, y me consolé pensando en las ventajas de vuestra union. Aunque los desdenes y los sarcasmos de vuestra tia me fuesen insoportables, consentí en vivir con ella, aunque vuestra intimidación con vuestro primo el coronel Surville me desagradase, os repito que os creia virtuosa para ver esta relacion con impaciencia, pero sin cólera... Me he engañado... M. de Surville

ha abusado indignamente de la facilidad que tenia de veros.

—¡M. de Surville!... exclamó Juana estupefacta.

—¡Eh! Dios mio, os creo, este amor era muy platónico, tanto mejor. Mis sospechas son injustas, mejor aun .. querreis mejor morir que faltar á vuestros deberes, lo creo. Vivireis y no faltareis á ellos, porque os vigilaré. A su vuelta M. de Surville no pondrá los pies en mi casa, y desde mañana la dejara vuestra tia. Creo que estareis ya convencida de que es inútil pronunciar la palabra divorcio: parece que entendeis poco las leyes, yo os enseñaré una vez por todas que el divorcio puede tener lugar por el mútuo consentimiento, sevicias graves ó incompatibilidad de génios. En cuanto al primer medio, yo no consentiré. En cuanto al segundo os he tributado siempre los respetos debidos á vuestra posicion. En cuanto al tercero, se revela por violencias, citadme una. En fin, para dar un golpe mortal á vuestras esperanzas, sabed que el emperador, por lo mismo que se ha divorciado, quiere evitar los abusos y acaba de negar su consentimiento á dos negocios, de los cuales uno estaba apoyado en el consentimiento mútuo, y el otro en la conducta escandalosa de la mujer, y las quejas del marido. Como podriais dudar, os traeré al volver del consejo las notas de manos del emperador... Perdon, señora, voy á palacio.

—Os acompañaré, dijo madama de Bracciano enjugando sus lágrimas y levantando la cabeza con dignidad. Me arrojaré á los pies del emperador y se lo confesaré todo.

—No vos, hija mia, sino yo iré al instante á hablar al emperador, dijo la princesa de Montlaur abriendo la puerta de la alcoba de madama de Bracciano.

—¡Mi tia! exclamó Juana arrojándose en sus brazos.

—¡Nos escuchábais! dijo insolentemente el duque.

—Dios y una madre pueden oirlo todo, dijo la princesa con dignidad.

Despues dijo á su sobrina llevándola hácia su cuarto:

—Entrad, hija mia, y esperadme.

Juana, quebrantada por tantas emociones, cayó en un sillón, su tia cerró la puerta, volvió al tocador y dijo al duque de Bracciano con una sonrisa de desprecio:

—Señor Morisson, sois tan cobarde como cruel...

Un lacayo entró.

—Mi coche, dijo la princesa.

—¡Cómo! señora, exclamó M. de Bracciano; vais...

—A las Tullerías, á decirselo todo al emperador.

CAPÍTULO XIII.

Reflexiones.

No se podría explicar con qué cruel ansiedad esperó madama de Bracciano la vuelta de su tia.

La desgraciada veia entonces con cuántas dificultades tendria que luchar para decidir á su marido á una separacion, y mientras tanto Herman podia morir.

M. de Bracciano se habia desenmascarado con tan cruel franqueza, que ella no tenia mas esperanza que en la voluntad del emperador.

Hacia mas de una hora de la partida de su tia; ella pensaba á veces que esta tardanza era á causa de la entrevista, y otras que era mal pronóstico. A cada instante se levantaba para ir á la ventana, á cada coche que pasaba temblaba su corazon.

De pronto se oyó en el pátio el trote de un caballo.

Juana corrió á la ventana y vió un palafrenero con la librea del emperador hablando al conserge.

El conserge se dirigió al vestibulo.

En su febril impaciencia, madama de Bracciano llamó á una doncella.

Cinco minutos despues la doncella entró.

—Señora duquesa, ese hombre viene sin duda á dar al señor duque la órden de ir á palacio, porque el señor duque ha pedido sus caballos.

En efecto, poco despues el coche del duque salió.

Este nuevo incidente vino á aumentar la perplejidad de Juana, dándola sin embargo esperanzas.

El emperador descaba ver al duque. Sin duda dudaba; ¿pero cuál seria el resultado de esta entrevista?

Reflexionando en su posicion, Juana se confesaba que no tenia ningun reproche que hacer á su esposo.

Era codicioso, ambicioso, contaba con la fortuna y el nacimiento de su mujer para sus proyectos; pero solo lo habia revelado irritado por la demanda de divorcio, y aunque se lo confesara al emperador, no bastaria para autorizar la separacion.

Entonces, como siempre sucede, Juana se preguntó cómo no habia pensado en la negativa del duque. Ella habia tomado en esta union tan poco interés, se creia tan poco ligada por el reconocimiento al duque de Bracciano (pues despues de todo, los bienes que la habia devuelto pertenecian á su familia), que habia juzgado los sentimientos de él por los suyos.

A pesar de la firmeza de su carácter, Juana apenas se atrevia á decirse: si el emperador se niega...

Entonces caia en el espanto... por todas partes veia abismos. Herman moribundo... una vida entera con un hombre que aborrecia. .

Despues, por un doloroso contraste, encantadoras visiones atravesaban su alma; se veia esposa de Her-

man en su ignorado retiro... y maldecía al duque que con una palabra podía realizar estos sueños.

Como todas las gentes absortas en un pensamiento, no podía comprender la negativa del duque, á quien había ofrecido sus bienes.

A estas agitaciones sucedía el abatimiento. Así, despues de haber intentado en vano romper las rejas, el cautivo cae anonadado en el suelo.

Tales eran el candor y la nobleza de su corazon, que no se la ocurrió ni un instante una transicion entre sus deberes y su amor.

Lo que habia de mas horrible en su situacion, era la idea de que Herman iba á morir... Despues de haberle sonreído por un momento una vaga esperanza, idea que sobrepujaba á todas, como el doblar de la campana oscurece los demás ruidos.

Juana interrogaba al reloj con ansiedad... sus ojos estaban secos, ardientes, sus labios descoloridos, su palidez era lívida.

De pronto pareció herida de una idea, apartó lentamente los largos rizos que la cubrian la frente, y fijando los ojos en el techo pareció reflexionar.

Despues se levantó bruscamente, cruzó sus brazos sobre el pecho... su fisonomía indicaba una resolucion terrible... sus ojos brillaban con luz sombría...

—¡Oh! ¡qué cobarde he sido! exclamó con amargura.

En este momento un coche entró en el zaguan. Juana se precipitó á la ventana, y vió á las gentes de su tia.

—Si el emperador rehusa... ¡estoy decidida! dijo con voz sorda.

Reparó apresuradamente su tocado tratando de ocultar su emocion, y esperó.

CAPÍTULO XIV.

La entrevista.

—¿Y bien... el emperador?...

—¡Valor, hija mia! dijo la princesa abrazando á su sobrina.

—¡No hay esperanza! exclamó madama de Bracciano cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Juana, calma, resignacion! no os desesperéis; yo nada quiero reprocharos; pero si me hubiérais consultado, os hubiérais evitado muchos disgustos. Yo considero el divorcio como reprobado por la religion, además, vuestro esposo os ha dicho en qué razones se funda el emperador para no permitirle. Tenia pues pocas esperanzas; hubiera sido indigno abusar de las confianzas de M. de Bracciano, y debia limitarme á pintar al emperador las causas que os hacian penosa

esta union, la diferencia de edades, de gustos y costumbres, insistiendo sobre la abnegacion que os habia impulsado cuando podiais apenas comprender todo el empeño que contraiais. Le supliqué que obtuviese de M. de Bracciano que os permitiese retiraros conmigo á una de vuestras posesiones, lo cual hubiera evitado el escándalo. A estas palabras, el emperador me respondió con tono severo:—Señora, yo aborrezco los malos matrimonios; no creo en las incompatibilidades de carácter; esas son visiones de mujeres fastidiadas y romancescas. Si madama de Bracciano tiene alguna falta grave de que acusar á su marido, venga, y la haré justicia; si no, dejaré á su esposo el derecho y el poder que le dan la ley y la razon. Hablé en vano del carácter atrabiliario de vuestro esposo, él me respondió mirándome fijamente: «Señora, sois la mejor mujer que conozco; no hay carácter mas noble que el vuestro. Francamente, ¿qué pensariais de mí, si por satisfacer el derecho de vuestra sobrina abusase de mi poder para robársela á su esposo?»

—Entre nosotros, Juana, ¿qué podia yo responder? El tenia razon, y yo enmudecí ante la justicia y la verdad.

—Desde luego, dijo el emperador, yo no acostumbro á condenar á las gentes sin oirlas.

Llamó y mandó á buscar á M. de Bracciano.

—Le interrogaré ante vos, prosiguió, y lo mas que puedo hacer es, si él consiente, consentir tambien, aunque, os lo repito, encuentro de muy mal ejemplo estas separaciones.

Yo no podia oponerme á la voluntad del emperador. Vuestro esposo vino. Su dueño le dijo toda nuestra conversacion. Aunque él vió que yo habia callado las solas circunstancias que, irritando al emperador, le hubieran acaso puesto de nuestra parte, M. de Bracciano tuvo la indignidad de decir que no

os acusaba, pues creia vuestra conducta irreprochable; pero que habiais sido sin duda instigada á dar este paso por uno de vuestros parientes que tenia sobre vos la peligrosa influencia; en una palabra, por M. de Surville.

Hasta entonces, Juana, anonadada, habia escuchado sumida en el estupor, viendo toda esperanza perdida; proseguia en su pensamiento con fatal tenacidad el plan que habia formado; pero al nombre de Surville levantó bruscamente la cabeza y exclamó:

—¡Raoul! ¡ha acusado á Raoul!

—¡Ah! sí, dijo la princesa que sin creer á Raoul instigador creia á su sobrina ocupada de él. Entonces, hija mia, no podré esplicaros cuál fué la cólera del emperador.

—¡Surville! exclamó, ¡Surville! á quien yo miraba como un hijo, á quien yo creia un hombre de honor por escelencia, representar tal papel... Abusar de su parentesco para turbar una familia formada por mí... cuando en este mismo instante le he dado la mayor prueba de mi confianza...

—¡Pero eso es infame! exclamó Juana; Raoul es inocente.

—Sin duda, hija mia, y yo me apresuré á decirlo.

—Señor, exclamé, acabais de decirme que creeis en mi palabra: y bien; yo juro á V. M. que Surville es estraño á la determinacion de mi sobrina.

—Yo no dudo de que tengais esa conviccion, señora, respondió el emperador con tono seco, pero podeis ser engañada. Advertid á vuestra sobrina, que en vez de dar cebo á sus locuras, prestaré á su marido todo el apoyo que puede esperar de mí. Eu quanto á M. de Surville, yo le arreglaré.

Y sin aguardar mi respuesta me saludó con la mano y entró en su gabinete seguido de M. de Bracciano.

Por la primera vez de mi vida casi sentí no haber cometido una mala acción... porque si el emperador no hubiera desaparecido tan pronto, quizá hubiera yo sido capaz de desenmascarar á M. de Bracciano.

—¡Pobre Raoul! dijo tristemente Juana. ¿Es, pues, cierto, que seré fatal á los que me interesan?

Luego añadió hablando consigo misma:

—Sus presentimientos no le engañaban... este amor debía ser desgraciado... sí muy desgraciado.

—¿Qué decís, hija mía? dijo M. de Montlaur.

—Nada, tía, dijo Juana saliendo de su sueño. M. de Bracciano me había hablado ya de sus sospechas; yo le había dicho que eran infundadas, pero no me ha creído... y Dios sabe si he sido guiada por la idea de Raoul.

M. de Montlaur miró á su sobrina con dolorosa extrañeza, porque veía en sus palabras una mentira y una falta de confianza.

Después de algunos momentos de silencio dijo:

—Hija mía, hay ciertos secretos de que solo una madre puede pedir cuenta. No os haré mas preguntas, aunque la determinación que habeis tomado me diera lugar á creer que queriais vuestra libertad para uniros á una persona á quien amais hace tiempo.

—Es verdad, dijo Juana con voz débil; pero es preciso renunciar, y renuncio.

—¡Sufrís espantosamente, desgraciada! dijo M. de Montlaur, sin detenerse en lo que las palabras de Juana tenían de inesplicable para ella.

—Pero no... no... yo no sufro... solo se sufre en la duda... únicamente la agonía es dolorosa.

—¡Con qué acento lo decís, Juana! me asustais ..

—Hacéis mal... estoy calmada... Veo ahora claramente el porvenir.

Una sonrisa sardónica se dibujó en sus labios, y añadió:

—Vivir en adelante con M. de Bracciano... estar cerca de él... vivir en su intimidad... cambiar con él mis mas secretos pensamientos...

—Pero Juana... os repito que me espantais, exclamó la mariscala cogiendo la mano de su sobrina que se la abandonó con distraccion, continuando:

—Servir de instrumento á su ambicion... á sus traiciones... partir con él el fruto de nuestras perfidias... ¡Ah!... ¡ah! . . ¡ah!... este es un porvenir digno de mí... igual al que yo habia soñado.

La inquietud de la princesa llegó á su colmo al oír la estraña risa de su sobrina; trató de traerla á la razon; la prodigó las mas tiernas caricias, y la estrechó entre sus brazos.

Al cabo de algunos minutos, Juana pareció salir de un sueño penoso, miró fijamente á su tia, y recordando sin duda lo que habia pasado:

—¡Tia... tia... es, pues, cierto... no hay esperanza! exclamó gimiendo.

—Si, hija mia, siempre hay esperanza; Dios no nos abandona nunca. Vuestra conducta ha sido siempre irreprochable... El tiempo, el olvido, calmarán poco á poco esas heridas hoy tan sangrientas. La conciencia de cumplir un deber calmará vuestros enojos... Mirad en torno vuestro, y os consolareis acaso pensando en los que aun son mas desgraciados.

—Sin duda, teneis razon, dijo Juana con aparente resolucion; el olvido calma todos los dolores.. no pensemos mas en ellos. Como dice el emperador, son locuras de mujer... Volveré á mi vida habitual... ¿Qué hacer contra el imposible? Resiguarse. ¿No es cierto? Y bien... me resignaré.

—¿De veras?... Juana, esa resolucion me parece muy pronta.

—¿Por qué? Sabeis que tengo valor cuando quiero; pongo mi confianza en Dios, y él acaso se apiadará de mí.

Madama de Bracciano parecia tan convencida de lo que decia, que la princesa se tranquilizó.

—Sin duda, dijo, esa borrasca se calmará... Por indigno que sea un hombre, se avergüenza siempre de ciertas cosas... Mr. de Bracciano evitará vuestra presencia, y estareis tranquila, si no dichosa.

—Sin duda, pienso como vos... Perdonadme solo el dolor que he podido causaros... quizá esto es lo mejor, porque ahora sé lo que pierdo y lo que me queda.

En este momento llamaron á la puerta del cuarto.

Madama de Bracciano ordenó entrar, y una doncella dió una carta á la princesa.

Era de un amigo íntimo suyo, que por sus funciones estaba enterado de lo que pasaba en el gabinete del emperador.

Júzguese del espanto que la causarían las siguientes líneas:

«Os escribo apresuradamente para comunicaros una triste noticia, para que si es posible impidais grandes desgracias. El emperador acaba de saber que el coronel Surville ha dejado á Viena y ha vuelto á Francia sin orden ni permiso. Estaba encargado de una mision importante, y no se ha ocupado de ella. Ignoro si esto tendrá relacion con la conversacion que esta mañana tuvisteis con el emperador; pero S. M. acaba de llamar á M. de Bracciano, y despues de haberle hablado se han comunicado órdenes al comandante de Paris y al ministro de Policia. El emperador parece furioso contra el coronel. Si teneis algunos indicios sobre él, haced que se oculte mientras que trabajarán sus amigos.

»Quemad esta carta, mi querida princesa; conoceis el peligro de esta indiscrecion si fuera descubierta.»

Despues de haber leído esta carta por segunda vez, la princesa la quemó.

Su sobrina no lo notó, tan absorta estaba en sus reflexiones.

Madama de Montlaur, temiendo dar un nuevo golpe á Juana, no la habló de este incidente, y la rogó que entrase á su cuarto á descansar.

En seguida envió á casa del coronel un hombre de confianza, para saber si habia vuelto.

CAPÍTULO XV.

El terror.

El duque de Bracciano salió satisfecho de las Tullerías. Por un instante había temido que su mujer ó la princesa descubriesen al emperador las tenebrosas maquinaciones en que quería emplear á Juana; pero reflexionando en su noble carácter, reconoció que había hecho mal en temer.

En adelante, apoyado por el emperador, no dudaba que la decidiera á aceptar el cargo de superintendente, que era, por decirlo así, la piedra angular de todos sus proyectos ambiciosos.

M de Bracciano debía tener aquel mismo día un nuevo gozo.

Supo por el emperador que Raoul había dejado á Viena, uniendo su partida con la demanda de divorcio

de madama de Bracciano: el emperador estaba furioso, y queria encerrarle en Vincennes á su llegada á París. Todo ayudaba á M. de Bracciano y calmaba sus temores.

Su alma estaba demasiado desecada por la ambicion y el egoismo, para que sintiese ningun amor por su mujer; pero orgulloso hasta el exceso se hubiera avergonzado de representar un papel ridiculo.

Se preguntaba con ansiedad si habrian sido notadas las asiduidades de M. de Surville. Tan pronto le parecia que se esplicarian por el parentesco, como que este mismo parentesco daria pábulo á las hablillas.

Se reprochaba entonces de haber tratado á Raoul con tanta intimidación; porque si no dudaba de la virtud de su mujer, temia á la maledicencia.

Nunca habia concebido sospechas contra Herman.

¿Cómo imaginar que dudase una mujer entre un jóven oscuro y un hombre tan brillante como el coronel?

La misma princesa de Montlaur, conociendo la generosidad del carácter de su sobrina, no habia pensado nunca en tal pasión.

Además, Juana, en la escena del divorcio, aunque habia afirmado que no se ocupaba del coronel, no habia pronunciado el nombre de Herman, tanto por respeto á sí misma como por no esponer al que amaba al enojo del duque de Bracciano.

En cuanto la princesa la dejó, Juana escribió apresuradamente este billete á Herman:

«Todo está perdido... no hay esperanza... no morireis solo... Esta noche os llevarán la cruz de vuestra madre.»

Tres horas despues de haber recibido Herman esta carta, Pedro Herbin llamaba á la puerta del duque de Bracciano.

Eran las diez de la noche.

A pesar de las agitaciones del día, M. de Bracciano, dotado de gran fuerza intelectual, terminaba algunos trabajos para el emperador.

Su ayuda de cámara entró, le dió una carta, y le dijo que la persona que la traía quería ser introducida al momento para comunicarle cosas de gran interés.

—¡Pedro Herbin! decía el duque leyendo la firma; ¡Pedro Herbin!... yo conozco este nombre... tengo un vago recuerdo... debe datar de la revolución... pero no recuerdo nada de particular... ¿qué importa?

Volvióse al ayuda de cámara y dijo:

—Que pase.

Un momento después, Pedro Herbin entró.

El despacho del duque era una gran biblioteca; sobre la mesa había una lámpara.

El duque, sin duda para ayudar sus recuerdos con la vista del nuevo personaje, quitó la pantalla.

Por un momento contempló las ennegrecidas facciones de Pedro Herbin, y luego hizo un gesto como indicando que no le conocía.

—Y bien, ciudadano, ¿me has mirado bastante? preguntó Pedro Herbin con sonrisa sardónica.

Estupefacto de la audacia de estas insolentes palabras, el duque se levantó vivamente diciendo:

—¿Qué significa esto, caballero?

—Esto significa, respondió Pedro Herbin con imperturbable sangre fría, que para que la conversación tenga chiste, es preciso que mi identidad sea contestada como decías cuando eras acusador público en Dijon.

—¿Sabeis que voy á ha er echaros? dijo el duque dirigiéndose á la campanilla.

Pedro Herbin, sin hacer caso, mostró al duque un folio de papeles, diciendo:

—Cuidado, ciudadano, antes de dar un escándalo, mira las fechas de estos papeles: «1792, 1793.—Tri-

bunal revolucionario.—Dijon.» Estos papeles pueden ser como la caja de Pandora; así, cuida de no cometer ninguna imprudencia, y óyeme pacientemente.

Sea que el duque no tuviera la conciencia muy limpia, ó que los papeles de Pedro Herbin escitasen, si no su temor, al menos su curiosidad, fué á asegurarse de que nadie podia escucharlos, y luego, volviendo á Pedro Herbin, que se habia sentado cómodamente junto á la chimenea, le dijo:

—Y bien, hablad... ¿qué significan esos aires misteriosos? Os advierto que nada me importan; pero en mi posicion me he impuesto por ley el oír á los que me piden audiencia. El pais puede ganar en ello. Hablad, pues, y no atribuyais sino á eso mi complacencia.

—No me engañas, ciudadano, me escuchas porque tu conciencia te lo manda. Sin eso me hubieras mandado echar; confiésalo.

—Caballero, hablad en otros términos, ó no os escucho, exclamó el duque.

—Como quieras, ciudadano, dijo Pedro Herbin levantándose y guardando los papeles.

M. de Bracciano dijo con impaciencia:

—Hablad, pero sed breve.

—Eso es difícil, ciudadano, porque lo que tengo que decirte es endiabladamente largo. ¿Pero por qué el tuteamiento te desagrada? Yo te he visto cuando eras jefe del comité revolucionario tutear á los mas encaperuzados personajes del antiguo régimen. Es verdad que era en un momento en que sus caperuzas les iban á servir de poco, en atencion á que les quitabas las cabezas.

—Caballero, no se trata de lo que yo he hecho entonces, sino del motivo que os trae aquí en una hora tan intempestiva.

—¿Tienes razon... ¿Me reconoces?

—Vuestro nombre... vuestro rostro... no me son desconocidos... creo que he tenido con vos algunas relaciones durante la revolucion... pero deben haber sido cortas.

—Vaya... te quemas... Para ponerte mas en camino te diré que he sido durante un mes...

—¡Escribano del tribunal revolucionario! Ahora me acuerdo.

—Vamos, tienes la memoria perezosa. ¿Eso es todo?

—Si existen otras circunstancias, no las recuerdo.

—¿De veras?

—Sin duda os digo.

—¿No te acuerdas de un tal Santiago Briot, á quien hiciste condenar á muerte cortándole veinte veces la palabra cuando queria defenderse?

—No señor, no me acuerdo.

—¿No te acuerdas? Haces bien. Cuando se pueden olvidar los crímenes, deben olvidarse.

—Un juicio, por severo que sea, no es un crimen.

—Santiago Briot no fué juzgado, sino asesinado, exclamó Pedro Herbin, cuya fisonomía cambió de expresion, tomando un aire siniestro. Santiago Briot era mi amigo, mi hermano... Tú cedias á un ódio infernal al perseguirle, porque nunca hombre mas leal habia abrazado la causa del pueblo. El crimen de este desgraciado habia sido el favorecer la fuga de dos realistas... Por este acto de generosidad, admirable en todos los partidos, tú pediste su cabeza y satisfaciste tu venganza.

—No me acuerdo, dijo el duque visiblemente turbado.

—¡No te acuerdas! te pondré en camino. Los dos realistas eran el conde de Grandpre y el baron de Nerolles. Con ellos estaba un tal Mombard, antiguo soldado de guardias; se habia escapado de Lyon, lle-

gando con mil peligros á Dijon. Moribundos de hambre llegaron á casa de Santiago y se confiaron á su generosidad. El los salvó. Mombard, quebrantado por las privaciones, no pudo seguirlos y se le descubrió su casa de Santiago. Por tener derecho á acusar á mi amigo pediste la pena de muerte contra Mombard; fué decapitado, y tres dias despues, por una nueva requisitoria, Santiago Briot murió en el cadalso tambien.

—¡Es posible!... de nada me acuerdo; ¿pero á qué evocar esos recuerdos?

—Vas á saberlo... Yo era escribano del Tribunal, é hice dimision despues de este suceso, porque yo sabia la causa de tu ódio á Santiago Briot.

La ley ordenaba que los que dieran asilo á los enemigos de la nacion fueran castigados con pena de muerte. Ningun motivo de ódio me guiaba.

—¡Ningun motivo de ódio! ¿*Y Wilhelmina Butler?* exclamó Pedro Herbin con voz terrible.

El duque bajó la cabeza.

Pedro Herbin continuó:

—Al dejar mi puesto, por cierta veneracion á mi amigo, llevé su proceso. Hice mal sin duda, pero queria tener con qué rehabilitar su memoria. Con él estaba el proceso de Mombard. Durante algun tiempo viaje. Cuando tu elevacion, pensé en ponerte de manifiesto tu anterior conducta y recorrí de nuevo el proceso... pero figúrate mi asombro encontrando muchos papeles que sin importancia para tí en 1792 podrian hoy derribar tu fortuna.

Por un movimiento maquinal, el duque tendió la mano á los papeles.

Pedro Herbin los retiró vivamente diciendo:

—¡Paciencia! y aunque los cogieras nada adelantarias, ya comprenderás que he tomado mis precauciones. Estos papeles son copias de los originales depositados

en lugar seguro. Aunque enviases ahora un mensajero á tu amo para pedirle contra mí como quien un auto de prision, un amigo mio tiene órden, si no me vé antes de mañana, de obrar contra tí con los originales.

—¿Pero no me direis para qué quereis obrar? dijo el duque turbado á pesar suyo.

—¿Para qué? vas á saberlo, dijo Pedro Herbin buscando un papel entre los demás.

CAPÍTULO XVI.

Mombard el guardia.

La seguridad de este hombre confundía á M. de Bracciano. Se acordaba sí de que una rivalidad de amor por una extranjera había escitado su ódio contra Santiago Briot; pero no comprendía qué influencia podía tener este hecho con su suerte actual.

Tomando valor, dijo á Pedro Herbin con alta-neria:

—Acabemos, es tarde.

—¡Es tarde! dentro de poco creerás que es pronto, respondió Herbin con tono sombrío. Vamos por órden. ¿Te acuerdas de un oficial austriaco, prisionero en Dijon, llamado Butler?

—Me acuerdo vagamente, dijo el duque palideciendo.

—¿Vagamente? Pedro Herbin sonrió sardónicamente. ¿Y de su hija Wilhelmina... te acuerdas?

—Sí, dijo el duque con voz breve y conmovida

—Santiago Briot era amado de Wilhelmina, y la amaba tiernamente... la viste y te enamoraste de ella, que te desdeñó diciéndote que amaba á Santiago... Entonces juraste la muerte de este desgraciado, tuviste ocasion y cumpliste tu juramento.

—¡Ese hombre! ¡siempre ese hombre! exclamó el duque con espanto.

—Sí, ¡siempre ese hombre! repitió Pedro Herbin añadiendo con voz casi solemne:

—Escucha, Santiago Morisson... ni tú ni yo creemos en nada... eres un ambicioso desenfrenado, todos los medios te parecen buenos; el egoismo ha secado tu corazon. Has sido un asesino jurídico, la peor especie porque es la mas cobarde... Sin llegar á tí yo soy mas malo que bueno... la pobreza me ha depravado... pero prosternémonos ambos ante ciertos hechos providenciales. Has hecho matar a Santiago... y bien, por un extraño concurso de circunstancias, de su tumba saldrá tu desgracia... Decias bien al decir: «Siempre ese hombre.»

M. de Bracciano se sintió conmovido. Los sucesos del dia, la hora avanzada, el siniestro aspecto de Pedro Herbin, todo aumentaba su turbacion.

Pedro Herbin prosiguió con voz grave:

—Santiago era pobre. El capitan Butler, aunque pobre tambien, le habia rehusado la mano de Wilhelmina. La desgraciada niña solo habia escuchado á su corazon. Tres meses despues de la muerte de su amante dió á luz un niño que tenia ahora diez y ocho años y que es Herman tu secretario.

—¡Herman! ¡El hijo de Briot!

—Cuando dejaste á Dijon para venir de acusador público á Dijon, Wilhelmina volvió á Viena... su padre murió y ella crió su hijo con el nombre de Butler,

hasta que un suceso, que no necesitas conocer, la obligó á enviarle á Francia bajo el nombre de Herman Foster... hace cosa de seis meses. Yo supe, por casualidad, que no tenias secretario. Hice tales manobras, que logré regalarte á Herman sin que sospecharas que esta hermosa alhaja venia de mi mano.

—¡Miserable! exclamó el duque, obrábais así para sorprenderme algun secreto de estado... Introducir en mi casa á un hombre que se cree con el derecho de odiarme... emponzoñar el alma de ese niño con calumnias...

—¡Calumnias! Sabia él ya que eras el asesino de su padre... yo no necesitaba calumniarte.

—Pero eso es un tejido de infamias...

—¡Ah! Ya ves como tenias razon al decir: «¡Siempre ese hombre!» Pero dejemos á Herman como tu secretario .. volvamos á Mombard á quien has hecho guillotinar y que ha sido la causa inocente de la muerte de Santiago Briot. ¿Sabes quién era ese Mombard?

—Un antiguo guardia... Vos lo habeis dicho... Pero acabemos ya... Estoy fatigado... Mañana os oiré...

—¡Mañana! exclamó Pedro Herbin con una carcajada salvaje, mañana... aun no sabes nada, conoces la causa y no el efecto... Mombard es la clave del enigma... Mombard no es lo que parece; Mombard es un noble... un emigrado con un nombre supuesto.

—¿Y qué me importa? exclamó el duque.

—¿Qué te importa? Me gusta verte tan seguro: tu despertar será terrible. Mombard era un noble, un gran señor, disfrazado con un nombre de soldado. En tu precipitacion por acelerar su muerte, no te tomaste el trabajo de examinar este papel que prueba quién era... Y sin embargo, ahora darias tu fortuna por anonadarle.

—Vamos, dijo el duque con mas impaciencia que temor, acabad y decid quién era... esto dura demasiado.

—¡Mira si no hay una Providencia! respondió Pedro Herbin. Ese llamado Mombard, que ha servido de pretesto á la muerte del padre de Herman... es...

—¿Hablaeis al fin? dijo el duque fuera de sí.

—Mombard era el marqués de Souvry... el padre de tu mujer!

CAPÍTULO XVII.

Esplicaciones.

Al oír estas palabras, el duque retrocedió dos pasos fijando en el amigo de Santiago Briot sus ojos asombrados. No pudo resistir á esta sacudida y cayó en un sillón.

Pedro Herbin, arrojándole una mirada de triunfo, continuó:

—¡Y bien! razón tenías al decir hablando de Santiago Briot. ¡«Siempre ese hombre!» La Providencia fecunda la sangre de tus víctimas.

Después de algunos momentos de silencio, M. de Bracciano repitió sordamente:

—¡El... él... Mombard! el marqués de Souvry...

Luego añadió:

—Pero no, no; es imposible; el marqués ha muerto

en los asesinatos de Lyon... Miente con la mayor audacia...

Pedro Herbin respondió con calma mostrando al duque una de las piezas del proceso.

—Tú verás por esta copia de una carta original del marqués, que durante la noche de los asesinatos, pudo escaparse de la cárcel de Lyon, donde había estado preso con su verdadero nombre; creyósele muerto y arrojado al río con las demás víctimas, y él en su fuga tomó el nombre de Mombard; en casa de Briot se hizo pasar por desertor para darse menos importancia, y cuando se le prendió calló por el mismo motivo. Solo después de su condenación escribió esta carta á uno de sus amigos, contándole su fuga. El carcelero, á quien había dado todo el dinero que le quedaba para enviar esta carta al extranjero, me la dió. Yo era aun escribano y la uní al proceso .. en tu prisa, esta circunstancia era indiferente, y pasaste la carta acaso sin leerla.

—¿Será verdad? exclamó el duque apoderándose de la carta.

Luego exclamó, rasgándola y pateándola:

—¡Maldición! ¡maldición!

—Ya ves que he hecho bien en no traer el original, dijo Pedro Herbin. Ahora echa una ojeada al proceso, y rómpele si quieres; eso menos tendré que llevarme á casa.

El duque, sin responder, recorrió el proceso, y no pudiendo conservar duda, se cubrió el rostro con las manos, diciendo con abatimiento:

—¡Qué fatalidad, Dios mio, qué fatalidad!

Después de algunos momentos, añadió con voz firme:

—Ahora, señor, todo lo comprendo. Quereis sin duda poner un precio á vuestro silencio... Herman es pobre... quereis que asegure su posición... Siento mucho lo pasado, creedlo... pero al menos haré cuanto

pueda, y esos papeles que conservareis, os garantizaran...

Viendo la calma de Pedro Herbin, M. de Bracciano cobró ánimo.

—Comprendo, añadió con aire hipócrita, los deberes que tengo para con el hijo del desgraciado Briot; pero aunque las apariencias me sean contrarias, creed que en este desgraciado asunto yo no he sido sino el órgano de la ley. Tendré pues cuidado de Herman... su vista me seria demasiado dolorosa para que yo piense en conservarle cerca de mí; pero con mi crédito puedo asegurar su suerte. Puedo contar con un empleo y una pension... doscientos napoleones... ¿No os parece? Decidlo francamente, señor Herbin, ningun sacrificio me costará trabajo.

Pedro Herbin sonrió de un modo extraño y no respondió.

Tomando este silencio por un sentimiento tácito, el duque continuó:

—En cuanto á vos, señor Herbin, y no pienso que á vuestra edad ningunas funciones pudieran conveniros. Me parece que me habeis dicho que sois pobre. Y bien: ¿os bastaria una pension igual? Si no la creeis suficiente, os daré 300, aunque tengo otras cargas bien pesadas... Y bien, ¿qué decís?

Pedro Herbin se encogió de hombros.

—¡Ah! ¿tú crees, ciudadano, dijo al fin, quien por unos cuantos miles de libras comprarás nuestro silencio? Pero piensa que mañana puedo decir:—¿Veis ese hombre? Se ha casado con la hija de su victima. En su insaciable ambicion, ha procurado este enlace sabiendo lo que hacia.

—¡Infame! exclamó vivamente el duque, ¡yo no lo sabia!

—¿Y quién creera que lo ignorabas? ¿La carta del marqués no está refrendada por tí, Gerónimo Morisson,

acusador público? ¿Se creará que la has refrendado sin leerla?

—Pero decid entonces qué precio poneis é vuestro silencio.

—¿Qué precio... qué precio!... Pero tú eres el infame al creer que sea capaz de venderle por dinero... No, respondió Pedro Herbin con tono irónico, yo vengo aquí impulsado unicamente por el amor de la virtud... Ni yo ni Herman aceptaremos nada de ti, asesino del padre de Herman... de tí, asesino de mi amigo... de tí, asesino del padre de tu mujer.

—¡Infeliz de mí! suspiró el duque.

—Lo que yo quiero, añadió Pedro Herbin, es romper una union que ultraja á la naturaleza.

—¿Qué decís? exclamó el duque temiendo haber comprendido bien.

—Digo que Dios y los hombres reprueban tu union con Juana de Souvry, y que si en este momento no haces tu demanda de divorcio, fundada... en cualquier cosa, mañana hago públicos esos papeles. Y bien: ¿crees que las leyes tardarán entonces en apartarte de tu mujer? Te hallarás cubierto de oprobio, objeto del horror general, y el mismo emperador te tratará sin misericordia, de miedo de que pueda créerse tu cómplice.

M. de Bracciano quedó por un momento anonadado.

Despues exclamó con rabia:

—Ya lo comprendo todo... el coronel es quien ha descubierto esos papeles... Tú eres su instrumento... El no ha dejado á Viena tan precipitadamente, desafiando la cólera del emperador, sino por venir á gozar del resultado de esta infernal maquinacion.

—El coronel viene... Bueno es saberlo, dijo para sí Pedro Herbin. No sospe ha de Herman... tanto mejor. Dejémosle en su error; pero matememos dos pájaros de

una pedrada, y empleemos al duque para detener á Surville. Escucha, Morisson, añadió, la prueba de que no soy instrumento del coronel, es que puedo darte un consejo... que cambiaré en orden si no ejecutas. El ministro de policia es amigo tuyo; escribele al instante que haga detener al coronel á su llegada á Paris en nombre del emperador.

—¿Me ordenais esto? ¿Sabeis que efectivamente el emperador ha dado orden de detener al coronel, de conducirle á Vincennes y tenerle allí secretamente?

—No me creia tan buen profeta, pensó Pedro Herbin. Hé aquí que todo marcha perfectamente: pedia al duque una cosa muy delicada, y la hace el emperador. Estando preso el coronel, estamos tranquilos.

—¿No sois pues el instrumento del coronel? preguntó el duque.

—De ningun modo: ya lo ves, ciudadano.

M. de Bracciano empezó á pascarse precipitadamente; no sabia qué hacer; veia las espantosas consecuencias que podria traerle la publicacion del proceso; veia derrumbarse de un soplo su fortuna tan penosamente levantada. No habia duda. Era preciso que solicitase él mismo el divorcio, obteniendo así la destruccion de los papeles que poseia Pedro Herbin. Entonces podia aun esperar conservar su empleo y sus honores... Si por el contrario estos papeles se publicaban, él conocia bastante al emperador para saber que en la duda, le sacrificaría mil veces.

No pudiendo pues escoger, dijo:

—Estoy en vuestro poder y debo fiarme en vuestra palabra... Voy á provocar el divorcio. En cuanto se pronuncie, quemareis ante mí esos papeles. ¿Os conviene?

—Perfectamente, dijo Pedro Herbin: solamente hace

falta que tu demanda esté antes de las siete de la mañana; alega la incompatibilidad de carácter y el consentimiento mútuo, pues creo que tu mujer le concederá. Adios; piensa que si tu demanda no se ha notificado mañana, me creeré libre, y obraré.

—Convenido.

—Entonces, señor duque, beso vuestra mano, y os ruego que echeis aun una ojeada á esos papeles que os dejo para que os convenzais de que os tengo atado de pies y manos.

Pedro Herbin salió.

M. de Bracciano entró en el cuarto de su mujer.

CAPÍTULO XVIII,

Consentimiento.

Cuando le dejó la princesa de Montlaur, Juana, como hemos dicho, escribió estas palabras á Herman: «Todo está perdido... no hay esperanza... no moriréis solo... esta noche os llevarán la cruz de vuestra madre.»

La desgraciada estaba resuelta á morir con Herman, pura y sin tacha.

Los sucesos se habian agrupado de tal modo en este dia fatal, que madama de Bracciano se hallaba bajo la influencia de una especie de embriaguez febril, Esperaba con ansiedad que la noche adelantase para poder salir por una escalera escusada que desde su tocador bajaba hasta el portal.

Por una casualidad que servía á sus planes, una

de sus doncellas recién casada, recibía en su cuarto á algunas personas.

Juana pensó que con la ayuda de una capa y un sombrero pasaría por una de ellas.

Era cerca de la una.

Juana levantó la cortinilla de su ventana para ver si el cuarto del portero tenía luz aun. Tenía prisa por marchar.

Después de haber despertado todas las esperanzas de Herman por su primera carta, acababa de abismarle en el dolor, y miraba como un deber el morir con él.

Dió la una... Juana creyó el momento favorable; tenía dos retratos en su cuarto, el de su tía y el de su madre, á quien ella apenas había conocido... Antes de partir se arrodilló ante ellos y dejó correr sus lágrimas.

—Madre mía, y vos, tía mía, mi segunda madre, perdonadme, dijo sollozando. Vuestra hija vá á cometer una gran falta... Vosotras pedireis por ella, y acaso conseguireis que Dios la perdone.

Después quemó las páginas de un álbum en que había escrito algunos de sus sueños infantiles, y puso en su secreter una carta para la princesa: esta carta encerraba sus últimas voluntades. Su cuarto no tenía ningún dulce recuerdo, y sin embargo, Juana se sentía conmovida al dejarle.

Iba á coger su capa, cuando oyó llamar á su puerta, y conoció la voz de su esposo que le pedía permiso para entrar. Inmóvil, creyéndole enterado de sus planes, no osó moverse.. El duque, creyéndola dormida, abrió la puerta. Espantado de la palidez de su mujer, no pudo menos de decirle:

—¿Qué tenéis?

Juana, sintiéndose sublevarse todos sus resentimientos á la vista de su marido, exclamó:

—¿Qué quereis? ¿No puedo estar sola ni en mi cuarto?

—Señora, dijo el duque, perdonadme, pero lo que tengo que deciros es tan grave...

—Señor, exclamó Juana, estoy enferma... necesito reposo... os ruego... os suplico que os retiréis...

—Cuando me hayais oído sentireis haber perdido estos momentos.

—Pero en nombre del cielo, ¿qué queréis de mí? esta es una tortura odiosa.

—Después de nuestra entrevista he reflexionado en la demanda de divorcio que me habeis hecho, y he creído que hacia mal en abusar del poder que la ley me concede para haceros vivir conmigo.

Juana creía soñar. Por dos veces se pasó la mano por la frente fijando los ojos en su esposo; habia sentido tan cruelmente el peligro de dejarse llevar de una esperanza infundada, que comprimiendo los latidos de su corazón dijo:

—Perdonadme, señor... temo haber comprendido mal... tened la bondad de repetir...

El duque la contempló un momento en silencio; luego, levantándose bruscamente, la dijo:

—Y bien, señora, acepto el divorcio... me costaría demasiado el veros desgraciada.

—¡Aceptais el divorcio! exclamó madama de Bracciano juntando las manos, ¿le aceptais?

—Si, señora, os lo repito... el sacrificio es inmenso, pero no tengo el triste valor de veros desgraciada.

—Mirad, señor, sería espantoso el engañarme. Pero no, no, estoy loca... este día ha sido tan cruel que he perdido la razón...

En este momento dió la una y media.

—¡Ah! exclamó Juana corriendo hácia la puerta con aire frenético... no hay un momento que perder... será demasiado tarde ..

—Señora... hús de mí cuando os traigo la muestra de mi resignacion, exclamó el duque.

—¿Pero es verdad? dijo Juana. ¿No es una burla?

—Leed, señora, y firmad, dijo el duque presentándola la demanda y yendo á tomar una pluma.

Juana leyó, y luego, cayendo á los pies de su marido, exclamó juntando las manos:

—Señor... señor, sois el mas generoso de los hombres... ¡qué poco os he conocido hasta hoy!

—Señora... levantáos... no merezco esos elogios... he hecho mi deber, y solo siento haber dudado... Firmad; es tarde; estais fatigada y yo tambien... Mañana hablaremos... buenas noches, señora.

—Buenas noches, dijo Juana tomando la mano de su esposo y estrechándola con efusisn. Sé todo lo que os cuesta este sacrificio... creed que mi reconocimiento... que mi amistad...

—Ella me bastará, señora... me creeré muy dichoso de merecerla y de obtenerla.

M. de Bracciano salió.

CAPÍTULO XIX,

La fuga.

Es imposible pintar el trastorno de ideas que sufrió madama de Bracciano. Hubiera necesitado una fuerza de alma poco comun para resistir este repentino tránsito del dolor mas profundo á la mas delirante alegría.

De repente se la ocurrió un pensamiento espantoso. Si Herman no habria podido resistir al golpe que le daba en su última carta.

Figuróse entonces á Herman moribundo... moribundo, cuando podian realizarse sus sueños de felicidad.

Juana no dudó: olvidando su reserva, su timidez habitual, sin reflexionar en la gravedad del paso que daba, creyéndose en el deber de mirar por el que

miraba ya como su esposo, resolvió ir al instante á casa de Herman.

—¿Hubiera tenido valor para ir á mandarle morir muriendo con él? se dijo. ¿Por qué no tendré valor para ir á mandarle vivir?

Tomó apresuradamente su sombrero, bajó por la escalera secreta, pasó por delante del cuarto del portero, y salió á la calle. La noche estaba lluviosa y fria, pero la casa de Herman no estaba lejos.

Algunas veces Juana, pasando en coche por este humilde retiro, habia echado sobre su casa una mirada melancólica. En su exaltacion olvidó la noche y los temores, y se aventuró á atravesar las calles sombrías y desiertas. Marchaba con paso rápido pensando en la sorpresa que iba á causar á Herman. Vió una luz á través de los vidrios de su cuarto, y entró.

Por casualidad la puerta de la calle estaba entreabierta, y como la casa no tenia pisos interiores, no habia lugar á equivoacion.

Juana subió rápidamente la escalera, y llegando al segundo piso abrió rapidamente la puerta exclamando:

—¿Herman, nos hemos salvado!

Pero no habia nadie...: una lámpara ardia sobre la mesa... ¿Qué habia sido de Herman? Juana tembló; quizá habria salido a poner fin á su existencia... ¿Qué hacer? ¿á dónde ir?

Bien pronto una involuntaria esperanza se deslizo en su corazon... en la supersticion de su amor no creyó posible que la Providencia hubiera dejado á Herman atentar á sus dias, cuando ella venia á anunciarle su felicidad.

Traida por estos pensamientos á los sentimientos religiosos, se echó de rodillas y oró con fervor. Pidió perdon á Dios de la idea de suicidio que la habia aca-

riciado, le dió gracias por haber sugerido su resolución á M. de Bracciano.

Calmada por la oracion se levantó, y mirando en torno suyo vió un papel colocado sobre la chimenea, en que humecaban algunos tizones casi apagados.

Era letra de Herman, y ella leyó estas palabras: «Vuelvo al momento... es la una de la noche.»

—¡Gracias, Dios mio!... ¡se ha salvado! dijo Juana cayendo de rodillas... Estas palabras eran para mí sin duda... el desgraciado me esperaba... ¡Oh, corazon noble! ¡no ha dudado de mí!

Completamente tranquila con la lectura de este papel, que besó piadosamente, examinó el interior de aquella pobre morada, los libros de Herman, un retrato de mujer de rara belleza con traje extranjero, y cuyas facciones eran tan semejantes á las de Herman, que Juana reconoció en ella á su madre.

Sus ojos se llenaron de lágrimas pensando en lo que Herman le habia contado de su infancia y del amor de esta pobre madre que durante tanto tiempo le habia velado con su traje de luto.

El sonido de una voz que oyó en la escalera le hizo temblar y la sacó de sus reflexiones.

Pronunciaba el nombre de Herman, y Juana escuchó.

—¡Duermes, borracho!... Te pregunto si Herman ha vuelto, decia.

—Id á verlo, respondia el portero con voz soñolienta.

—¡Mil rayos te partan! dijo la voz.

Y Juana oyó un paso pesado en la escalera.

Espantada, no sabiendo qué partido tomar, dudó un momento.

El hombre que subia llegó al descansillo.

Entonces, Juana, miró en torno suyo, vió la puerta de la alcoba cubierta con una cortina. La abrió, y

entró apoyándose desfallecida en la puerta del calabozo de Bois-cau.

Levantando un poco la cortinilla, vió entrar á Pedro Herbin.

La antipática fisonomía de este hombre le causó un nuevo espanto. No acertaba á comprender qué lazos le podían unir con su amado.

Pedro Herbin se aproximó á la mesa, vió el papel que Herman habia dejado, y leyó...

—¿Dónde diablos puede haber ido á la una? dijo reflexionando. Ya son cerca de las dos: ¿cómo no ha vuelto aun? Mucho me inquieta, y mas cuando tengo tantas cosas que decirle... Pero oigo pasos... él es...

Herman entró.

CAPÍTULO XX.

Confidencias.

Uno de los cristales de la puerta vidriera estaba roto. Juana oyó la siguiente conversacion:

—Y bien, ¿el duque, dijo Herman con inquietud, consiente en el divorcio?

—Tiene un miedo cerval, respondió Pedro Herbin con una carcajada brutal.

—¿Qué te habia yo dicho? El efecto del proceso era seguro. ¿Por qué te obstinabas en no presentarle sino en un caso desesperado? Para decidirte ha sido necesaria la carta en que la duquesa me amenazaba con venir á morir conmigo, y maldita la gana que yo tenia de morir.

—Ya lo sé; pero yo dudaba, porque un hombre, en la posicion del duque, siempre es un enemigo peli-

groso. Pronto ó tarde, os coge... Sin embargo, ha sid necesario obrar, y he obrado. ¿De dónde vienes?

—Del palacio de Bracciano. Despues de tu partida he reflexionado en la carta de la duquesa, y he temido que se la ocurriese venir á morir conmigo demasiado pronto, antes de que el proceso hubiera hecho su efecto en el marido. La he escrito una palabra apresuradamente para suplicarla que esperase á mañana; pero era ya tarde. He llamado en vano; nadie me ha abierto, y vuelvo con mi carta.

—¡Bah! no hay miedo de que tu bella de los ojos amorosos dé semejante paso; quiere como quien dice poseer los placeres del fruto prohibido y los honores de la moral; quiere casarse con su amante delante de su marido, pero no vendrá aquí ni para morir... cuando te escribió pensaba sin duda en hacer en su casa su solo fúnebre mientras tú harias el tuyo en la tuya.

—Acaso tengas razon: el hecho es que no ha venido. Son las tres, y no hay apariencia de que venga á esta hora. ¡Ah! cuéntame tu entrevista con el duque, y dime cómo vienes tan tarde.

—Porque al salir del palacio me he ido á rondar la casa del coronel para saber si habia venido.

—El... pero está en Viena...

—Ha dejado su mision esponiéndose á todo evento. El emperador está furioso y quiere encerrarle en Vincennes.

—¿Y á qué viene?

—¿No lo adivinas? A buscar la dama de los hermosos ojos, á tus maquinaciones, como decia en su carta á ese imbécil que hemos encerrado.

—¡Maldicion! exclamó Herman levantándose; si viene todo se pierde.

—Por eso es necesario apresurarse... el duque consiente en el divorcio. ¡Ah! ¡já, já, já! si hubieras visto su rostro cuando le he probado que el Mombard

que él habia hecho guillotinar era el marqués de Souvry, padre de su mujer... era cosa de pagar por verlo. Una cosa sola me ha sido penosa en todo esto; hablar de tu padre, de mi pobre Santiago Briot... ¡Entonces, yo valia mas que ahora! ..

Despues de un momento, Pedro Herbin continuó:

—Y bien, créelo si quieres, pero me conmueve el hablar de entonces... No quiero hacerme mejor de lo que soy; pero verdaderamente la sangre me ardia en las venas hallándome frente á frente con ese miserable que habia perseguido hasta la muerte con tanto encarnizamiento á mi amigo.

—Habremos vengado á mi padre hiriendo al duque en lo que mas ama, su ambicion y su fortuna.

—O mas bien en la fortuna de su mujer, dijo Pedro Herbin como queriendo huir de sus fúnebres pensamientos, y prosiguió con fingida alegría:

—¡Ah, malvado! una vez rico, vas á entregarte al lujo, al derrochamiento, y luego las mujeres... ¡Em!... yo te conozco, buenos tajos darás al contrato...

—Sois un viejo maldiciente, señor Herbin; ¿quereis callaros? dijo Herman sonriendo y dando golpecitos en la espalda á su compañero.

Luego añadió suspirando:

—¡Ay, Dios mio! no vendamos la piel del oso antes de...

—¡Bah! la osita está en nuestras redes. Mañana la demanda de separacion será firmada ..

—¿Y si pasado mañana llegase el coronel?

—Está tranquilo; pasado mañana no puede llegar; todo mi temor era que hubiese llegado hoy.

—¿Cómo?

—En mi conversacion con el duque se le escapó el decirme que todo esto era movido por el coronel, y añadia que yo era su instrumento. En onces se me ocurrió una idea luminosa para impedir obrar al coronel, en el caso de que hubiera llegado á Paris.

«Para probarte, le dije, que no soy su instrumento, te conjuro de parte del poder que tengo sobre tí, á que te entiendas con el ministro de policía para hacer encerrar á Surville á su llegada. Sus señas dadas en las barreras bastarán.

—Bien está, dijo el duque. Y bien, ¿qué decís?

—Perfectamente, yo no lo hubiera hecha mejor.

—¿Lo ves? Pero es preciso obligar por todos los medios posibles á tu bella á dejar á Paris y guardar secreto sobre el lugar de su residencia, que será en el campo, donde tú la acompañarás esperando el momento del divorcio. De este modo, aunque el coronel salga de Vincennes antes de tu matrimonio, no podrá hacerte daño. La duquesa debe consentir en esta partida. Sé, porque me lo has dicho, que es algo caprichosa; pero aceptado el divorcio por su marido, ¿qué podrá objetar cuando le digas como hemos convenido que tu vida está amenazada por los miembros del tribunal secreto de la jóven Alemania, y que es necesario ocultarte... ¿Has preparado este episodio en la novela de tu infancia? ¡Ah! ¡ah! hé ahí una buena novela. ¡Qué imaginacion! Aquel anciano sacerdote... aquella mujer celosa de tus triunfos... Habias nacido para ser poeta ó por lo menos cómico. ¿Pero en qué piensas?

—Pienso que despues de tantos desvelos podemos naufragar en la orilla... si esa condenada rehusa ir al campo, y se empeña en esperar en Paris la resolucion del divorcio, nada la hará cambiar de parecer, porque es en todo y por todo madama Prudencia, madama Conveniencia .. En ese caso, ¿qué haré? Pronto ó tarde, el coronel hablará .. Ser cogido así al tocar la fortuna... verla escaparse...

—Vamos, eres un niño... No se te escapará si sabes conducirte; supongamos lo peor... y bien: admito que el coronel escape á nuestras redes, y llegue mañana... que hable...

—Me haces temblar...

—Después de todo, ¿qué dirá? Lo que ha sabido en Viena por una increíble casualidad... que has sido condenado á diez años de prision por...

—Pedro...

—Por abuso de confianza... esto es mas decente. ¿Cómo lo probará? ¿Cómo contestará su identidad? Has sido condenado bajo el nombre de Santiago Butler; pero tienes tus papeles en regla bajo el de Herman Foster; posees una frente de bronce, y sostendrás que el coronel miente como un lacayo y que son los celos los que le hacen hablar... Tendrás el corazón de tu dama mientras que él solo tendrá su ódio; serás pues creído y el no.

—Quizá tienes razón... me tranquilizas, ¿pero cómo el coronel habrá descubierto á mi madre en Viena?...

—Los enamorados son capaces de todo, y Surville está tan enamorado de tu futura como tú lo estás poco... pero siempre es así... se ama á quien no nos ama, y vice-versa, ¿no es verdad?

—Me calumniáis, S. Herbin. Madama de Bracciano me traerá una inmensa fortuna, sin contar las esperanzas, y yo le seré reconocido... profundamente reconocido.

—Y guardarás tu amor para esa tunanta de Julieta que te engaña, sí, que te engaña que es una bendición.

—Os ruego que no habléis así de Julieta, sabéis que no me gusta, dijo Herman frunciendo el ceño.

—¡Ah! ¡ah! dijo Pedro Herbin, daría cualquier cosa porque alguien nos oyese... ¿qué buen rasgo! Me deja burlarme de todo... de una duquesa que es la misma virtud, que quería morir por él, que vá á darle una fortuna, y me enseña los dientes porque llamo tunanta á una bailarina de un teatrillo.

—Pedro... Pedro, abusáis de las obligaciones que os tengo... dijo Herman visiblemente conmovido.

Pedro Herbin se cruzó de brazos, y exclamó:

—Pero esto es sublime. ¡El cree lo que dice!

Luego añadió con énfasis cómica:

—¡Oh, humanidad, humanidad! tus secretos son impenetrables. La duquesa tiene dos amantes, Herman y Surville; el uno gran señor, hermoso, leal, valiente, generoso y enamorado; el otro hermoso como un ángel es cierto, pero malo como un demonio, calavera, pobre, ávido y que no ama á la duquesa, y solo piensa en su fortuna; y bien, ¿á quién escoge? ¡á Herman Foster! Pues Herman puede tambien entre dos mujeres: una hermosa, de talento, virtuosa, gran señora, que le idolatra; la otra pequeña, desgraciada, libertina, gastada. ¿Y qué hace? Se casa con la gran señora porque es rica, pero á quien ama con delirio es á la muchacha perdida.

—Sois un gran filósofo, pero no decís nada de nuevo. Eso pasa desde que hay mundo. La falta está en la naturaleza.

—Buena excusa á fé mia... ¿Pero sabes que me haces temblar con tu aire dulce? A propósito, ¿sabes que temo muchas veces que rehuses pagarme la obligacion de 100.000 escudos que me has hecho cuando seas dueño de los bienes de tu duquesa? Eres menor y puedes negarte...

—¡Es posible que pienses eso!

—Ciertamente que lo pienso, pero no tenia otro medio de empeñarte; y eres además el hijo de un buen hombre que fué mi amigo... cuando yo era hombre de bien... Admitiendo que lleves la ingratitud hasta negar tus promesas, pensaré que lo he hecho por la memoria de tu padre y me consolaré... ¿Entiendes, diablillo?

—Diablillo... ¿Y en qué lo soy? ¿He podido impedir que esa mujer se arrojara en mis brazos? No ha dado ella los primeros pasos? pasos los mas virtuosos del

mundo, es cierto, pasos que mi reserva hábilmente calculada habia provocado sin duda... pero esto es lícito en la guerra... El negocio era grave... cuatro millones sin contar la tia... debí jugar bien. Ahora la ley autoriza á la duquesa para ofrecerme su mano... acepto; ¿dónde está el mal? ¿en mis relaciones con Julieta? Y bien, aunque dé un millar de luises al año á esa muchacha que me ayudará a soportar los enojos del matrimonio como los de mi vida de soltero, ¿en qué estará el mal? Con tal que se guarden ciertas consideraciones... una mujer que sabe vivir... y os respondo de que madama Herman sabrá vivir.. yo la enseñaré... cierra los ojos.

Pedro Herbin quedó estupefacto. A pesar de su groseria pareció espantado del cinismo de Herman.

—¿Pero no amas nada absolutamente á esa mujer? dijo.

—Es extraño si quereis; pero no es uno dueño. . el amor no se ordena... la estimo aunque á su lado tenga siempre cierta cortejada que me hace quererla mal, porque me recuerda la distancia que nos separa, y luego me dá tanto, que despues de algunos meses de matrimonio... pasadas las primeras ilusiones, me reprochará, estoy seguro, la fortuna que ha traído... su fortuna... estoy seguro que será su caballo de batalla...

—¡Bravo!... con tal prevision llegas á lo sublime de la ingratitud. Así, pues, ¿es esa bribonzuela de Julieta quien poseerá tu corazon?

—¿Es culpa mia? ¡Me ha hechizado! es tan graciosa tan incitativa... Vamos, no pensemos en esto... Pensemos en mi matrimonio, pues por una venturosa casualidad, el señor duque de Bracciano, siendo acusador público...

Herman fué interrumpido.

La puerta de la alcoba se abrió y salió Julieta

Estaba pálida como un espectro, y apenas podía sostenerse.

Sin pronunciar una sola palabra, sin echar una mirada á Herman ni á Herbin que estaban petrificados, se dirigió lentamente á la puerta.

Iba ya á salir, cuando Herman, saliendo de su estupor, se precipitó sobre ella, la cogió rudamente del brazo, cerró la puerta y exclamó:

—¡No saldreis!

CAPÍTULO XXI.

Herman Foster.

Por algunos momentos, los tres actores de esta escena guardaron silencio. La lámpara derramaba una claridad débil y vacilante; el viento mugía por fuera y la lluvia azotaba los vidrios.

Helada de espanto, quebrantada por esta última sacudida, Juana habia caido de rodillas. Llevaba un traje de seda oscuro que hacia su palidez mas espantosa aun.

Herman, de pié, la tenia asida por la muñeca. El brazo de la desgraciada estaba inerte: parecia que ella estaba moribunda. Las facciones de Herman se transformaron, su hermoso rostro se tornó repugnante; su lábio superior se retorció por una especie de convulsion espantosa, y se vieron sus dientes enclavijados

por la rábia y cubiertos de espuma. Sus ojos se abrieron desmesuradamente; sus pupilas, contrayéndose, dejaron ver en torno suyo el globo blanco inyectado de sangre. Apretaba tan violentamente la muñeca de Juana, que la mano de esta, de blanca que era, tomó un color de rosa vivo.

La espresion de los sentimientos mas detestables se amontonaron en la frente de Herman como las nubes de tempestad en un cielo puro y sereno. El ódio, la venganza, el furor, se diseñaban en rasgos espantosos. Permanció mudo y miró fijamente á Juana.

Esta, arrodillada á medias, con la cabeza caida hácia atrás y la boca entreabierta, no apartaba los ojos de él pareciendo fascinada por sus miradas.

Pedro Herbin, sentado junto á la mesa, tenia en la mano derecha una pluma que habia cogido maquinalmente en su conversacion con Herman: su mano izquierda abierta y levantada, manifestaba un profundo asombro: con la cabeza echada adelante y los ojos fijos, contemplaba con espanto á la duquesa. Su fisonomía, aunque siniestra, parecia dolorosamente conmovida. Sus facciones se contrajeron muchas veces, como si hubiera sentido una profunda lucha interior.

Herman fué el primero que rompió el silencio, diciendo á Juana con voz terrible:

—¿Qué veniais á hacer aqui?... ¿espiarnos?

Madama de Bracciano no respondió. El dolor la ahogaba, no hizo mas que un movimiento negativo y suplicante.

Dos lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas.

Herman, rabioso, golpeó el suelo con el pié diciendo:

—Ya estais bien enterada, ¿no es cierto?

—¡Piedad! ¡piedad! murmuró Juana tratando de libertar su brazo.

—Vamos, vamos, Herman, calma, moderacion, dijo

Pedro Herbin, que á pesar de su cinismo no aprobaba la brutalidad de su compañero.

—¡Sentáos! dijo duramente Herman soltando el brazo de Juana.

Pedro Herbin la ayudó á sentarse, mientras Herman paseaba el cuarto precipitadamente. No sabia qué resolver.

Por un momento tuvo la intencion de engañar aun á Juana diciéndola que sabia que estaba allí, y que su conversacion habia sido un juego; pero esto era inadmisibile.

Desesperanzado de sus proyectos, los pensamientos mas horribles comenzaron á ocurrirsele. Lo mismo que las naturalezas generosas no se desenvuelven en todo su esplendor, sino en circunstancias estremas, las naturalezas perversas no llegan á los últimos grados del crimen, sino en momentos decisivos.

—¿Qué hacer? ¿qué hacer ahora? exclamó deteniéndose bruscamente delante de Pedro Herbin.

—¿Qué hacer? El diablo lo sabe. Maldito sea el borracho del portero que no me ha dicho que habia gente, no hubiéramos hablado así, la señora no hubiera sabido nada, y ojos que no ven... con tal de que hubieras tomado algunas precauciones, ella hubiera conservado la ilusion... Sin embargo, ahora comprendo que dude y que no tenga muy buena opinion de í.

—No se dirá, á pesar de todo, que he retrocedido. En el momento en que todo lo iba á lograr... ¡Oh! si tengo que retroceder, me vengaré de la suerte... en... en cualquiera.

—¿Pero qué intentas?

—No sé; pero la tengo en mi poder... y por el infierno, pues que su paso ha destruido mis esperanzas, será preciso pue yo saque alguna ventaja de él... Si no consigo nada, lo repito, me vengaré.

—¡Vengarte! repitió Pedro incomodado contra esta maldad ciega.

—De-de luego no saldrá de aquí... mañana se notará su ausencia... héla comprometida.

Pedro Herbin se encogió de hombros.

—Y adelantas bastante, dijo; ella no querrá permanecer aquí, y si la buscan...

—No la buscarán aquí, pues que la creen enamorada de ese coronel que Dios confunda.

Oyendo á estos dos hombres disputar así acerca de su suerte, Juana les escuchó á pesar de su espanto.

—Pero ella gritará, dijo Pedro Herbin.

—Una vez encerrada en la jaula que la habíamos preparado para el caso en que consintiera en abandonar á su marido, sus gritos serán inútiles.

—¿Y el otro?

—¿Quién?

—El emisario del coronel.

—Es verdad. Le habia olvidado.

—Y yo tambien. Desde antes de ayer no ha comido, dijo Pedro Herbin precipitándose hácia el gabinete.

—Un instante, dijo Herman; ¿qué haremos? él lo dirá todo.

—¡El desgraciado! debe estar desfallecido.

—Tanto mejor, que muera, y nos desembaraza.

—¡Imprudente!

—Mira, dijo Herman en un acceso de furor, yo siento la sed de venganza que me devora. que he nacido en un tiempo de crimen y desolacion; sí, he nacido bajo una influencia sangrienta y fatal; la sangre de mi padre ha bañado mi cuna... Soy capaz de todo, de matarla... de matarme yo mismo...

—¡Herman!... ¡me dais miedo! dijo Pedro Herbin palideciendo al ver la espresion de rabia que contraia las facciones de Herman.

Luego, cediendo á un sentimiento de piedad que probaba que no se habian estinguido en él todos los buenos sentimientos, dijo acercándose á Juana:

—Me das miedo, es verdad, pero te resistiré antes que hacerme cómplice de alguna mala accion... hácia esta señora... La tomo bajo mi proteccion, y veremos si con ser tan viejo como soy logro sujetarte... No temais, señora; Pedro Herbin es un miserable, pero no sufrirá que en su presencia se maltrate á una mujer... Desgraciado... piensa que queria morir contigo...

—¿Y qué necesidad tenia yo de su muerte? Ese apresuramiento lo ha perdido todo.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Juana desfallecida.

—¡Infame! dijo Pedro.

—¡Pedro Herbin! ten cuidado; tengo una nube sangrienta delante de los ojos... dijo sordamente Herman.

—Que sea verdad, azul ó amarilla, nada me importa. No temais, señora, yo estoy con vos.

Al oir estas palabras, Juana tuvo un destello de esperanza, y por un movimiento instintivo, cogió la mano de Pedro Herbin exclamando:

—¡Salvadme... salvadme!

—No tengais miedo, yo estoy aquí.

—¿Y permanecerás ahí? exclamó Herman precipitándose sobre su viejo y débil compañero que fue á caer junto á la alcoba.

—¡Socorro! ¡Dios mio! ¡socorro! exclamó madama de Bracciano.

—¡Trueno y sangre! exclamó Pedro Herbin levantándose. ¡Me has puesto la mano!

—¡Si te acercas te mato! exclamó Herman sacando del bolsillo un puñal.

En este momento resonó en la calle el galope de dos caballos.

Herman miró por la ventanâ.

Los caballos seguian acercándose.

En fin, llegaron cerca de la casa, se detuvieron y llamaron.

—La noche está tan oscura, que nada veo... dijo Herman.

Luego, cerrando la ventana apresuradamente, con un movimiento tan rápido como el pensamiento, sin que Pedro Herbin pudiera oponerse, cogió á Juana del brazo, abrió el gabinete en que estaba encerrado Boisseau, y la encerró á pesar de sus inútiles esfuerzos y de sus gritos, que apagó tapándola la boca.

CAPÍTULO XXII.

El socorro.

Seguían llamando.

—Subid á vuestro cuarto, Pedro Herbin, dijo Herman en voz baja. No sé lo que es; voy á acostarme vestido para no dar sospechas.

—Aunque me has golpeado, y aunque eres el peor hombre que conozco, no te dejaré solo en tal momento. Quizá habrá peligro, quizá se ha notado la fuga de la duquesa. Vcamos, sangre fría... calma... Pronto una silla... siéntate. La mesa entre los dos y en ella la caja del tabaco... Dame mi pipa, atiza el fuego... Escucha... siguen llamando... El borracho del portero duerme como un sordo...

—¡Silencio! dijo Herman; me nombran.

—Si no se hubiera dado orden de prender al co-

ronel en las barreras, creeria que era él, dijo Pedro Herbin.

—¡El!... exclamó Herman, yo le mataria. Ahora que podria casarse con esa mujer... le mataria...

—¡Qué loco eres! si te se dejase hacer, pronto llegaría el fin del mundo. Pero quizá seria mejor que abriésemos nosotros. Esto alejaria las sospechas. Voy á ver quién llama.

Diciendo esto, y en tanto que Herman iba á escuchar á la puerta si el portero se levantaba, Pedro Herbin abrió la ventana, y sacando la luz vió dos hombres á caballo.

Los bordados del traje de uno de ellos brillaban en la oscuridad.

—¿Qué quereis? preguntó Pedro Herbin, no es regular alborotar á estas horas una casa pacífica.

—Quiero hablar á Herman Foster en el mismo momento, dijo una voz que llegó al tercer piso debilitada por el viento.

—Volved mañana, dijo Pedro Herbin.

En vez de responderle los dos hombres entraron precipitadamente en el portal.

El portero acababa sin duda de abrirles.

Los caballos, fatigados, quedaron espuestos á la lluvia que caía á torrentes.

Pedro Herbin cerró la ventana, se volvió y vió á Herman emboscado tras de la puerta con una mano en el pestillo y con el puñal en la otra.

—¡Un asesinato! exclamó, ¡está loco este condenado!

Apenas habia pronunciado estas palabras apoderándose de Herman, cuando la puerta se abrió bruscamente, y el golpe destinado á la persona que entraba hirió á Pedro Herbin en el brazo.

Todo esto pasó en menos tiempo del que es necesario para describirlo.

La lucha de Herman y su compañero apenas duró un segundo, durante el cual Herman, tratando de arrancar su puñal de las manos de Pedro Herbin, exclamaba:

—Déjame, quiero matarle.

—No matarás á nadie, dijo una voz ruda.

Uno de los recién llegados, el ex-dragon Glapisson, uniéndose á Pedro Herbin, desarmó á Herman despues de una vigorosa resistencia.

—Cuida de él, dijo el otro.

—Si, mi coronel, dijo Glapisson, quiero solo quitarle esta aguja.

—¡M. de Surville! exclamó Pedro Herbin.

—Si, miserable, vengo á tiempo para trataros como mereceis.

—Señor, no sois justo, dijo Pedro^m Herbin mostrando la sangre de su brazo, he recibido el golpe que se os destinaba.

—¡Será cierto! dijo Raoul admirado. En ese caso perdonadme, caballero, pero sabiendo que erais amigo de ese hombre (y señaló á Herman), debí creeros su cómplice.

Era evidente que el coronel ignoraba la presencia de madama de Bracciano, pues sino, su primer movimiento hubiera sido buscarla.

Herman tuvo un momento de vaga esperanza; si Pedro Herbin no hablaba, no seria descubierto el escondite y ganaria algunas horas para vengarse.

Si no hubieran oido la voz del coronel, con trabajo le hubieran reconocido Pedro Herbin y Herman. Queriendo viajar de incógnito se habia vestido de correo.

Su traje galoneado estaba manchado de barro. Llegaba de Viena á todo correr.

Las órdenes del ministro de policia para que le

detuviesen en las barreras, habian sido eludidas de este modo; se le habia tomado por un correo de gabinete; pasó, y fué á su casa, donde habiendo sabido la desaparicion de Boisseau, un secreto instinto le indicó que Herman era acaso culpable de ella.

Pudiendo tener necesidad de ayuda, llevó consigo á Glapisson, que montado en el caballo del postillon, llegó con él á casa de Herman.

Para que la conducta del coronel sea justamente apreciada, debemos repetir que, profesando el mas tierno afecto á madama de Bracciano, no la amaba sin embargo.

Un afecto compartido le hacia feliz con otra dama. Su abnegacion, enteramente fraternal por Juana, era pues tanto mas noble cuanto que era desinteresado.

—Glapisson, cierra la puerta, dijo M. de Surville.

Y añadió volviéndose á Herman:

—Ahora, caballero, escuchadme.

CAPÍTULO XXIII.

El viaje.

Segun la órden del coronel, Glapisson cerró la puerta.

Herman, de pié, con los brazos cruzados, recostado en la pared, miraba descaradamente a Raoul.

Pedro Herbin, sentado á un lado de la mesa, limpiaba con su pañuelo la sangre que corria de su brazo.

M. de Surville, pálido y visiblemente conmovido, dijo á Herman:

—Hace dos dias, uno de mis amigos, Mr. Boisseau, ha venido á comunicaros una carta mia... y no ha vuelto á casa. ¿Qué ha sido de él? Responded. Mi inquietud no me permite esperar á que lo averigüe la justicia.

—Tranquilizáos, dijo Pedro Herbin; vuestro amigo no corre ningun peligro. Os doy mi palabra.

—¿Vuestra palabra? dijo Raoul vacilando.

—Tan cierto como que corre mi sangre; podeis creerme.

—¿Pero dónde está?

—Sabeis la carta que debia comunicarnos, y comprendeis cuán importante era para Herman el impedirle obrar; pero nos limitamos á precavernos. Acaso dentro de un momento tendreis la prueba de esto.

Herman hizo un movimiento. Pedro Herbin le miró diciéndole:

—No me interrumpas, yo lo arreglaré todo.

—Ésas respuestas no me satisfacen sino á medias, dijo Raoul. Pero acacabemos. Santiago Butler, vos habeis sido condenado á diez años de prision por robo.

—Yo no me llamo Santiago Butler, sino Herman Foster, dijo Herman.

—Os digo que sois Santiago Butler. Al llegar á Viena habia sospechado de vos. M. de Bracciano, creyéndoos desterrado como deciais por un crimen político, me habia encargado que pidiese vuestro perdon; queriendo saber si mi desconfianza tenia algun motivo, apresuré mis súplicas; pero no habia ningun condenado político que se llamase Herman Foster. Di vuestras señas, y descendiendo en la categoría de los crímenes, se hallaron tan parecidas á las de Santiago Butler, condenado por robo, que no dudé que fuérais vos. A pesar de mi repugnancia á entrar en los innobles detalles que eran necesarios para averiguar la verdad, llegué bien pronto á encontrar á vuestra madre, Wilhelmina Butler, que lloraba vuestra infamia. Me pareció tan buena, que me confié á ella; la dije que habiais encontrado un puesto honroso, que desempeñabais bajo el nombre de Herman Foster; pero que un grave abuso de confianza podia hacéroslo per-

der; que era preciso que bejárais la Francia al momento; que yo me encarsada de todo, y que si tenia aun alguna influencia sobre vos, la suplicaba que la ejerciese para obligaros á dar este paso. Ella me dió las gracias vertiendo lágrimas de gratitud, y me enseñó muchas cartas vuestras. En la última, sin esplicaros, la deciais que tenias grandes esperanzas que debian realizarse pronto. Yo temblé y escribí á mi amigo pensando que bastaria pronunciar el nombre de vuestra madre para probaros que todo estaba descubierta y obligaros á salir de Paris. Despues de haber partido mi carta, mi inquietud no se calmó. Sabia de lo que erais capaz Aunque encargado de una mision grave, parti y acabo de llegar. Ahora escuchadme. Puedo obtener vuestra estradiccion. Si os negais á obedecerme, sereis preso al instante; si como he prometido á vuestra desgraciada madre consentis en partir, callaré, se proveerá á vuestras necesidades, y la persona que sabeis ignorará vuestra infamia. Son las cuatro de la mañana... Es preciso que á las seis esté yo tranquilo acerca de la suerte de Boisseau, y hayais partido para España bajo la vigilancia de este amigo (y señaló á Glapisson), con estas condiciones consiento en callar, no por vos, sino por la persona á quien mas estimo, que ni aun sabrá mi viaje á Paris. La escribireis delante de mí que algunos avisos de Alemania os han hecho temer ser inquietado á consecuencia de la conspiracion de que formábais parte y que tomais el partido de abandonar la Francia Una vez en Madrid, si os conducis bien, se os asegurará un porvenir, y tomaré mis medidas para que no salgais de allí. Responded pues. No puedo estar sino dos horas en Paris, y quiero veros marchar. Si rehusais, dentro de una hora sereis detenido.

Un pensamiento detestable pasó por la imaginacion de Herman que respondió con imperturbable sangre fria:

—Comprendo, caballero, el interés que tomáis por la persona de quien habláis; pero quisiera saber con qué objeto quereis descubrirla mi conducta.

—Ya os he dicho que no soy delator, y además respeto demasiado á la mujer cuyo nombre me avergonzaria de pronunciar aquí para darla un golpe tan terrible. Partireis... y ella ignorará siempre quién era el hombre que por un momento sorprendió su confianza.

—Obráis como amigo fiel, caballero, por no decir como amante desdeñado que quiere á cualquiera precio entrar en favor, y que para esto hace el papel de agente de policía.

Raoul se enrojeció de cólera é hizo un movimiento amenazador.

Luego, calmándose, dijo á Glapisson:

—A la primera insolencia de este hombre le abofetearás... y aun... no, déjale, no quiero manchar tus manos.

—Lo mismo dá, mi coronel, eso no me disgusta, llevo guantes y cerraré el puño. ¿Es necesario pagarle algo adelantado?

—No, estate quieto.

—Si hubiera podido dudar esta última injuria me decidiria, dijo Herman. Nada puedo oponer á la fuerza frutal; pero pronto os arrepentireis de haberme exasperado. ¡Ah! ¿tomáis tanto interés por madama de Bracciano, que venís por ella á escape desde Viena á pesar de las órdenes del emperador? Y bien, creo que sabreis con disgusto que esa mujer... ¡está perdida!

—¿Qué decís?

—Soy Santiago Butler el ladron... Sea. Y bien, mañana todo Paris sabrá que la señora duquesa de Bracciano, ha pasado la noche en casa de Santiago Butler, el ladron.

—¡Miserable! ¡mientes!

—Ya lo vereis, y para probaros que digo la verdad, os declaro que no saldré de Paris. ¿Oís? Me hareis prender, y bien, es cuanto deseo. A lo menos ella quedará deshonorada, y de tal modo, que á pesar de vuestro amor, no osareis casaros con ella. Así me vengaré de ella y de vos.

—¡La ira le hace delirar! dijo Raoul asombrado.

—Y bien, ahora vuestra suerte y la mia están en mi mano. Me perderé contento con perderla y no gozareis de vuestro triunfo. Sí, me mirais con incredulidad. Os repito que ha pasado la noche en casa de Santiago Butler, el ladron, vuestra virtuosa duquesa y mañana se sabrá.

La seguridad de este miserab e aterraba á Raoul. Conocia la virtud de Juana, pero conocia tambien su romántica exaltacion, y temblaba al pensar que podia haberse desvanecido hasta el punto de haber cometido una falta irreparable. Sus nobles facciones manifestaban un abatimiento tan doloroso, que Pedro Herbin se conmovió.

—¡Es imposible! ¡imposible! exclamó Raoul recorriendo la habitacion con una mirada como para asegurarse de que no habia otra salida.

Notando el gabinete y la alcoba se precipitó en ellos, y nada vió.

Herman permaneció impasible.

—Eso es una astucia que no me engaña, dijo el coronel, quereis espantarme para impedirme obrar.

—Es cierto, dijo Herman viendo que habia estado á punto de comprometer el éxito de su venganza, era una astucia... Pero sea lo que sea estoy decidido á no dejar á Paris sino por fuerza... hacedme preceder si os place.

—¿Es esa vuestra última palabra?

—Mi última palabra.

—Caballero, dijo Raoul dirigiéndose á Pedro Herbin; hacdte comprender que se pierde y que vá á dar un

golpe mortal á la mas respetable de las mujeres cuando la haga saber quién es el hombre á quien queria sacrificarlo todo.

Pedro Herbin hizo un movimiento indicando su impotencia sobre la voluntad de Herman.

Raoul estaba anonadado. La implacable crueldad de Herman le exasperaba.

Este hombre estaba tan bajo que no podia hacerle sentir los efectos de su indignacion.

Sin embargo, sobreponiéndose á su repugnancia á entrar con él en ciertos detalles confidentiales, intentó un ultimo esfuerzo y dijo con voz conmovida:

—Oz mostrais tan implacable, porque crecis que como á madama de Bracciano... y bien, yo os...

Pero no pudiendo resolverse á hacer un juramen'to de honor, á un forzado, se volvió hacia Glapisson, y dijo:

—Juro ante vos á este viejo soldado que ni tengo ni tendré jamás por madama de Bracciano mas amor que el fraternal...

Esta muestra de desprecio exasperó á Herman, que exclamó:

—¡Ah! no amais á madama de Bracciano... Tanto mejor... Me vengaré de ella, que así no tendrá quien la consuele.

Sin poder contenerse, Raoul hizo un movimiento para arrojarse sobre Herman.

Luego, conteniéndose apenas hizo una seña á Glapisson y se dirigió hácia la puerta.

—Al menos el destino que me persigue, no me herirá solo, exclamó Herman en un acceso de triunfo feroz.

—Coronel, tranquilizáos, nada es desesperado, dijo de pronto Pedro Herbin deteniendo á Raoul.

Herman le miró con temor.

—Coronel, prosiguió Herbin con una especie de dignidad, debo reparar una parte del mal que he hecho...

Santiago Butler, ¡eres un infame! Las lágrimas de la mas virtuosa de las mujeres no te han conmovido... el mas leal de los hombres se ha humillado por ella hasta rogarte... hasta dar ante ti su palabra de que la miraba como una hermana, y no has tenido piedad de su dolor ni de su vergüenza. Tu venganza no tiene siquiera el pretesto de los celos... eres cruel por serlo; he sido tu cómplice: tu desgraciado padre habia sido mi amigo... He querido por medios indignos elevar tu fortuna á costa de su verdugo... quise satisfacer á un tiempo mi ódio y mi codicia... He hecho mal... pero haré por reparar lo que he hecho.

En seguida se dirigió á la alcoba.

—¡Pedro Herbin! exclamó Herman haciendo por detenerle.

—Coronel, haced contener á ese loco...

Glapisson, dotado de una fuerza poco comun, paralizó los esfuerzos de Herman.

Raoul, sorprendido, miró á Pedro Herbin entrar en el gabinete.

Al cabo de un momento Pedro Herbin le llamó.

Corrió y... ¿qué vió en el escondite de que hemos hablado á madama de Bracciano desmayada á quien Boisseau y Pedro Herbin intentaban reanimar?

CAPÍTULO XXIV.

CONCLUSION.

Un cuarto de hora despues, Juana se dirigia al palacio de Bracciano, sostenida por Raoul y Boisseau, que á pesar de su debilidad habia querido acompañar á M. de Surville. Eran cerca de las cuatro y media. La lluvia caia a torrentes. La noche estaba oscura.

—Valor, Juana, dentro de un cuarto de hora estareis en salvo, aun no se ha podido notar vuestra ausencia, la dijo tiernamente Raoul.

Juana le dió las gracias por un convulsivo apretón de manos, y le dijo:

—Temo que se hayan agotado mis fuerzas.

—Por piedad, Juana... un esfuerzo...

—Trataré de hacerlo, pero me siento morir.

—Y yo tambien, pensó Boisseau; veinticuatro horas sin comer... y despues este alboroto para restaurarse... ¿De dónde diablos me vienen á buscar las aventuras?

Raoul, Juana y Boisseau llegaron al palacio de Bracciano

—Amigo mio, dijo Raoul á Boisseau mientras Juana se apoyaba en un banco de piedra que habia en la puerta; escucha... voy á llamar... el portero vendrá á abrir con su linterna, tú la apagarás y le taparás la

boca mientras me apodero de él. A favor de la oscuridad, mi prima podrá sin ser vista, subir á su cuarto por la escalera secreta. Se explicará el ataque del portero como se quiera... ¿Has comprendido?

—Comprendo... si tengo fuerza... y yo la encontraré; de un puñetazo apagare la linterna, é impediré gritar al portero.

—Perfectamente... Juana, sangre fria... en cuanto veais la linterna apagada, precipitáos en el portal y subid á vuestro cuarto.

—Procuraré hacerlo...

—Esta expedicion no convendria mas á Boitot, murmuró Boisseau.

Raoul llamó. A la segunda vez la puerta se abrió y apareció la figura del portero que elevaba su linterna para ver quién llamaba. Boisseau dió resueltamente un gran puñetazo al cristal y apagó la luz. El portero iba á pedir socorro, cuando se sintió cogido por dos brazos vigorosos, y dos manos que se cruzaron sobre su boca ahogaron sus gritos. Juana encontrando esa energía facticia que dá el peligro, atravesó rápidamente el zaguán, ganó la escalera, y llegó á su cuarto, cuya puerta estaba entrecabierta como la habia dejado. Al cabo de cinco minutos, suponiendo que Juana estaria en su cuarto, Raoul y Boisseau dejaron al portero cerrando la puerta y echando á correr.

—Raoul... te declaro que voy á morir al llegar á tu casa, decia Boisseau sofocado.

—Amigo mio, llegaremos á casa, y respondo de tí.

—Con tal de que no encontremos alguna patrulla... acabar la noche en la cárcel... era lo que faltaba.

Diehosamente los dos amigos llegaron á la calle de la Victoria. Raoul trataba de partir al momento pensando que se ignoraba su venida. Habiéndole convenido de lo contrario la carta de la princesa de Montlaur, resolvió ir á palacio á confesárselo todo al emperador.

A cosa de las once de la mañana, la princesa de Montlaur estaba á la cabecera del lecho de Juana.

—¡Pobre niña! ¿Por qué no habeis llamado? Sentiros mala y pasar toda una noche sin socorro... Pobre Juana... os habeis agitado tanto ayer... ¿cómo estais?

—Mejor... tia... dijo Juana con voz débil.

—¿Quizá habeis tenido miedo; ¿habeis oido á las cuatro?

—¿Qué?

—La mas estraña aventura. A las cuatro llamaron á la puerta; la noche estaba muy oscura... El portero se levantó y fué á abrir creyendo, que como muchas veces sucede, seria algun mensaje de palacio; pero apenas se habia abierto la puerta, cuando dos hombres le cogieron, apagaron su luz, y le pusieron las manos en la boca para impedirle gritar, teniéndole así durante algun tiempo, despues de lo cual le soltaron y se escaparon. Sin duda los miserables habrán tenido miedo oyendo ruido. En cuanto se vió libre, el viejo Gilberto empezó á gritar... ¿cómo no lo habeis oido?... Pero ¡qué loca soy! vuestro cuarto dá sobre el jardin y sus gritos no habrán podido llegar á vos. Pero, ¡Dios mio!... hija mia... vuestro desmayo comienza de nuevo... Juana... Juana...

En efecto, madama de Bracciano no habia podido dominar su emocion recordando las últimas circunstancias de aquella horrible noche. Una doncella trajo una carta á madama de Montlaur.

—¡Loado sea Dios! dijo la princesa á Juana, que parecia mas calmada; Raoul ha llegado y me dice que vá á palacio; no tiene pues nada que temer y vá á esplicárselo todo al emperador.

—¿Qué temer qué? preguntó Juana.

—Ahora os lo puedo decir, pues, que su carta me tranquiliza. Encargado de una mision importantisima, habia dejado á Viena no sé por qué. El emperador estaba furioso y le amenazaba con encerrarle en Vin-

cennes; prevenida por uno de mis amigos, yo habia escrito á Raoul á su casa para que á su llegada supiera el peligro que corria.

—¡Y todo por mí! ¡pobre Raoul! pensaba Juana.

—Ahora ya estoy tranquila. Pues que Raoul vá á ver al emperador, es que puede explicar su conducta... tambien me dice que en seguida vendrá á darme noticias de su entrevista.

El duque de Bracciano envió á saber noticias de su mujer. Juana dió un grito, y cayó en una nueva crisis nerviosa. ¿El duque no habia hecho perecer á su padre en el cadalso?... Instruida de este secreto durante aquella noche fatal, no podia revelársele á su tia, ni indicársele á su esposo... Madama de Montlaur ignoraba aun que el duque hubiera consentido en el divorcio.

Juana se obstinó en levantarse para recibir á Raoul y saber las consecuencias de su entrevista con el emperador.

A la una le anunciaron. Juana le tendió la mano con efusion; el coronel se la besó respetuosamente.

—Y bien, le dijo madama de Montlaur, ¿qué ha dicho vuestro emperador?

—Ha sido como siempre, bueno para mí, señora, me ha perdonado mi viaje de incógnito, y me ha permitido entrar en la carrera civil.

—¡Os ha quitado vuestros grados .. vuestra carrera está cortada! exclamó Juana.

—No, prima mia, pero él emperador ha creído, dijo Raoul sonriendo, que los recién casados hacian malos soldados y no mejores negociadores.

—¡Los recién casados! dijo la princesa, ¿Qué queréis decir?

—Un gran secreto que no queria confiaros sino á mi vuelta de Alemania. Habiendo cambiado mis proyectos, lo que llamais mi desgracia, puedo decíroslo. Hace un año que estoy enamorado de madama de Formont.

—¿De la jóven y bella viuda de ese nombre? dijo la princesa.

—De la misma, señora; habíamos fijado nuestra union en una época mas lejana, pero no existiendo las circunstancias que nos habian obligado á ello, la apresuraremos é iremos á vivir a mis posesiones de la Lorena; el emperador ha escogido para mí esa provincia.

—¡Un destierro!... dijo Juana; y por mí... por mí...

—¡Vá á casarse con madama de Formont! repitió la princesa con asombro.

Todas sus ideas sobre los amores de su sobrina y de Raoul estaban destruidas.

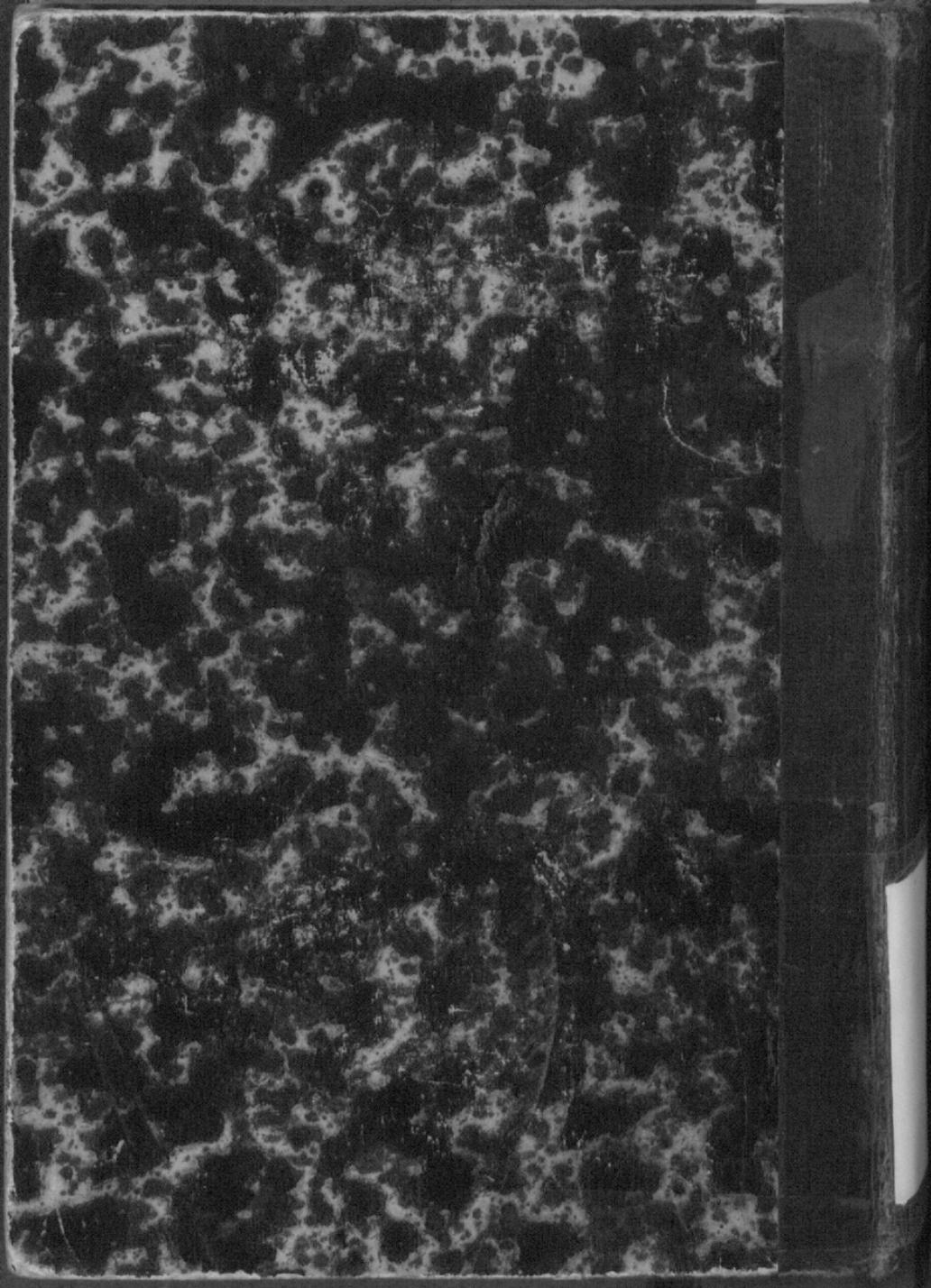
• • • • •
Herman, viendo sus planes derribados, partió para España con Glapisson, y no se volvió á oír hablar de él.

Pedro Herbin no llevó su desinterés hasta rehusar una pension de 60.000 francos que le aseguró el duque de Bracciano para pagarle su silencio. Pronuncióse el divorcio al mismo tiempo que se casaba M de Surville. Algun tiempo después, Juana dejó á Paris y se retiró con su tia á Bretaña, á un viejo castillo en que habia sido criada. Allí se apoderó de ella una espantosa languidez, y murió á los veinticinco años. Los últimos meses de su vida fueron muy penosos. Muerto su amor a Herman por la terrible revelacion que habia debido á la casualidad, y conmovida por la abnegacion y las nobles cualidades de Raoul, su gratitud se habia exaltado hasta el amor mas apasionado. Raoul que estaba casado y era el mas dichoso de los hombres, ignoró siempre este sentimiento. Juana le amó en secreto, padeció en silencio... y murió.

FIN DEL CORONEL DE SURVILLE.







NOVELAS

G 59685